

ANTES DE QUE
DIGAS **TE QUIERO**
VICTORIA VÍLCHEZ

NEWADULT

Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, abril 2017

© 2017 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y

ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

36

39

40

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

*A todos aquellos cuya sonrisa es capaz de iluminar a otros.
Sonríe, nunca sabes quién podría necesitarlo.*

«Creo que sí, estás loca.

Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están».

Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll.

1

—¿Lucía?

Pegué un pequeño respingo y giré la cabeza. Mi madre me observaba desde el umbral de entrada de la casa. Esbozó una sonrisa comprensiva, consciente de que a veces me perdía en mi pequeño mundo interior.

—¿Cuándo has dicho que llega James? —inquirió, y, por su tono, comprendí que me estaba repitiendo la pregunta.

Mi madre era la única que había insistido en seguir llamando a Jota por su nombre real después de la muerte de Annie. Tal vez por eso, con el tiempo, él había dejado de visitarnos. Hasta ahora. En lo que respecta a mi primo, Becca había obrado un pequeño milagro con él.

Pensar en ellos me entristeció. Después del verano se mudarían allí, a Londres, mientras que yo iba a quedarme en Madrid. Para terminar la carrera me restaba por completar un buen puñado de horas del *practicum* y el trabajo de fin de grado, además de plantearme seriamente qué iba a hacer cuando por fin tuviera mi título.

Suspiré y mi vista se desvió de nuevo hacia la casa de al lado, en particular, hasta una de las ventanas de la segunda planta, la que quedaba justo enfrente de mi antiguo dormitorio. La casa de los Monroe. La ventana de Asher.

—Lucía... —me llamó una vez más mi madre.

—El viernes. Becca y él han quedado en pasarse por aquí —respondí, distraída—. ¿Siguen viviendo ahí los Monroe?

Tuve que esforzarme para apartar la mirada y centrarme en ella.

—Ya sabes que el señor Monroe murió poco antes de que nos mudásemos a España —me recordó—. Por lo que tu abuela me contó, la madre también falleció hace varios años. No sé qué habrá sido de su hijo.

Tras comentar que la cena estaría lista en breve, mi madre se perdió en

el interior de la casa, dejándome de nuevo a solas con mis pensamientos. Regresar a la residencia de mis abuelos, al que había sido el hogar de mi infancia, había removido un montón de viejos recuerdos que creía olvidados. Los primeros quince años de mi vida se concentraban en aquella antigua casa de dos plantas y las calles que la rodeaban, y algunos se dibujaban en mi mente con mucha mayor nitidez que otros. Pero, sin duda, había uno en concreto que había resurgido con tanta intensidad que no podía dejar de pensar en ello, y tenía nombre propio.

«Asher Monroe.»

Se me escapó una sonrisa al evocar nuestro primer beso, el primero que había recibido de un chico, el primero de los pocos que llegamos a darnos porque apenas unas semanas más tarde trasladarían a mi padre a Madrid y, tanto mi madre como yo, nos marcharíamos con él. Mi historia con Asher había tenido los días contados desde el principio y, sin embargo, me había empeñado en ignorarlo y ocultarle ese detalle a él. Ash, el chico de los ojos tristes.

Paseé la vista por el jardín en el que crecían descontroladas toda suerte de malas hierbas. El pequeño porche, idéntico en el que yo me encontraba sentada, estaba cubierto por una capa de tierra y hojas secas que no dejaba lugar a dudas: la casa estaba abandonada. A mi llegada a Londres para pasar unos días con mis padres, una parte de mí había esperado encontrar su rostro observándome desde el otro lado de su ventana, como había hecho en el pasado; sus ojos oscuros clavados en mí, separados por tan solo unos pocos metros de distancia.

Recordé las ocasiones en las que, durante esas semanas, nos habíamos mirado en silencio durante horas, con una sonrisa en los labios. Dos críos con un secreto que solo nosotros conocíamos, jugando a ser mayores, a robarnos besos en la parte trasera de nuestras casas o en el parque del final de la calle.

Me puse en pie sin apartar la vista de su ventana, reprendiéndome por estar dándole importancia a algo que había sucedido hacía tanto tiempo y que

no llevaba a ningún sitio. Estaba claro que era un imán para las historias sin futuro. Lo de Daniel había resultado un callejón sin salida, y empezaba a estar un poco harta de dar muchísimo más de lo que recibía. Con Nico, el golpe había sido duro, pero después de su infidelidad había tenido claro que no podía perdonarle. Sin embargo, lo de *Míster culo perfecto* me había pillado totalmente desprevenida. Daniel era encantador, atento, divertido... y las cosas entre nosotros parecían ir bien. Hasta que, de una manera inocente, le pedí que me acompañara a Londres a visitar a mis padres. No se trataba de algo estudiado y tampoco era mi intención ponerle nombre a lo que teníamos. Si bien, tenía que haberme resultado sospechoso que Daniel jamás me presentara como su novia.

A raíz de aquello, él empezó a distanciarse y a darme largas cuando le llamaba para quedar, y lo siguiente que recibí fue una escueta explicación que decía que *no estaba preparado para una relación estable*. No quería ni pensar en lo que eso significaba, puede que incluso hubiera estado acostándose con otras mientras salíamos.

Me obligué a dejar de pensar en ello. No tenía sentido seguir machacándome con mi pésimo gusto para los tíos. Lo mejor que podía hacer era mantenerme apartada de ellos o, simplemente, no esperar nada, tal vez así mis fracasos amorosos dejarían de doler tanto.

Parpadeé al percibir varias gotas de lluvia resbalando por mis mejillas. A pesar de ser verano, no había disfrutado de un solo día en el que el cielo luciera despejado y no de ese color gris plomizo que tanto me deprimía. Abrí la puerta de entrada y, antes de deslizarme en el interior, me llamó la atención ver que alguien se había detenido en la acera, tan solo unos metros calle arriba. El chico estaba totalmente inmóvil, observando la antigua residencia de los Monroe, y lucía una capucha sobre la cabeza que ocultaba por completo su rostro. Tenía las manos en los bolsillos y la línea de sus hombros formaba una línea descendente, como si soportara un gran peso sobre ellos. Su atuendo, negro de pies a cabeza, le daba cierto aire tétrico.

La curiosidad pudo conmigo. Volví a cerrar la puerta sin hacer ruido y me mantuve apoyada contra la fachada, contemplando su figura apenas iluminada por la farola de la acera de enfrente. ¿Qué se suponía que estaba mirando con tanta atención? No había nada extraño en la casa, salvo el hecho de que estaba claro que no vivía nadie en ella.

La intensidad de la lluvia aumentó, pero el chico continuó allí plantado, parecía que ni siquiera se diera cuenta de que el agua le estaba calando la ropa. Aunque la capucha de su sudadera le brindaba cierto refugio apenas unos minutos más bastarían para que la tela se empapase. Más extraño aún era el hecho de que no llevara un paraguas, teniendo en cuenta que había estado lloviendo de forma intermitente durante todo el día.

Como si hubiera percibido que alguien lo observaba, el desconocido giró la cabeza y miró en mi dirección. Estuve a punto de correr a esconderme dentro de la casa, avergonzada, pero en cuanto sus ojos tropezaron con los míos me fue imposible mover ni un solo músculo.

—¿Asher? —murmuré, sin darme cuenta de que no podía oírme desde donde estaba.

En realidad, no importaba. Sabía que era él. Hubiera reconocido esa mirada triste y desconfiada en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia.

Mis pies decidieron que era un buen momento para volver a la vida y avanzaron por sí solos, descendiendo los dos escalones que me separaban del jardín y llevándome hasta la verja que delimitaba la parcela en la que se alzaba la casa. No obstante, mi repentino movimiento provocó a su vez una reacción en él, una que no esperaba. Dio media vuelta y echó a andar en dirección contraria.

Tal vez no me hubiera reconocido.

—¡Ash! —grité esta vez—. ¡Soy yo!

«Puede que no se acuerde de ti siquiera», canturreó una voz en mi mente.

—¡Asher! —repetí, ignorando lo mucho que me fastidiaba pensar en esa

posibilidad.

Él se detuvo de espaldas a mí pero no hizo ademán de darse la vuelta. La ropa se le pegaba al cuerpo, ya empapada por completo, dándome una buena perspectiva de lo mucho que había cambiado en algunos aspectos. Años atrás, Ash era un crío flacucho y desgarbado en el que nadie se fijaba dos veces, mientras que en ese momento tenía ante mí a un hombre de espaldas anchas y trabajadas, brazos bien formados y un trasero que le hubiera hecho sombra al de *Míster culo perfecto*. No parecía que quedara nada del niño que había sido salvo el rastro de pesar que había vislumbrado en sus ojos.

Para cuando llegué hasta él, mi camiseta y los vaqueros se habían reducido también a un puñado de trapos húmedos, y las ondas de mi melena rubia chorreaban sobre mi espalda.

—Ash —susurré, entre dientes, dándome cuenta de que había empezado a temblar.

Él se giro por fin, con lo que tenía que ser una lentitud premeditada y que me hizo contener el aliento. Al quedar frente a frente y descubrir lo que ya sabía —que de verdad era mi antiguo vecino—, no pude evitar que mis labios se curvaran. ¡Era como si mis pensamientos le hubieran invocado! ¡Era increíble! ¡Era...!

¿Por qué él no sonreía? Estábamos tan cerca que podría haberme puesto a contar sus largas pestañas. Él debería haberme reconocido... Si es que se acordaba de mí.

—Soy Lucía —señalé, y, una vez que empecé a hablar ya no supe cómo detenerme—. Tu vecina, ¿me recuerdas? Vivía en esa casa —señalé hacia atrás y luego dirigí mi dedo a la vivienda adyacente— y tú vivías ahí. Nos veíamos siempre a través de la ventana hasta aquella fiesta en la que nosotros...

Me obligué a cerrar la boca cuando comprendí lo que había estado a punto de soltar. Mis mejillas se calentaron y supe que acababa de sonrojarme hasta la raíz del pelo.

Noté la mirada de Asher deslizándose por mi rostro con tanta intensidad que supe de inmediato que me había reconocido, pero sus labios prosiguieron inmóviles, tensos y apretados, hasta que por fin sus comisuras fueron elevándose y me dedicó una sonrisa, una mucho más contenida que la mía pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Sé perfectamente quién eres.

2

—Está lloviendo —comenté, sin saber qué otra cosa decir tras el silencio que se había establecido entre nosotros.

No solía quedarme sin palabras, al contrario, normalmente sufría de una especie de diarrea verbal que me hacía hablar sin control y convertir algunas conversaciones en monólogos. Sin embargo, allí estaba, con la boca cerrada y observando a un chico que llevaba años sin ver. Ese hecho me debería haber dado suficiente tema de conversación para dos vidas.

Asher soltó una carcajada y su risa retumbó dentro de mi pecho. Nunca antes lo había escuchado reír así, tan abiertamente. Él era más de gestos sutiles que no conllevaran atraer atención sobre su persona. No obstante, me di cuenta de que sus ojos continuaban tristes y había algo estudiado en todo ese despliegue de movimientos.

—Estamos en Londres, Lu —señaló, y sus dedos apartaron un mechón mojado de mi frente. El roce de sus dedos consiguió que me estremeciera—. ¿O debería decir Lucía? Ya no eres la niña que recordaba.

Su mirada descendió por mi cuerpo, haciéndome sentir desnuda, y casi me muero de vergüenza al comprobar que mi camiseta blanca se había convertido en una segunda piel, dejando ver con total claridad incluso el encaje del sujetador que llevaba debajo.

—Tú también has cambiado mucho —repliqué, con la esperanza de que levantara la vista y sus ojos regresaran a mi rostro—. Se te ve... bien.

¡Vaya! Para alguien a la que solían tener que interrumpir para poder hablar, me estaba cubriendo de gloria con mis absurdos comentarios. Lo siguiente sería ponernos a charlar sobre el tiempo. No, espera, eso ya lo estábamos haciendo.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

La pregunta fue tan directa que por un momento pensé que no le había

entendido bien. ¿Dónde había quedado aquello de «¿Qué tal te ha ido? ¿Qué has hecho todos estos años?» Tampoco era que yo me hubiera interesado demasiado por su vida hasta ese momento, pero eso era más bien debido a que me estaba resultando complicado hacerme a la idea de que le tenía delante de nuevo.

—¿Por qué no te vienes a tomar algo? —añadió, esbozando una pícaro e insinuante sonrisa.

¿Estaba coqueteando? ¿Asher Monroe estaba intentando ligar conmigo? ¿Qué había sido del crío tímido que apenas si se había atrevido a besarme años atrás? Estaba claro que lo que su cuerpo había aumentado en músculo, su carácter lo había ganado en seguridad. Yo, sin embargo, estaba perdiendo mi capacidad charlatana por segundos.

Carraspeé, tratando de encontrar mi recién perdida voz. Él debió encontrar el gesto divertido porque su sonrisa se amplió al mismo tiempo que sus iris se oscurecían.

—Vamos, Lucía —insistió, con un susurro ronco y sensual—, lo pasaremos bien.

Contemplé sus dedos jugueteando con el dobladillo de mi camiseta. ¿En qué momento habían llegado hasta ahí?

—¿Estás ligando conmigo? —solté sin más, sintiéndome un poco más yo misma que hace unos instantes—. Porque pareces un pavo real empleando ese tono de voz sexy y alardeando de encantos. Caería rendida a tus pies pero me pillas un pelín... indispuesta.

Sí, esa se parecía más a una de mis típicas respuestas. Sonreí abiertamente.

—¿No está funcionando?

Enarqué una ceja. ¿Qué había pasado en estos años para que lo primero que intentara hacer Asher fuera entrarme a saco?

—No.

Se echó la capucha hacia atrás y se pasó la mano por el pelo negro,

dispersando pequeñas gotitas en todas direcciones. Sin duda, Ash se había convertido en un hombre atractivo; muy, muy atractivo en realidad. Los ojos ligeramente hundidos sumados a la desconfiada manera que tenía de observar lo que le rodeaba, le daban un toque enigmático y mucho más atrayente de lo que recordaba. Sin querer, me encontré con la mirada fija en sus labios, gruesos y sugerentes. Me pregunté cómo sabría este Ash adulto.

—¿Lu? ¿Lucía?

Vaya... ya me había perdido de nuevo en el país de las maravillas.

—Em... ¿sí?

—Por favor.

No tenía ni idea de que me estaba pidiendo, pero me gustó que fuera capaz de mostrar algo más de educación.

—¿Por favor qué?

Se echó a reír y, por primera vez, vi en él un atisbo de mi antiguo vecino. Diría incluso que se estaba sonrojando. Eso era más propio del Asher que yo conocía.

—Tomate una cerveza conmigo. Quiero que me cuentes dónde has estado metida.

Me crucé de brazos y analicé su rostro en busca de algo que me diera una pista sobre lo que podía esperar de él. Su curiosidad parecía sincera. Supuse que en eso estábamos a la par. Me moría de ganas de saber cómo había transcurrido la vida del muchacho del que una vez había creído estar profundamente enamorada. A estas alturas, yo estaba segura que no había sido otra cosa que el típico amor adolescente por el que pierdes la cabeza y que luego se convierte en un bonito recuerdo que atesorar, pero eso no le restaba encanto al hecho de habernos encontrado de nuevo. Y, en honor a la verdad, yo había estado rezando para que esto ocurriera.

—¿Vas a intentar algo conmigo? —inquirí, sin cortarme lo más mínimo.

Él cabeceó y volvió a reír.

—¿Funcionaría?

—¿Te funciona normalmente? —pregunté a su vez, y de repente me dio por pensar en si tendría novia o cuántas debía haber habido desde lo nuestro.

Imitó mi postura y cruzó los brazos sobre el pecho, mientras fingía reflexionar al respecto. Resultaba encantador, aunque no pensaba decírselo.

—Casi siempre —contestó finalmente, guiñándome un ojo.

—Conmigo no.

—Ya veo...

—De ninguna de las maneras.

Asintió de forma repetida.

—No esperaba menos de ti.

—Vale, porque no vamos a enrollarnos.

¡Santo Dios! ¿Qué me estaba pasando? Nunca había sentido tal necesidad de dejar clara mi postura. Yo, la chica que se había morreado encima de la barra de un bar con *Míster culo perfecto* sin conocerle de nada mientras el capullo que me había puesto los cuernos miraba... Dicho así, la verdad era que sonaba fatal.

—Lo has dejado muy claro —subrayó, esforzándose por reprimir la risa.

Finalmente, cedí. Le ofrecí entrar en casa mientras me cambiaba de ropa y cogía un paraguas, pero rehusó como si le estuviera invitando a tomarse un cóctel de cianuro. Me dijo que esperaría en el parque que se encontraba en el siguiente cruce de calles. No insistí y me guardé un montón de preguntas que me quemaban los labios, como por ejemplo, ¿por qué me lo había encontrado plantado delante de su antigua casa si estaba claro que ya no vivía allí?

Después de secarme tan rápido como pude, me enfundé unos pitillos y unas botas negras con algo de tacón. Los acompañé con un top verde esmeralda de escote generoso y con mucho vuelo a la altura de las caderas, y una chaqueta de cuero también negra. A pesar de la lluvia, estábamos en verano y la temperatura no era tan baja. Mi madre me pilló en la entrada con el bolso en una mano y un paraguas en la otra.

—¿Dónde se supone que vas? La cena está lista.

—A dar una vuelta. He quedado con unas amigas —añadí, sin mencionar a Asher.

Si él no había querido entrar a saludar a mis padres, tendría sus motivos. Lo último que me apetecía era aguantar un sermón de mi madre.

—¿Qué amigas? —Enarcó una ceja y adoptó su típica actitud de madre/investigador privado.

Puse los ojos en blanco.

—Unas amigas, mamá. Te recuerdo que soy adulta, vivo sola en otro país y sé cuidar de mí misma.

Titubeó unos segundos.

—¿No irás a coger el coche?

De inmediato supe qué era lo que estaba pensando, o más bien en quién. Desde el accidente de mi prima Annie se había vuelto aún más protectora y le daba pánico que me pudiera suceder algo similar. Todos nos habíamos quedado destrozados tras su muerte e, incluso ahora, años después, pensar en ella continuaba doliendo.

Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—No. No te preocupes, ¿vale? —la tranquilicé—. Estaré bien.

Me dejó ir a regañadientes y se asomó a la puerta para verme marchar. Caminé calle arriba con paso rápido, resguardada bajo el paraguas, y me dirigí al encuentro de Asher. De repente estaba nerviosa y más inquieta que de costumbre. Me dio por pensar que al llegar al parque tal vez no estuviera, que podía haberse esfumado y no volvería a saber nada más de él. Ni siquiera le había preguntado dónde estaba viviendo o a qué se dedicaba.

Apreté el paso y, mientras esperaba al final de la calle a que un semáforo cambiara a verde, barrí las sombras de los árboles en su busca. No había ni rastro de él.

—¡Buuu!

Se me escapó un gritito y casi me lanzo sobre la calzada en un mero acto instintivo. Asher rodeó mi cintura con sus brazos y tiró hacia atrás,

acomodando mi espalda contra su pecho. Su aliento me hizo cosquillas en el cuello y un escalofrío trepó por mi columna.

—Te recordaba menos asustadiza —murmuro en mi oído, con suavidad, consiguiendo que se me erizara la piel de la nuca.

Le di un codazo en el estómago, obligándole a soltarme, y, cuando lo hizo, eché en falta la calidez de su cuerpo.

«No lo hagas, Lu, no te lances a los brazos del primero que pase solo porque estás deprimida», me amonesté mentalmente.

Me giré para encontrarme con una sonrisa traviesa bailando en sus labios.

—Solía ser yo la que te asustaba a ti —señalé, recordando las veces que me escondía de él y esperaba hasta que estaba a punto de descubrirme para lanzarme sobre su espalda gritando.

Se encogió de hombros y sus ojos se volvieron incluso más tristes.

—Supongo que he dejado de tener miedo —farfulló, y me dio la sensación de que hablaba consigo mismo.

Quise preguntarle al respecto, pero él deslizó sus dedos en torno a los míos y empezó a caminar sin darme opción. El gesto me pareció demasiado íntimo. En realidad, éramos poco más que dos extraños.

—Vamos, ya llego tarde.

Fruncí el ceño. Se suponía que íbamos a tomar una cerveza y ponernos al día.

—¿Tarde a dónde?

Ladeó la cabeza y me miró por encima de su hombro mientras continuaba andando, dedicándome otra de sus pequeñas y enigmáticas sonrisas.

—Ya lo verás.

3

—¿No vas a cambiarte? Tienes la ropa empapada —le pregunté, al ver que se disponía a entrar en uno de los locales.

Habíamos abandonado el distrito de Kensington, una de las zonas más lujosas de la capital inglesa y en la que se encontraba la casa de mi familia, para ir a parar al Soho. Yo apenas conocía ese barrio así que, en cuanto Asher empezó a callejear conmigo aún de la mano, perdí por completo la esperanza de saber exactamente dónde nos encontrábamos. Mi sentido de la orientación era casi tan nefasto como mi radar para encontrar tíos decentes.

Me detuve un momento para alzar la vista y contemplar el alumbrado de la calle. Había cables que se entrecruzaban sobre nuestras cabezas e iban de un edificio a otro, creando un entramado del que colgaban decenas de bombillas de colores. Era precioso. Las luces —amarillas, verdes, azules, rojas y violetas— se reflejaban en las ventanas y en los charcos del suelo, convirtiéndolos en un mosaico multicolor.

—Lo haré aquí —replicó Asher, mientras mantenía la puerta abierta para que pasara al interior, y por un momento olvidé lo que le había preguntado.

Tras caer en la cuenta, atisbé el interior de lo que parecía un pub. Había una barra cerca de la entrada y un puñado de mesas y sillas de madera dispersas por gran parte de la sala, casi todas ocupadas. Creí ver también un escenario en la zona posterior. Si bien, la ausencia de focos al fondo del local no me permitió estar del todo segura.

—¿Trabajas aquí?

No contestó. Me empujó con suavidad y, una vez dentro, volvió a tomar mi mano y zigzagueó entre la gente para dirigirse a la izquierda, donde la pared formaba varios semicírculos a modo de reservados. No se detuvo hasta alcanzar el último de ellos, el más cercano a lo que, definitivamente, se

trataba de un escenario.

Había una chica y dos chicos sentados en un sillón, también semicircular, y una mesa repleta de botellines de cerveza frente a ellos. Asher soltó mi mano y se mantuvo ligeramente por delante de mí. Tuve que asomarme sobre su hombro para poder echar un vistazo al grupo. Supuse que serían sus amigos.

—Por fin su majestad nos deleita con su presencia —se burló uno de los chicos.

Alzó su bebida, como si celebrara la llegada de Asher, y le dio un trago. Tenía el pelo tan rubio que, incluso en aquella penumbra, su media melena parecía relucir. Se pasó un mechón detrás de la oreja y sonrió sin ganas, evidentemente cabreado.

—Bueno, ya vemos por qué has llegado tarde —se burló el otro, inclinándose hacia un lado para verme mejor.

En su rostro aparecieron dos simpáticos hoyuelos y una expresión divertida que hicieron que me cayera bien de inmediato. Su mirada era, con diferencia, la más amable de todas.

—Lucía, estos son Patrick —me presentó, señalando al que había hablado primero—, Hannah y Tony. Chicos, esta es Lucía, una... vieja amiga.

Ignoré lo que me pareció una pausa dramática al referirse a mí y avancé hasta colocarme junto a él. Tony se puso en pie de inmediato mientras que los demás permanecieron sentados.

—¡Una paisana! —exclamó, esta vez en un perfecto español. No pude evitar sonreír. Ahora me caía incluso mejor.

A pesar de que el inglés era mi lengua materna, prefería mil veces la de mi país de adopción, y ni que decir tiene que, tras varias semanas aquí, echaba muchísimo de menos hablarlo. Aunque mi madre era española y mi padre británico, una vez instalados de nuevo en Londres habían acordado emplear el idioma de Shakespeare. Ni siquiera mi visita les había hecho

cambiar de opinión.

—Tú puedes llamarme Antonio, preciosa —comentó el chico, exagerando el acento al pronunciar su nombre y soltando una carcajada. Acto seguido, no dudó en envolverme con sus brazos y plantarme un beso en cada mejilla—. Por fin traes a alguien interesante, Ash —añadió, cambiando al inglés.

El aludido fue a acomodarse en el lugar que había ocupado Tony, junto a la chica. Esta no había abierto la boca y no dejaba de mirarme con cara de pocos amigos. Parecía que Tony era el único interesado en mostrarse cordial conmigo. Incluso Asher, que me había arrastrado hasta aquel lugar, estaba cuchicheando con Hannah y ni siquiera me miraba.

—Vamos a conseguirte una cerveza —se ofreció Tony. La sonrisa de felicidad en su rostro resultaba contagiosa. Le devolví el gesto y asentí. Él se giró y señaló a Ash—. Y tú, ya puedes ir a cambiarte.

—Sí, papá —se burló este, aunque no hizo amago de moverse.

Dejé que Tony me llevara hasta una pequeña barra justo al lado de los reservados, una que no había llegado a ver desde el exterior. Con un único gesto a la camarera, una chica rubia que debía medir al menos un metro noventa y llevaba la oreja izquierda repletas de pendientes y un piercing en la nariz, consiguió que esta nos sirviera un par de cervezas heladas. Le di un trago y eché un vistazo por encima del hombro de mi acompañante para ver a Asher levantarse y dirigirse hacia la derecha del local. Se perdió por un estrecho pasillo.

Tony, con el botellín entre las manos, apoyó un codo en la barra y me sonrió.

—¿Trabajáis aquí? —aventuré, planteándome para qué me había traído Ash hasta la otra punta de Londres si se iba a desentender de mí.

Tony dio otro sorbo a su bebida antes de contestar.

—Sí y no. Yo soy el único que echo unas horas como camarero —me explicó—, aunque hoy es mi día libre.

Sus hoyuelos no desaparecieron a pesar de que gesticulaba todo el tiempo y su rostro era tremendamente expresivo. Me dio la sensación de que era de esas personas a los que nada consigue borrarles la sonrisa. Un eterno optimista, quizás. O eso, o se había colocado con algo y de ahí su alegría continúa.

—Los demás solo tocan aquí de vez en cuando —prosiguió, y levantó la mano en la que sostenía la cerveza para señalar el escenario.

—¿Tocar? ¿Tenéis un grupo? —No pude esconder la sorpresa. Aquello era algo totalmente nuevo para mí.

Frunció el ceño.

—Pensaba que Asher y tú erais amigos. No creo que haya nadie que lo conozca y no sepa que quiere a su guitarra más que a ninguna otra cosa... o persona.

¡Vaya! Ash tocaba la guitarra. En cierta medida, le pegaba, podía imaginarme sin problemas al chico lánguido e introvertido que había conocido acariciando las cuerdas.

—¿Cuánto hace que le conoces? —terció él, con curiosidad.

Si su tono hubiera sido otro, tal vez no hubiera contestado. Pero no vacilé en hacerlo y, como era típico de mí, solté lo primero que se me ocurrió.

—Hará un par de horas. —Sus cejas se alzaron al mismo tiempo que lo hacían las comisuras de sus labios. Aquello parecía divertirse—. En realidad, nos conocimos hace muchos años, aunque solo durante algunas semanas. De vista mucho antes, eso sí, pero lo que se dice amigos, amigos... Bueno, no es que hayamos sido grandes amigos —aclaré, alargando las últimas dos palabras—. Hubo una pequeña amistad y luego él....

Me detuve y cerré la boca. Tony me estaba observando con los ojos muy abiertos.

—A veces hablo mucho —me apresuré a decir, repentinamente cohibida.

—Ya lo veo, ya —repuso él, apretando los labios para no reírse.

Acusando el calor que reinaba en el local, me deshice de la cazadora y la dejé sobre uno de los taburetes, tomándome mi tiempo para doblarla. Cuando alcé la vista, comprobé que los ojos de Tony estaban clavados en mi escote.

Carraspeé para atraer su atención.

—¿Me estabas mirando las tetas? —solté, perdiendo la vergüenza de hace unos segundos.

Él casi escupe el trago de cerveza que tenía en la boca. Tosió durante unos instantes y la sangre comenzó a acumularse en sus mejillas. Al parecer, no era yo la única capaz de sonrojarse.

Sabiéndose pillado, esbozó una sonrisita culpable.

—¿Sabes? No te pareces a las chicas con las que Ash suele relacionarse —comentó, ignorando mi pregunta. Acto seguido, me dio un rápido repaso de arriba abajo—. Bueno, en parte sí —se corrigió, y la insinuación dejó claro a lo que se refería—, pero tú eres... rara. Me gustas.

No tenía ni idea de qué clase de cumplido era ese o siquiera si se trataba de un halago, pero el comentario espoleó mi curiosidad, en parte, porque no pude evitar que me fastidiara el hecho de que me hubiera arrastrado hasta allí como a una más.

Lo siguiente que supe era que estaba formulando la más típica de las preguntas.

—¿Trae a muchas aquí?

Tony negó con la cabeza y me pasó un brazo por los hombros para llevarme de vuelta hacia la mesa.

—No las trae. No lo necesita —murmuró, bajando la voz—. Vienen ellas solas.

4

Cinco minutos de miradas de reojo y un silencio incómodo me bastaron para abandonar a los amigos de Asher. Tony había tomado asiento y había palmeado el hueco a su lado para que lo acompañara pero, mientras que Patrick me ignoraba de forma premeditada, Hannah no se molestaba en esconder su hostilidad, y eso que ni siquiera habíamos cruzado una palabra.

Empezaba a cabrearme. ¿Por qué me había llevado Asher a aquel lugar si luego pensaba pasar de mí? Tony me había caído bien, pero yo no estaba allí por él. Desaparecer sin más, dejándome a solas con un puñado de extraños, no se parecía en nada a lo que había esperado de esa noche.

No quise pensar en cuáles habían sido mis verdaderas expectativas al respecto.

—Enseguida vuelvo. —Tony asintió, apurando su cerveza.

Al ritmo que bebía, no me extrañaba nada la cantidad de botellines vacíos que se acumulaban sobre la mesa. ¡Vaya forma de tragar!

Atravesé la parte central del pub, ya repleto de gente, y me dirigí hacia el pasillo por el que había visto desaparecer a Asher, creyendo que debía conducir a los servicios. No obstante, al internarme en él, me encontré con una única puerta con un cartel de «Solo empleados». Aferré el pomo y lo giré antes siquiera de plantearme que la advertencia estaba allí por un motivo obvio.

El aire que había inspirado se me atascó en la garganta, a medio camino entre la boca y los pulmones, y creo que mi corazón se saltó un latido —o dos... o tres, quizás—. Ladeé la cabeza para observar con detalle la estampa que tenía ante mí y tuve que morderme el labio inferior para retener lo que seguramente se hubiera convertido en un gemidito bochornoso.

Definitivamente, Asher acababa de arrebatarme el título de *Míster culo perfecto* a Daniel. Podía hacer dicha afirmación sin temor a equivocarme

porque el aludido se encontraba a pocos metros de mí, de espaldas, y totalmente desnudo.

Apenas una hora antes, con la ropa empapada por la lluvia, ya me había percatado del impresionante cambio que se había producido en mi amigo. No quedaba ni rastro del chiquillo que recordaba y, en su lugar, había un hombre de espaldas anchas, caderas estrechas, cuerpo fibroso y un trasero que daban ganas de acariciar. Su piel había adquirido un tono ligeramente más dorado que años atrás, cuando lucía una palidez casi enfermiza.

Resumiendo, Asher Monroe se había convertido en un bombón, uno de esos que ansías meterte en la boca para saborearlo con calma y dejar que se derrita contra tu paladar. Y las imágenes que se me pasaban en ese instante por la cabeza no diferían mucho de ese pensamiento.

«Solo un lametón», rogó la parte de mí que estaba allí plantada devorándolo con la mirada.

No tuve tiempo de reprenderla o poner orden en mi lujuriosa mente. Asher se dio la vuelta y me regaló una panorámica frontal de su cuerpo, de *todo* su cuerpo, y comprendí que el trasero no era lo único que tenía muy bien formado.

Me obligué a alzar los ojos y apartarlos de su entrepierna.

Notaba las mejillas calientes. En realidad, toda yo estaba caliente, muy caliente, y no tenía nada que ver con que aquella habitación careciese de ventilación. La vergüenza no impidió que me recreara un poco más en los músculos de su abdomen, la marcada V de sus caderas, la firmeza de su pecho,... La zona de piel sobre su corazón albergaba un tatuaje: la imagen de un árbol en la que la densa maraña de raíces de la parte baja contrastaba con la escasez de ramas.

Mi mirada continuó deslizándose de forma perezosa por su figura antes de conseguir llevarla hasta su rostro, disfrutando del espectáculo sin miramientos.

Sus labios esbozaron una sonrisa torcida. No parecía que le molestara en

absoluto mi intenso escrutinio, es más, diría que estaba encantado. No hizo el mínimo amago de ponerse algo encima.

—Yo...

Buen momento para quedarme sin palabras. Carraspeé y decidí intentarlo de nuevo.

—Buscaba el baño —mentí, porque en realidad a quién buscaba era a él, aunque no esperaba encontrármelo en pelotas. Antes de que pudiera ponerle remedio, mi boca tomó el control—. Perdona por la interrupción, he entrado sin pensar y... no quería molestar ni quedarme mirando. Hacía mucho que no nos veíamos y bueno, yo, ya sabes... no te recordaba tan grande.

Asher se esforzó para no echarse a reír. Me percaté del doble sentido de mi última frase y, en un acto meramente instintivo, mis ojos descendieron hasta la parte baja de su abdomen. La situación empeoró cuando aquello sí que empezó a ponerse realmente grande.

«Ay, madre.»

—No pasa nada, Lucía —susurró él, con la voz ronca, pronunciando mi nombre con lentitud, como si lo saborease.

Tragué saliva.

—Será mejor que espere fuera —repliqué—. En realidad, creo que debería irme a casa. No ha sido buena idea venir, Ash. Tengo cosas que hacer —agregué, sin darle tiempo a protestar—. Estaré unos días más por aquí, tal vez podamos quedar en otro momento, cuando tú...

Hice un gesto con la mano en su dirección que ni siquiera yo sabía muy bien qué significaba. ¿Cuando él qué? ¿Tuviera más ropa encima? ¿Cuándo dejara de sonreírme como si fuera a lanzarse sobre mí en cualquier momento o de mirarme con esos ojos anegados de deseo?

«Te lo estás imaginando», me reprendí.

Asher estiró la mano y sacó algo de la taquilla abierta que se alzaba a su lado. La pequeña habitación debía ser algo así como una sala de descanso para el personal. Había un sofá que ocupaba la pared a mi izquierda y una

televisión en la que ni siquiera había reparado. Claro que había estado demasiado ocupada con la visión de Asher desnudo.

No tardó en ponerse un bóxer negro, o al menos intentarlo. Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para no reírme al verle tratando de que la tela cubriera su erección.

—No te vayas, Lu.

Que me pidiera que me quedara mientras forcejeaba con su miembro resultaba un poco surrealista. ¿Por qué siempre acababa metida en situaciones tan absurdas? La vibración que no había dejado de pulsar entre mis piernas desde el mismo instante en que había puesto mis ojos sobre su piel desnuda tampoco ayudaba demasiado.

Su pecho quedó cubierto por una camiseta negra con letras doradas en las que se leía *These Days*, y una parte de mí se sintió decepcionada.

—Vamos a tocar —prosiguió, ante mi silencio—, quiero que te quedes.

Y yo deseaba que la prenda que acababa de ponerse no se ajustara con tanta precisión a sus músculos y, ya que estábamos, dejar de babear por él.

—Pensaba que querías que nos pusiéramos al día —repuse, cada vez más intrigada.

No se trataba solo de la transformación física que había sufrido, era que, a pesar de que tan solo había pasado unas pocas horas con él, Asher parecía una persona diferente. No había una gota de timidez en la sensualidad con la que sus labios se curvaban o en su forma de observarme, ni siquiera en sus gestos.

—Podemos hacerlo luego. —Hizo un pausa—. Hay un montón de cosas que me gustaría que hiciéramos después del concierto —agregó, en tono provocador.

Enarqué las cejas.

—Lo estás haciendo de nuevo —señalé.

—¿El qué?

Supe de inmediato que sabía perfectamente de lo que hablaba pero, aun

así, contesté.

—Lo de desplegar todos tus encantos cual pavo real.

Suspiró y su vista descendió hasta clavarse en el suelo. Comenzó a ponerse unos vaqueros negros sin decir una palabra más. No sabía si le había ofendido o no pensaba molestarse en negarlo. Durante un instante, la actitud de Asher me recordó a la de Jota, con sus cambios de humor y las bravatas que solía lanzar al principio de conocer a Becca, y con esos ojos tristes que parecían ocultar mucho más de lo contaban. Fue mi turno para suspirar.

—Lu...

Me quedé paralizada al percibir la cercanía de Asher. En algún momento, mientras yo divagaba, él se había acercado hasta quedar a tan solo unos centímetros de mí. Su aliento me acarició la mejilla y, antes de darme cuenta, tenía sus manos sobre mis caderas.

—Quédate, por favor.

No se me escapó el tono suplicante que empleó.

Aturdida, di un paso atrás para tomar distancia y poder pensar con más claridad. Ash no dejaba de ser un extraño para mí y yo para él, no solo por los años en los que no nos habíamos visto sino también porque, en el pasado, apenas si habíamos llegado a pasar unas cuantas semanas juntos. Sin embargo, allí estaba yo, demasiado intrigada como para largarme pero también descolocada por su comportamiento. La psicóloga que había en mí no cesaba de frotarse las manos.

«¿En qué clase de hombre te has convertido, Asher Monroe?», me planteé.

Ni siquiera supe que estaba asintiendo hasta que él esbozó una sonrisa satisfecha. Se inclinó sobre mí y depositó un pequeño beso en mi mejilla, para después guiar sus labios hasta mi oído.

—No imaginas cuánto me alegro de haberte encontrado.

5

Que Asher me susurrara al oído con aquella voz grave y sensual causó estragos en mis rodillas y en todo mi cuerpo en general. Sin embargo, me recompuse lo suficiente como para dedicarle una sonrisa condescendiente.

—Ese rollito de garganta profunda no te va a funcionar conmigo, Ash — señalé, girando para agarrar el pomo de la puerta y marcharme de allí lo antes posible.

Por alguna razón, no quería que supiera que reencontrarme con él me estaba afectando tanto. Sentía muchísima curiosidad por descubrir al nuevo Asher pero sabía que una parte de mí, la parte que había sido engañada y menospreciada en mis relaciones pasadas, no iba a permitir que perdiera la cabeza de nuevo por otro tío; menos aún por uno que parecía llevar la palabra rompecorazones escrita en la frente.

Me detuvo antes de que pudiera escabullirme al exterior. Pegó su pecho contra mi espalda y apartó mi melena para acceder a mi nuca. La descarga que me produjo el simple roce de sus dedos tenía que haberme alertado de que no era buena idea quedarme allí plantada. Si bien, cuando su aliento revoloteó sobre mi piel, me limité a cerrar los ojos y esperar.

Solo que no pasó nada.

—Espero que disfrutes de la actuación —me dijo, al cabo de unos segundos.

Acto seguido, se apartó y me hizo un gesto para que le precediera de vuelta al bar. Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios al comprobar que tardaba más de lo normal en reaccionar. Si algo tenía claro era que le encantaba invadir mi espacio personal y luego sentarse a ver cuál era mi reacción. Supuse que, en todos los años que habían transcurrido, de alguna manera el tímido Asher que yo conocía había pasado a convertirse en alguien totalmente diferente; mucho más seguro de sí mismo y también más osado.

El grupo ya se encontraba sobre el escenario: Patrick se hallaba en el fondo, tras la batería, Tony parecía ser el bajista mientras que Hannah se había colgado una guitarra. Había supuesto que era ella la cantante, por lo que no pude evitar sorprenderme cuando Asher me adelantó, se subió al escenario y se colocó detrás del micrófono. ¿También cantaba?

Regresé al reservado en el que habíamos estado sentados hasta hacía un momento y me acomodé para ver qué otras sorpresas iba a depararme la noche. Ni siquiera sabía qué estilo de música tocaban. La gente ya se amontonaba frente a ellos, mayoritariamente chicas, algo que no me extrañó teniendo en cuenta que los componentes del grupo eran todos bastante atractivos. Seguro que Hannah también tendría su pequeño séquito de admiradores.

Asher saludó al público. Le sonreí cuando su mirada recorrió el local y terminó recayendo sobre mí. Le brillaban los ojos y sus dedos acariciaban con cierta devoción las curvas de la guitarra que colgaba sobre su pecho. No obstante, en cuanto la música empezó a sonar, sus párpados cayeron. Aferró el micrófono con suavidad y sus labios se entreabrieron, listos para pronunciar las primeras estrofas de la canción.

La reconocí de inmediato. No solo eso, sino que comprendí también que el título era además el nombre del grupo. Asher desgranó la letra de *These days*, de Bon Jovi, con una intensidad que me puso los pelos de punta. Todo ello, sin siquiera abrir los ojos. Al llegar al estribillo, se balanceó adelante y atrás, moviendo los hombros, dejándose llevar por la melodía, y la gente empezó a dar saltos coreando la letra. Incluso yo me vi moviendo los labios al ritmo de los suyos.

Eran buenos, muy buenos. Versionar una canción de uno de los gigantes del rock podía haberlos hecho caer en el más absoluto de los ridículos, pero lo hacían increíblemente bien. Iba a tener que esperar para interrogar a Asher al respecto. ¿Eran una especie de banda tributo? ¿Componían también sus propias canciones?

El atronador aplauso de los clientes del bar desvió mi atención de nuevo al escenario. Patrick y Hannah se habían colocado uno al lado del otro, y Asher por fin se había decidido a mostrar sus ojos y me miraba directamente a mí. Tenía la cabeza ladeada y una expresión interrogante reflejada en el rostro. Le hice un gesto de asentimiento para darle a entender lo mucho que me había gustado.

Tocaron varias canciones más, todas ellas versiones de conocidos grupos de rock. Me levanté para aplaudirles al finalizar una que resultó particularmente emotiva: *November rain*, de Guns N' Roses. Asher se comía el escenario y el público no hacía más que darle alas. Sin embargo, aún quedaba lo mejor.

Creí que habían dado por terminado el espectáculo. Hannah se había acercado a Patrick y parecían estar bromeando, se les veía mucho más relajados que durante el concierto. Asher, por su parte, sonreía a las chicas que se agolpaban en primera fila y cuyas proposiciones podía escuchar incluso desde donde estaba. Ninguna de ellas resultaba demasiado inocente y supuse que era eso a lo que Tony se refería al decirme que eran las chicas las que buscaban a Asher. Todo el mundo continuaba pendiente de la banda e, instantes más tarde, supe por qué.

El sonido de la batería irrumpió con fuerza a través de los altavoces y la gente empezó a gritar. Para ser un pub no demasiado grande, era sorprendente la buena acústica que tenía y la cantidad de personas que llenaban cada rincón del local. Estaba segura de que superaban el aforo permitido. La expectación creció en forma de una extraña tensión que se fue extendiendo por la sala como una gran ola invisible. Todos los ojos estaban puestos en Asher, mientras que los suyos me observaban fijamente.

—*It's my life* —pronunció, en un susurro ronco que aumentó más si cabe la excitación de los asistentes.

Habían iniciado el concierto con una canción de Bon Jovi y, por supuesto, fue ese grupo el mismo con el que concluirían. Durante los minutos

que duró ese último tema, Asher no apartó la mirada de mí. Rasgaba las cuerdas de la guitarra de forma impecable, pero su voz... Su voz consiguió que todo mi cuerpo vibrara. Me olvidé de que estaba rodeada de gente y a él pareció sucederle lo mismo. De repente era como si cantara solo para mí. Las palabras salían de entre sus labios con dureza pero a la vez estaban cargadas de emoción. Parecía estárselas arrancando una a una de un rincón de su interior que no mostraba nunca a los demás, y me maravilló que fuera capaz de darle un matiz tan íntimo a una melodía cuyo ritmo era casi frenético.

Cuando quise darme cuenta el concierto había terminado y yo seguía de pie con la vista clavada en el escenario y los brazos colgando a los lados del cuerpo. No me moví a pesar de que los componentes de la banda fueron saltando uno a uno de la tarima y mezclándose con los clientes. Asher fue el último en abandonarla. Permaneció unos instantes más con la barbilla baja mientras sus dedos se deslizaban de forma distraída por la guitarra, como si necesitara un momento para recuperarse. Hubiera dado lo que fuera por saber en qué pensaba.

Tony me encontró aún allí plantada al acercarse a por su cerveza.

—Wow. —Fue cuanto atiné a decir—. Sois... sois...

—La hostia, ¿verdad?—terminó él por mí.

Me limité a asentir. La desgarradora voz de Asher proseguía retumbando en mis oídos a pesar de que ya habían reanudado la música de ambiente en el local. Ahora sí que me era imposible reconciliar la imagen que tenía del Asher adolescente con el hombre que se había subido a aquel escenario. Comprendí que no tenía ni idea de quién era él en realidad.

—Ash se come al público. Sobre todo al femenino —bromeó, y soltó una carcajada que me hizo pensar que no era en sentido figurado—. Tendrías que verlo cuando interpreta sus propias canciones.

—¿También compone?

Tony asintió y apuró su bebida de un trago.

—Pero se muestra reacio a cantarlas en público por mucho que le

insistimos. ¿Quieres otra?

Dejó sobre la mesa el botellín vacío y me agarró de la mano.

—Vamos, nuestro vocalista aún tardará un poco en contentar a sus seguidoras.

Por algún motivo, su explicación me irritó pero me reí sin más, fingiendo que no me molestaba que fuera Tony el que estaba pasando más tiempo conmigo. Sabía que era algo estúpido porque era normal que la gente se acercara a ellos para felicitarlos o comentarles sus impresiones, y Asher era, al fin y al cabo, el rostro de la banda. Solo que, después de todos los años transcurridos, esperaba que estuviera algo más ansioso por ponerse al corriente.

¿Debería empezar a preocuparme por un ataque de celos injustificado? No hacía más que unas horas que nos habíamos reencontrado y, lo que estaba claro, era que vivíamos a cientos de kilómetros el uno del otro. No era como si fuéramos a vernos todos los días a partir de ahora. ¿Y por qué me estaba planteando siquiera eso?

—Arrrggg —gruñí, y Tony se giró para mirarme—. ¿Sabes? Creo que tomaré otra cerveza. No suelo beber mucho, ya sabes, no es que tenga mucho aguante y luego siempre la lío. Un día es un día, ¿no? Y el concierto ha sido increíble, de verdad. Sois muy buenos.

Me estaba repitiendo, lo sabía, y también hablando de nuevo sin control alguno. A veces me resultaba más fácil parlotear que ponerme a pensar en las cosas que sucedían a mi alrededor. Yo sabía que era uno de mis mecanismos de defensa para evitar enfrentarme a situaciones que me inquietaran. Si bien, como solía surtir el efecto deseado, no me molestaba en contrarrestarlo.

La Lucía despechada que miraba a los tíos con cierto rencor seguía agazapada dentro de mí y era ella la que afirmaba que no había de qué preocuparse. Asher era un amigo de la infancia, solo eso, a pesar de que hubiéramos tenido una breve relación años atrás. Yo no estaba buscando complicarme la vida y él ya tenía suficientes admiradoras a su alrededor

como para fijarse precisamente en mí. Era evidente que me resultaba atractivo —estaba buenísimo, en realidad—, pero ya estaba acostumbrada a estar rodeada de chicos guapos y, sinceramente, necesitaría algo más que una cara bonita y un cuerpo de escándalo para volver a caer en las redes de alguien.

Pero podía mirar, ¿no? Eso no me haría daño. ¿O sí?

6

—Bueno, dime... ¿cuál es vuestra historia? —inquirió Tony, sosteniendo la cerveza junto a sus labios y apoyándose en la barra—. La de Asher y tú quiero decir.

Enarqué las cejas. Ya le había contado que nos conocimos años atrás, no sabía qué más querría saber.

—No hay ninguna historia.

Me lanzó una mirada que dejaba claro que no se lo creía. Yo alcé la bebida que acababa de pedir y me encogí de hombros.

—¿Sabes? Ya hace unos años que le conozco aunque, en realidad, no sé mucho de él —comentó, inclinándose en mi dirección y bajando la voz. Tuve que imitarle para poder seguir escuchándole—. Pero lo que sí sé es que tiene que haber una historia. Siempre que sube ahí —prosiguió, señalando el escenario—, se deja el alma. Es como si se convirtiera en otra persona. Y hoy no ha sido así para nada. Ha tocado y cantado bien, no lo niego, pero no ha sido el Ash que yo conozco. Lo único que ha cambiado es que tú estabas aquí para verle.

Guardé silencio y me permití un momento para sopesar lo que acababa de decir. El concierto había sido magnífico. El público había estado totalmente entregado y yo había disfrutado lo increíble escuchándolos. Ni que decir tiene que Asher había brillado con luz propia pero también era verdad que no tenía con qué compararlo; nunca los había visto tocar antes. Aun así, no creía que existiera ninguna relación con mi presencia.

—¿Tuvisteis algo?

—Eso no es asunto tuyo —repliqué, y mi voz sonó mucho más cortante de lo que había querido—. Lo siento. Si él no te ha contado nada, yo no debería...

Tony alzó las manos y me regaló una sonrisa tranquilizadora.

—No pasa nada. Soy un bocazas, ya te acostumbrarás —rió, y yo me relajé de inmediato.

En realidad, no había demasiado que contar. Asher había vivido en la casa de al lado durante años y, sin embargo, por mucho tiempo, para mí había sido solo un extraño al que veía de vez en cuando a través de la ventana de mi habitación. No jugaba en el jardín delantero, como hacíamos la mayoría de los niños del barrio, ni en el parque, calle arriba. No se relacionaba con nadie y tampoco lo hacían sus padres. Alguna vez me lo cruzaba en el instituto pero siempre caminaba cabizbajo y parecía rehuir cualquier tipo de acercamiento. Asher Monroe había sido invisible y, en ese momento, me daba cuenta de que eso era precisamente lo que él había buscado. Se había esforzado por mantenerse al margen de todos y, desde luego, lo había conseguido.

No fue hasta unas semanas antes de que mi familia se trasladara a Madrid, cuando se operó un cambio en su actitud. Recuerdo que una tarde al volver a casa pasé por delante de la suya y él estaba sentado en las escaleras de la entrada. Nunca hasta entonces lo había visto allí. Pero lo más extraño de todo fue que al mirarle no apartó la vista sino que me sonrió. Fue una sonrisa tímida y titubeante pero yo, sin dudar, se la devolví.

—Lo que sea que le ha pasado esta noche no tiene nada que ver conmigo —aseguré, pero Tony no pareció muy convencido.

No dijo nada más al respecto. Regresamos al reservado, en el que ahora se encontraban también Patrick y Hannah, y nos sentamos con ellos. Mientras hacían comentarios sobre el concierto, eché un vistazo alrededor. No había ni rastro de Ash y yo empezaba a cansarme de estar allí con sus amigos. Puede que fuera hora de volver a casa.

—¿Sabéis dónde está Asher? Creo que voy a marcharme ya y me gustaría despedirme.

Hannah resopló y esbozó una sonrisa burlona que no me gustó en absoluto. Estaba claro que no le caía bien pero, en honor a la verdad, ella a mí tampoco. No me agradaba la gente que, sin conocerte, trataban a los demás

con desprecio. Intentaba por todos los medios no juzgarla, pero me lo estaba poniendo bastante difícil.

—Posiblemente ande quemando la energía de la que no se ha desecho durante el concierto.

—No seas imbécil, Han —la amonestó Tony, y, acto seguido, negó con la cabeza y se dirigió a mí—. Vendrá enseguida.

No era tonta y sabía sumar dos y dos. La amiga de Asher acababa de insinuar que estaba tirándose a alguna de aquellas chicas que se habían desgañitado para atraer su atención cuando estaba en el escenario. También sabía que podía haberlo dicho solo para molestarme, o no... La idea de que se hubiera largado con otra después de arrastrarme hasta allí fue suficiente como para que terminara de decidirme.

—Tranquilo —le dije a Tony, ignorando deliberadamente a los demás—. Despídeme de él y dile que ya nos veremos, ¿vale? Ha sido un verdadero placer conocerte.

Me puse en pie dispuesta a salir del bar cuanto antes. No necesitaba aquello. Siempre había sido de las que ven el vaso medio lleno, me arriesgaba, intentaba vivir al máximo, reía todo lo que podía... Incluso a veces mostraba un comportamiento infantil y puede que hubiera gente que me considerara algo tonta por actuar de esa forma o por mi característica verborrea sin sentido. Al contrario que Jota, yo había afrontado la muerte de Annie como una señal de que había que disfrutar cada segundo y eso me hacía cometer muchas insensateces, aunque también vivir sin dejar nada para mañana.

Sin embargo, en cuanto a las relaciones amorosas, Daniel me había herido más profundamente de lo que me habría gustado. Empezaba a creer que tal vez necesitaba separar lo que era sexo o una mera atracción de lo que podía convertirse en algo más; no resultaba fácil, teniendo en cuenta que era bastante enamoradiza y que tendía a dejarme llevar. Ahora bien, el último desengaño sufrido había sacado a relucir una parte cautelosa de mí que

desconocía por completo. No quería volver a sufrir.

Asher me atraía. No me engañaba respecto a eso. No solo porque tuviera un físico de infarto sino porque era un rompecabezas andante y yo tenía debilidad por los chicos así. Me había gustado hacía años y me gustaba ahora, pero sabía que no era otra cosa que un encaprichamiento pasajero y que debía dejarlo pasar.

—¿A dónde crees que vas?

Fue raro escuchar a Asher hablar después de haberle estado oyendo cantar. Su voz era más grave en el escenario y, sin duda, muy sensual, casi como una caricia. Lo malo es que acababa de susurrarme la pregunta al oído y había conseguido dotarla de un matiz casi obsceno. Era como si me hubiera murmurado alguna guarrada, o al menos así lo percibió mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió entera mientras me giraba hacia él.

—Me marcho ya —atiné a decir.

Tenía el pelo mojado y había cambiado la camiseta del grupo por una totalmente negra. Me pregunté cuánta ropa tenía guardada en aquel bar y si también disponían de una ducha.

Mi mente cesó de divagar cuando se inclinó de nuevo sobre mí y dejó sus labios a un suspiro de los míos. Sí, definitivamente Asher Monroe me atraía y no dudaba de que él lo sabía. Era consciente de su capacidad para aturdir a cualquier chica con esa perturbadora y oscura mirada y su escandalosa sonrisa. Por supuesto, su poder de seducción aumentaba conforme disminuía la distancia a la que se encontrase, y ahora estaba cerca, muy cerca de mí.

—No puedes irte aún, Lucía. Tenemos que ponernos al día. Por los viejos tiempos...

En los viejos tiempos había habido multitud de besos y caricias robadas —seguramente más inocentes de las que podría haber en la actualidad— y un buen puñado de risas compartidas. Todo ello condensado en unas pocas semanas. Me planteé si Asher solo querría saber cómo me había ido durante

estos años o intentaba revivir lo que habíamos tenido siendo dos adolescentes. Tal vez solo fuera mi mente la que jugaba conmigo poniéndose en modo culebrón.

—Tenemos que ponernos al día —repitió, con una leve exhalación que me calentó los labios.

Ladeé la cabeza y adopté una actitud mucho más confiada de lo que en realidad me sentía.

—Pensaba que habíamos hablado ya de dejar a un lado ese rollito de ligón trasnochado conmigo —le espeté, cruzando los brazos sobre el pecho.

Alguien soltó una risita a mi espalda, supuse que Tony. Parecía el único al que le divertía aquel extraño tira y afloja entre Asher y yo. No me molesté en comprobarlo.

—¿Ligón trasnochado?

Asentí y él agitó la cabeza y me regaló una de sus mejores sonrisas torcidas.

—Te recordaba mucho menos cabezota.

—Y yo a ti menos descarado.

Durante un breve segundo, su mirada perdió parte del brillo que la iluminaba y sus ojos volvieron a adquirir la tristeza que antaño fuera una constante.

—*Touchè* —replicó, dando un paso atrás.

Tardó en recobrar la soltura de instantes atrás. Sin embargo, cuando lo hizo, su mirada continuaba... dolorida. No podía explicarlo de otro modo. Parecía albergar un intenso sufrimiento por mucho que se estuviera esforzando por disimularlo. Me sentí culpable. Busqué un modo de relajar la tensión, pero Asher se me adelantó. Echó un rápido vistazo sobre mi hombro, en dirección a sus amigos, y luego se centró de nuevo en mí.

—Venga, salgamos de aquí —me dijo, enredando sus dedos en torno a mi muñeca.

Apenas me dio tiempo para recoger la chaqueta y el bolso y ya me

estaba arrastrando hacia la salida. No se me ocurrió ninguna razón para negarme y eso que un momento antes estaba decidida a marcharme sola. Su actitud me desconcertaba.

Fuera caía una fina llovizna. Mientras me ponía la chaqueta, Asher continuó andando, pero se detuvo a pocos pasos. El cartel del Ritmic, el bar que acabábamos de abandonar, se extendía a todo lo largo de la fachada del edificio, si bien, había también otra puerta mucho más estrecha a un lado. Asher se detuvo frente a ella y sacó un manojito de llaves.

—Las damas primero —me invitó, cuando la hubo abierto.

Todo lo que veía eran unas estrechas escaleras que ascendían. Enarqué las cejas.

—Me portaré bien. Lo prometo —aseguró, al ver mis reticencias.

—No sé por qué pero dudo de que seas capaz de cumplir esa promesa.

Sonrió, aunque me pareció que había más resignación que burla en el gesto.

—Lo haré. Por ti... Me portaré bien, mi pequeña Lu —afirmó, con cierta solemnidad, y yo le creí.

El apelativo cariñoso me llevó de regreso a nuestro pasado. Asher era el único que me llamaba así. En aquel entonces, ya me sacaba una cabeza de altura y solía mirarme desde arriba a través de sus espesas pestañas, empleando una dulzura que siempre conseguía arrancarme una sonrisa.

Me conmovió que aún lo recordara.

7

—¿Vives aquí? —inquirí, una vez arriba.

Él asintió. Se mantuvo apoyado en el umbral de la entrada mientras yo, en mitad de la estancia, giraba sobre mí misma, observándolo todo con detalle.

Era totalmente diáfano. No había muros que separasen las distintas habitaciones, salvo lo que suponía era el baño. A la izquierda de la puerta se encontraba la cocina, pequeña pero práctica, separada del salón/dormitorio por una barra de madera oscura. Más allá, había un sofá con varios futones alrededor. Una inmensa cama ocupaba gran parte del fondo del *loft*, en la que se abría un extenso ventanal por el que se colaba el resplandor de las bombillas de colores de la calle. No había televisión, al menos que pudiera ver a simple vista, pero sí una estantería que ascendía hasta el techo y que se encontraba a rebosar de libros, CDs y vinilos, además de un potente equipo de música. Junto al mueble, descubrí colgada una guitarra acústica, además de la que yacía sobre la cama.

—Vaya —murmuré, desviando la mirada hacia Asher.

Él avanzó y dejó las llaves en un cuenco sobre la encimera de la cocina. La arrogante seguridad que había mostrado desde que nos encontráramos se había esfumado en favor de una actitud mucho más titubeante. Me dio la sensación de que estaba esperando algo, pero no supe el qué.

—Es muy acogedor. Me encanta, Ash.

Me di cuenta de que no había ningún armario a la vista, y me pregunté dónde demonios guardaba la ropa. En realidad, todo estaba a la vista y, aun así, en la estancia reinaba el orden.

Asher se derrumbó en uno de los futones y me invitó a sentarme. Ocupé el sofá, sin dejar de pasear la vista de un lado a otro. La única foto que encontré fue una de los cuatro integrantes de su grupo apoyados en la fachada

del Ritmic; todos habían estampado su firma en ella, uno en cada esquina de la imagen.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció, aunque había echado la cabeza hacia atrás y tenía los ojos cerrados.

Una arruga recorría su frente y, a pesar de la postura, no lucía en absoluto relajado. Esperé que los abriera pero no lo hizo. Era como si estuviera luchando para apartar la inquietud que lo había embargado antes de salir del bar. Sinceramente, parecía estar perdiendo la batalla.

—¿Estás bien? —inquirí, preocupada.

Doblé las piernas bajo mi cuerpo, sintiéndome yo también insegura. ¿A dónde había ido el Asher que no dejaba de invadir mi espacio personal? ¿El que era capaz de mantener mi mirada incluso desnudo? Desde luego, no era el que tenía delante.

—Algo casando —respondió, y se incorporó por fin—, pero no lo suficiente como para que te libres de contarme qué has hecho todo este tiempo.

Me guiñó un ojo, algo más animado. Tomó algo del lateral del sofá en el que me hallaba sentada y dirigió su mano hacia la estantería. El equipo de música se encendió y me di cuenta de que se trataba de un mando a distancia. Me sorprendió que, en vez de rock, comenzara a sonar música clásica. El sonido acalló el zumbido que llegaba proveniente del bar, justo bajo nosotros.

—Has crecido, mi pequeña Lu —comentó a continuación—, y creo que no te lo he dicho pero estás preciosa. Más aún que entonces.

El halago resultó tierno y, en apariencia, mucho más sincero que sus burdos ataques anteriores.

—Gracias. Tú también estás precioso, Ash —repliqué, provocándole una carcajada.

El sonido de su risa hizo que algo vibrara en mi pecho y me encontré sonriéndole.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tus labios, siempre me ha

gustado —señaló, observándome con fijeza—. Lo echaba de menos. Te he echado mucho de menos —agregó, bajando la voz, aunque se apresuró a continuar hablando—. Venga, cuéntamelo todo.

Hablé y hablé durante horas.

Nunca había tenido problemas para llevar el peso de una conversación, bien lo sabían mi familia y amigos, pero con Asher me costó incluso menos. Poco después de que empezara a contarle cómo había transcurrido mi vida desde los quince años, se trasladó al sofá conmigo aunque se sentó en el otro extremo. Me observó con atención durante todo el tiempo, sin perderse ni un detalle, como si lo que estuviese narrando resultase la historia más fascinante que había escuchado jamás. No lo era. Yo solo era una chica normal que no había hecho grandes cosas. Crecí, acabé el instituto, empecé a estudiar Psicología en la universidad... Le hablé de mis amigos, sin evitar sonreír al mencionar cada uno de sus nombres: Lucas, Ari, Becca, Alba, David e incluso Lola. Dejé a Jota para el final, no porque le quisiera menos, sino porque hablar de él era hablar de Annie, y me permití saltarme ese punto tan doloroso de mi vida hasta que, por algún motivo, necesité decírselo. Tal vez quería que conociera no solo mis alegrías sino también mis penas.

Annie había sido como una hermana para mí y perderla había dejado una herida profunda que sabía que nunca podría cicatrizar. Cuando pierdes a alguien todos dicen que mejora con el tiempo, pero no es así, solo aprendes a vivir con esa ausencia. Solo eso. Año tras año, seguía doliendo igual. Pero a ella jamás le hubiera gustado verme triste ni que llorásemos por su causa. Se hubiera enfadado mucho con Jota al conocer la manera en la que se había encerrado en sí mismo, dejándonos a todos fuera. Y hubiera adorado a Becca por traerlo de vuelta, de eso estoy aún más segura.

No pude evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas mientras le contaba lo sucedido. Asher no dijo nada. Observó mi expresión y mis esfuerzos por mantener la compostura, y se deslizó sobre el asiento hacia mí. No tardó en rodearme con los brazos y yo oculté la cara en el hueco de su

cuello, agradeciéndole en silencio que no tratara de hacerme sentir mejor con palabras vacías. Me mantuvo contra su pecho no supe por cuánto tiempo. Mientras me sostenía, sus dedos acariciaron mi pelo de forma lenta y repetida.

Fue extraño. No sabía casi nada de él y le estaba confesando cosas de las que apenas si había hablado con mis mejores amigos. Sin embargo, de alguna manera aquello parecía ser lo correcto, lo que necesitaba. Y allí estaba, refugiada en su pecho, como si sus brazos pudieran evitar que volviera a resquebrajarme por el dolor.

Cuando me serené y me incorporé para poner distancia entre ambos, Asher me miró y vi en sus ojos el «lo siento» que no habían pronunciado sus labios. Curvé las comisuras con timidez para tranquilizarle con un «Estoy bien» también silencioso. Me puso la mano sobre la mejilla y la mantuvo allí un instante, y la calidez de su contacto me ayudó a volver a ser más la Lucía de siempre.

—Y eso es todo —me atreví a decir, dando por finalizada la historia de mis andanzas.

Él rió y negó con la cabeza. Las yemas de sus dedos borraron con suavidad el rastro húmedo que habían dejado las lágrimas en mi rostro. Fue un gesto íntimo, demasiado para lo poco que hacía de nuestro reencuentro, pero consiguió hacerme sentir mejor.

—No, no me lo creo. Estoy seguro de que hay mucho más. Ya sabes, detalles vergonzosos, una historia de amor loca, la vez que te emborrachaste y perdiste el conocimiento o acabaste sobre la barra de un bar... —aventuró, devolviendo a la conversación un tono más animado.

Se me escapó una carcajada. Si él supiera las veces que había bailado sobre la barra de un bar... Claro que era por trabajo. Recordar las noches en el Level me hizo echar de menos a mis amigos.

—Nunca he bebido hasta perder el conocimiento —aseguré, callándome el resto.

Todavía había algunas cosas que no le había contado y temas que no habíamos tocado. Por ejemplo, el hecho de que nuestra despedida casi no fue tal porque todo lo que hice fue soltarle a bocajarro que mi familia se trasladaba a Madrid el mismo día de nuestra partida. Aquello había estado mal, muy mal, pero no tenía ni idea de cómo empezar a hablar de nosotros y de lo que habíamos compartido; seguía sin saber nada de él.

—¿Qué hay de ti? —tercié, esforzándome para contener un bostezo.

Las emociones del día empezaban a pasarme factura y ni siquiera sabía qué hora era.

—No hay mucho que contar.

Arqueé las cejas, suspicaz. Por su expresión, esa no era la verdad ni de lejos. Casi pude ver cómo se replegaba dentro de sí mismo, escondiéndose de mi mirada inquisitiva y transformando la curiosidad que había mostrado por mí en cautela. Regresó su sonrisa ladeada, a la que empezaba a sospechar que recurría con demasiada frecuencia y siempre que pensaba en algo en lo que no quería pensar.

—Estoy segura de que sí. —Miré alrededor—. ¿Desde cuándo vives aquí?

Sabía que iba a tener que arrancarle las respuestas una a una, así que comencé por algo sencillo.

—Desde hace algunos años, poco después de conocer a Tony y a los demás —me explicó, y sus ojos, aunque clavados en mí, se volvieron turbios por los recuerdos—. Hice un trato con Jake, el dueño del Ritmic, y me permitió mudarme aquí siempre que tocásemos en el bar al menos un par de veces en semana. Su caja mejora mucho cuando actuamos. De todas formas, no podría alquilarlo por el ruido —agregó, y entendí a lo que se refería.

No era que resultara insoportable pero, incluso por encima de la sonata de Beethoven que sonaba a través de los altavoces, se percibía el retumbar de la música del bar. Supuse que la insonorización del local no era todo lo buena que debería.

Quise preguntarle por la casa de sus padres. No olvidaba que mi pérdida no era nada comparada con la suya, se había quedado huérfano demasiado joven y no tenía hermanos. Por lo que sabía, estaba solo. Pero no me atreví a indagar al respecto. Al igual que yo había sentido la necesidad de compartir ese doloroso detalle con él, prefería que fuera Asher el que deseara contarme sus sentimientos al respecto. Y, por ahora, no parecía que estuviera demasiado dispuesto a hacerlo.

Continuamos conversando de otros temas menos espinosos. El cansancio se fue apoderando de mí conforme la noche avanzaba, mientras que él parecía más despierto si cabe que horas antes. Llegó un punto en el que me encontré hecha un ovillo, con la mejilla apoyada en el respaldo del sofá y los brazos rodeándome las piernas; los párpados me pesaban cada vez más. Por mucho que deseara seguir allí hablando con él, sabía que había llegado el momento de volver a casa.

8

—Puedes quedarte a dormir si quieres —sugirió Asher, y no pude evitar echarme a reír.

La verdad era que no me apetecía salir a la calle y tener que ir hasta casa, pero quedarme allí, más sabiendo que solo había una cama, no creía que fuera una buena idea.

—Me estoy portando como un santo —agregó, al ver que no le tomaba en serio—. Es lo que querías.

—Sí, eso es —repliqué, bostezando—. No quiero tentar a la suerte.

Sus ojos volaron hasta mis labios y luego repasaron las curvas de mi cuerpo. Había permanecido cerca de mí, pero en ese momento tomó distancia hasta quedar al otro lado del sofá. No obstante, me percaté del momento exacto en el que, de nuevo, desplegó sus encantos frente a mí. Irguió la espalda y sus comisuras se curvaron con lentitud.

—Seré bueno —repitió, pero su voz ronca hizo que sonara como si pensase que iba a ir directo al infierno.

No sabía si el tiempo que habíamos pasado hablando tan solo había sido una especie de tregua y este era el Asher al que debía acostumbrarme, pero sus idas y venidas me estaban volviendo loca.

—¿Por qué tengo la sensación de que te lanzarías sobre mí sin pensarlo si te permitiera hacerlo? —solté, sin más.

Me arrepentí al instante pero, como siempre que expresaba en alto lo que debía ser tan solo un pensamiento, ya era tarde. Su sonrisa se hizo más pronunciada, pero la alegría no le llegó hasta los ojos, que continuaban albergando esa tristeza tan suya.

—Te has vuelto muy intuitiva, mi pequeña Lu. —Mi corazón comenzó a latir con más fuerza—. Pero me mantendré quietecito si accedes a quedarte aquí y descansar. Si decides marcharte ahora, me obligarás a acompañarte y

tendré que despedirme de ti.

La última frase fue casi una promesa de la clase de despedida que estaba dispuesto a darme. Me hubiera gustado que mi estómago no se pusiera a dar piruetas al escucharle y que mi pulso no se disparase y, ya de paso, que mi mente dejara de imaginar sus labios posándose sobre los míos. Seguía interrogándome acerca del sabor que tendrían los besos de aquel nuevo Asher y, una parte de mí, estaba segura de que resultarían mucho más salvajes y apasionados.

No era que fuera a comprobarlo ni nada de eso.

Ladeé la cabeza y valoré la idea de acceder a su petición. Mi tiempo en Londres finalizaría en una semana escasa. No planeaba pasar todo el verano allí ni mucho menos. Además, el viernes llegarían Jota y Becca, y me habían pedido que los ayudara a moverse por la ciudad ya que debían buscar piso para el curso que daría comienzo en septiembre. Jota había obtenido la beca por la que tanto había peleado y no pensaba dejar a atrás a la única persona que le hacía sentir que estaba realmente vivo: su novia, una de mis mejores amigas. ¡Dios, iba a echarlos tanto de menos!

—¿Qué pasa? ¿Tanto te desagrada la idea de pasar la noche bajo el mismo techo que yo?

Asher debía haber malinterpretado mi repentina inquietud. Hice un gesto de negación y le regalé una sonrisa.

—No es por ti —le aseguré.

—Es por mí —concluyó él, pero se echó a reír—. Vamos, no pongas más excusas, estás agotada. Te prepararé un té y luego vas a meterte en la cama.

Sentí la necesidad de decirle que me marcharía en apenas unos días pero, tal y como había hecho años atrás, no dije nada. Aunque en esta ocasión Asher debía ser consciente de que mi estancia allí tenía fecha de caducidad ya que le había contado que aún me restaba un año para terminar mis estudios.

Continuamos charlando mientras preparaba el té y también mientras nos

lo bebíamos, y en su defensa tuve que aceptar que se estaba comportando. Nada de excesos o de provocadores ataques, tan solo dos amigos hablando. Solo en determinados momentos su expresión variaba y las líneas de su rostro parecían endurecerse bajo mi mirada, pero no supe a qué era debido. Tampoco fui consciente del momento en el que cedí al cansancio y me quedé dormida.

Me desperté en la cama de Asher, arropada con una colcha y envuelta por su aroma. Durante los breves segundos que tardé en despejarme y estar del todo lúcida, casi deseé hacerlo entre sus brazos. Sin embargo, no había nadie a mi lado y tampoco en el resto de la estancia. Las opciones se reducían bastante: estaba en el baño o bien se había marchado.

Había dormido totalmente vestida y, por un momento, me imaginé a Asher cargando conmigo y metiéndome en la cama. ¿Habría dormido junto a mí? El Ash que conocía hubiera optado por el sofá, mientras que el de ahora... No sabía qué pensar, parecía más de los que preferían perdón antes que permiso.

Eché un nuevo vistazo a mi alrededor. No pude evitar preguntarme qué demonios estaba haciendo allí. ¿Hasta dónde iba a llegar con aquel reencuentro? Desde mi regreso a Londres había estado pensando en él, recordando lo que habíamos compartido años atrás, y evocando los pocos momentos que vivimos juntos. ¿Le habría pasado algo similar a él? ¿Se habría acordado de mí durante este tiempo?

No hacía ni veinticuatro horas que Asher había reaparecido en mi vida y ya estaba devanándome los sesos con mil y una preguntas. Claro que teniendo en cuenta que había terminado metida en su cama... igual sí que era para preocuparse.

Se me escapó un gemido de frustración.

—Me encantan esos ruiditos que haces. —Levanté la cabeza en un ademán tan brusco que bien me podría haber desnucado en el acto. Asher estaba junto a la entrada, ni siquiera lo había oído llegar—. Aunque aún no

estoy seguro de si me gustan más los que haces despierta o dormida.

Reprimía la risa a duras penas.

—¿Dormida? —tercié yo, rezando porque no hubiera dicho nada en sueños, algo que me ocurría cuando me iba a la cama con demasiadas cosas rondándome la mente.

Asintió y avanzó despacio, sin apartar la vista de mí. Vestía unos vaqueros y una camiseta de manga larga, ambos negros, y en una de sus manos llevaba un vaso de plástico. El aroma del café recién hecho inundó el aire cuando se acercó hasta la cama. Tuve que reprimir otro gemido, esta vez de satisfacción. No tenía ni idea de la hora que era pero estaba segura de que debía ser demasiado temprano.

Me deslicé sobre el colchón para hacerle sitio y él tomó asiento a mi lado.

—Te hubiera desnudado antes de arrojarte —indicó, con el mismo tono divertido—, pero supuse que eso sería portarme mal.

Ladeó la cabeza, buscando mis ojos, y, tras observarle unos instantes, me di cuenta de que los suyos parecían... vacíos. Eché en falta la calidez de la noche anterior a pesar de no haberme percatado de que era eso lo que transmitían entonces. La curva de sus labios se amplió junto con la intensidad de mi mirada; una de esas sonrisas provocadoras que tanto parecía esforzarse por repetir. Yo, en cambio, fruncí el ceño, desconcertada.

No supe si fue eso lo que le espoleó a hablar o mientras había estado fuera ya se había preparado la frase que iba a soltarme.

—Pensé que querías tomarte un café antes de volver a tu casa —comentó, tendiéndome el vaso.

Lo tomé entre mis manos.

Por regla general, el calor que emanaba de él me hubiera reconfortado, así como el olor de una bebida a la que era prácticamente adicta. Sin embargo, su invitación velada a marcharme cuanto antes se encargó de estropearme el momento. Le di un sorbo y aproveché para reflexionar y evitar

así soltar lo primero que se me pasara por la cabeza; algo a lo que bien sabía yo que tenía tendencia. Claro que no ayudaba en nada que Asher estuviera dedicándome una mirada cargada de intención, intenciones nada inocentes.

Devolví la atención a su rostro, preguntándome qué era lo que había ocurrido en unas pocas horas para que me mostrara de nuevo esa otra cara suya. Tenía una leve sombra oscura bajo los ojos, aunque supuse que yo tampoco me libraba de lucir unas buenas ojeras. Apenas habíamos dormido. No obstante, aunque le daban un aspecto cansado, no le restaban un ápice de atractivo. Mi mirada descendió hasta sus labios entreabiertos y me quedé contemplándolos sin ser consciente de que él también me observaba a mí.

—Puedes besarme si quieres —soltó, con una mezcla de descaro y deseo arañándole la voz—. Prometo portarme bien —añadió, y quedo claro que eso era justo lo que no haría si aceptaba su invitación.

No importaba que hubiera cumplido hasta entonces.

A punto estuve de ceder, incluso mi cuerpo respondió inclinándose unos centímetros en su dirección. En aquel instante Asher no era el chico de los ojos tristes —de ese Asher no había ni rastro—, era el rompecorazones provocador con el que me había topado la tarde anterior en la puerta de mi casa; un tío que sabía muy bien cuáles eran sus encantos y que no dudaba en emplearlos para hacerte caer en sus redes.

Durante unos segundos, nuestros alientos se enredaron y nos encontramos respirando el mismo aire. Todo lo que restaba era que uno de los dos acortara la distancia entre nuestras bocas.

—Me voy en apenas una semana —murmuré, echándome hacia atrás.

Fue su turno para fruncir el ceño.

Puede que no fuera el mejor momento para soltarlo pero no iba a cometer dos veces el mismo error. Igualmente, sabía que había sido una magnífica maniobra de distracción, solo que también le estaba poniendo en bandeja la oportunidad de pedir explicaciones sobre lo sucedido en el pasado. Una oportunidad que él no dudó en aprovechar.

Se puso en pie y se dirigió hacia la barra que separaba la cocina del resto de la estancia. Cuando habló, todo lo que veía de él eran sus anchas espaldas, pero la dureza que empleó bastó para hacerme saber que, al menos una parte de Asher, estaba muy enfadada conmigo.

—Bueno... no es que eso te importara demasiado la última vez, ¿no?

9

Supuse que había llegado el momento de las explicaciones, pero él me cortó antes de que pudiera siquiera empezar a hablar.

—Da igual, Lucía —aseguró, aún de espaldas a mí—. Solo éramos dos críos tonteando y de eso hace ya mucho tiempo.

En cierta medida, y por extraño que pareciese, su afirmación me dolió. Más bien habíamos sido dos adolescentes enfrentándose a su primer... ¿amor? Bien era verdad que había sido breve y que yo lo había alejado de mi mente una vez que me mudé a Madrid, pero también era cierto que aquellas dos semanas juntos parecían ahora toda una vida.

—Puedes coger una de mis camisetas y darte una ducha si quieres —terció, dando el tema por zanjado. Me echó un vistazo sobre su hombro y, por su expresión, supe que estaría encantado de tenerme desnuda en su cuarto de baño—. Aunque supongo que querrás volver a casa cuanto antes; tus padres deben de estar preocupados.

—¡Mis padres! —coreé, cayendo en la cuenta de que no les había avisado.

Salté de la cama y me abalancé sobre mi bolso en busca del móvil. Me embargó el alivio al comprobar que no había llamadas perdidas ni ningún mensaje, tan solo un par de notificaciones del Facebook que ya revisaría después. Con suerte, y dado lo temprano que era, no se habrían despertado aún ni se habrían percatado de mi ausencia. Tecleé un mensaje tan deprisa como pude y se lo envié a mi madre. Lo único que le decía era que había dormido en casa de Taylor. Sabía que eso la tranquilizaría, conocía bien a la que había sido mi mejor amiga mientras vivíamos en Londres y no le costaría mucho creer que, si estaba con ella, se nos hubiera ido el santo al cielo y hubiera decidido quedarme en su casa. En realidad, Taylor estaba viviendo en Praga con su hermano, pero no sería yo la que se lo contara a mi madre.

Le envié otro mensaje a ella para ponerla al corriente de que acababa de convertirse en mi tapadera y, sin esperar respuesta, me dejé caer en el sofá y volví a prestarle atención a mi anfitrión.

—Un problema menos —murmuré para mí misma.

Había dejado el café en el alféizar del ventanal que coronaba la cama. Me hice con él y regresé al sofá sin olvidarme de que Asher había insinuado que me largara. Di pequeños sorbitos mientras me planteaba qué podía decir. No parecía que él estuviera muy por la labor de hablar de aquello y yo no sabía si realmente tenía la importancia que le estaba dando.

—¿Has salido solo a por el café? —pregunté, solo para llenar el silencio.

De repente había perdido el don de la palabra. La cosa se puso aún más tensa cuando Asher salió de detrás de la barra y, tirando del cuello de su camiseta, se deshizo de ella mientras se acercaba a mí. Mis ojos se desviaron hasta el tatuaje de su pecho, planteándome por qué alguien optaría por grabarse en la piel un árbol con aquel aspecto tan tétrico. Una vez más, no pude evitar pensar en lo poco que conocía al chico que tenía delante.

—¿Cuándo te lo hiciste?

Bajó la barbilla para comprobar qué era lo que estaba señalando, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—No he querido ducharme antes para no despertarte —alegó, ignorando mi pregunta—, ¿te apuntas?

Suspiré de forma dramática e hice un gesto con la mano.

—Eres agotador, Ash —respondí, sin saber si comprendería a qué me estaba refiriendo.

—Ni te lo imaginas.

Me guiñó un ojo y esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Vas a contarme alguna vez qué te ha sucedido, Asher Monroe?

Enrojecí de vergüenza al darme cuenta de que había dicho esto último en alto. Si bien, a él no pareció afectarle demasiado. Tiró de la cinturilla de sus vaqueros y soltó el botón que lo mantenía sobre sus caderas.

—La vida, mi pequeña Lu, eso es lo que ha pasado —señaló, y su voz se fue convirtiendo en un susurro apagado—. La maldita vida.

No hubo mucha más charla después de eso. Asher se duchó y descubrí por fin dónde guardaba su ropa. No tuvo más que empujar levemente la pared contigua al baño y esta se entreabrió como si de un pasadizo oculto se tratara. Lo original y práctico del sistema hubiera despertado una mayor curiosidad por mi parte si no fuera por lo enrarecido del ambiente.

Se empeñó en acompañarme de regreso a casa y, durante el camino, tampoco entablamos conversación salvo alguna que otra frase perdida que parecía más bien destinada a disimular lo extraño de la situación. Desde nuestro encuentro no habían transcurrido más de ¿diez horas?, ¿doce, tal vez? Y mis pensamientos se me antojaban los de alguien que ha pasado meses dándole vueltas al mismo tema. Era como si hubiéramos concentrado los años anteriores en tan solo una noche, y la actitud de Asher había resultado tan cambiante que ni yo misma conseguía aclararme al respecto. Entre nosotros flotaban las disculpas a medias, sus excesivos alardes de conquistador y un montón de palabras que nadie se atrevía a pronunciar.

Me pregunté si todo aquello se debía a la prematura muerte de sus padres, si ese golpe había hecho de él una persona sin rumbo o le había concedido otra visión de la vida que yo no atinaba a comprender. En aquel momento, no me atreví a preguntar; demasiado delicado para afrontarlo mientras atravesamos un Londres que apenas empezaba a despertar a un nuevo día.

Para cuando enfilamos la calle en la que vivían mis padres a mí se me había despertado un molesto dolor de cabeza. Lo más raro de todo era que yo me estuviera planteando todas esas cuestiones sobre él y sobre nosotros. ¡No había un nosotros! Éramos él y yo, por separado. ¿Por qué me estaba obsesionando tanto con el tema?

Asher se detuvo mucho antes de que vislumbráramos siquiera el lugar en el que había transcurrido nuestra infancia. Se quedó inmóvil en mitad de la

acera y yo tuve que volver sobre mis pasos al darme cuenta de que no me seguía. Su rostro no era más que una máscara inexpresiva, carente incluso de esa descarada sonrisa que, a pesar de parecerme forzada en más de una ocasión, empezaba a identificar con él.

—Lucía... —pronunció mi nombre con un hilo de voz y con la mirada perdida calle abajo—. Nos veremos antes de que te marches.

Me costó interpretar si lo estaba afirmando o se trataba de una pregunta, pero de lo que si estaba segura era de que quería verle de nuevo. No tuve una razón válida que darme a mí misma. Supuse que era una más de mis reacciones instintivas, esas que en tantos problemas solían meterme, dicho sea de paso.

Aun así, asentí.

—Alguien tiene que ocuparse de bajarte los humos —me reí, intentado eliminar toda aquella tensión—. No puedes ir por ahí haciéndole proposiciones deshonestas a todas las chicas con las que te encuentres, ¿sabes?

Alzó la mirada, que tenía clavada en los adoquines de la acera, y fijó sus ojos oscuros en mí. Sus labios se curvaron lo suficiente como para iluminarle el rostro y mostrarme un Asher mucho menos solemne y contenido. No era ni el adolescente que había conocido ni el recién descubierto Asher, deslenguado y provocador; algo intermedio, quizás. O puede que fuera eso lo que yo quería pensar en aquel momento.

—¿Quién ha dicho que lo haga con todas las chicas?

Enarqué las cejas, suspicaz, y él agitó la cabeza, negando.

—No eres el mismo, Ash. No te conozco —solté, en un ataque de sinceridad. Tenía que empezar a filtrar mis pensamientos en algún momento—. Quiero decir que ha pasado mucho tiempo, hemos crecido... Eres un hombre y yo una mujer...

«¿Qué demonios estaba diciendo? Que alguien me pare, por favor».

—Asistí a clases de educación sexual en el instituto, gracias —se mofó

él, pero me alivió que me interrumpiera.

—Lo que quiero decir...

—Sé lo que quieres decir, mi pequeña Lu —me cortó, nuevamente—. Dejaré de comportarme como un acosador si me prometes que quedaremos de nuevo.

Esta vez fui yo la que se burló de él.

—¡Eso tengo que verlo!

—Puede incluso que consigas que me deje la ropa puesta —añadió, aludiendo sin vergüenza alguna a mi irrupción en la sala de empleados del Ritmic.

La visión de su cuerpo desnudo —en todo su esplendor— apareció ante mis ojos, logrando que me sonrojara, y supe que ese era exactamente su objetivo cuando, a continuación, soltó una carcajada. Sin embargo, su risa resultó tan sincera y despreocupada que no lamenté la reacción de mi cuerpo. Me gustó escucharle reír de esa forma.

—Sí, sería de agradecer. No querría quedarme ciega. De nuevo —añadí, riendo.

Él tan solo asintió. No dijo nada más, ni tan siquiera se atrevió a decir «adiós». Tan solo deslizó los nudillos por mi mejilla, demorándose lo suficiente como para que mi piel se volviera cálida por la caricia, y luego se marchó. Lo vi cruzar la calle con las manos en los bolsillos y la barbilla baja, y no fue hasta que lo perdí de vista que caí en la cuenta de que no nos habíamos intercambiado los números de teléfonos.

No obstante, él sabía dónde encontrarme y yo dónde encontrarle a él. Eso tendría que valer.

10

Los siguientes días fueron... raros. No podía sacarme de la cabeza a Asher. Me encontré en más de una ocasión sentada en las escaleras de la entrada con la mirada fija en la ventana de su antigua habitación. ¿Cuántas veces nos habíamos comunicado sin palabras a través de aquel cristal ahora cubierto de polvo y suciedad? ¿Cuántas nos habíamos observado con curiosidad antes siquiera de llegar a conocernos?

Asher Monroe había sido y era un verdadero enigma.

La primera vez que hablamos fue en una fiesta de cumpleaños, la de una vecina de aquella misma calle de la que a estas alturas había olvidado el nombre. Sin embargo, recordaba a la perfección la timidez mostrada por Asher cuando tropezamos en la entrada. Él quería salir y yo entrar, y durante unos segundos ninguno de los dos se apartó para dejar pasar al otro. Nos quedamos allí plantados mirándonos, hasta que le sonreí. Segundos después, me devolvía la sonrisa, y puedo afirmar que era la sonrisa más increíble que había visto jamás.

Por aquel entonces yo ya hablaba de más. También tenía mi parte tímida, que sobrellevaba parlotando sin descanso. Él, como descubrí ese mismo día, callaba y escuchaba. No supe bien cómo pero terminamos los dos solos en el parque del final de la calle. Asher apenas abrió la boca pero yo llené los silencios sin que resultara incómodo. No le importó soportar mi monólogo, más bien parecía encantado de estar allí. Días más tarde me confesaría que, cuando se tropezó conmigo, se disponía a largarse de la fiesta.

No le gustaba la gente. Aunque nunca me lo dijera, era obvio que se sentía fuera de lugar rodeado de extraños. En realidad, todos los que vivíamos en la zona nos conocíamos en mayor o menor medida. Todos salvo Asher, cuya reclusión nadie sabía a qué era debida y no era que les importara. Tampoco me lo contó a mí pero, desde la fiesta, empezamos a buscarnos.

Claro que puede que tuviera mucho que ver con lo sucedido al despedirnos. Nunca supe quién de los dos se inclinó sobre quién, lo único que recordaba eran nuestros rostros cada vez más cerca, sus nudillos acariciando mi mejilla —tal y como lo habían hecho en esta ocasión, después de pasar la noche en su casa—, y sus labios rozando los míos, titubeantes pero tan dulces que mi boca había exhalado un suspiro. No había querido que aquello acabara jamás y, sin embargo, sabía que tenía una fecha de caducidad que no tardaría en llegar.

Casi podía sentir el sabor de aquel beso sobre mi lengua y, cuando quise darme cuenta, estaba sonriendo como una tonta. Me habían dado muchos besos después de ese, pero no creía que ninguno hubiera conseguido igualarse en dulzura y delicadeza. Tal vez por eso me sorprendía tanto que Asher se hubiera convertido en el típico tío que entraba a saco sin apenas conocerte. ¿Qué demonios le había pasado para dejar atrás esa parte de él?

«La vida. La maldita vida», había dicho, pero me costaba creer que hacerse mayor hubiera resultado así para él. No era que yo continuara siendo tan inocente como entonces... Como se suele decir, había llovido mucho desde entonces. Sin embargo, me dolía pensar que crecer le hubiera hecho cambiar tanto.

El jueves por la tarde llamé a Jota para asegurarme de la hora a la que llegaría su vuelo al día siguiente. Fue Becca la que contestó a la llamada. Me sentí tentada de hablarle de Asher pero, sin motivo alguno, me lo guardé para mí. Le dije lo mucho que los echaba de menos y las ganas que tenía de verlos, y la conversación fue derivando hasta que terminamos hablando de Daniel.

—Se pasó el otro día por el Level —comentó Becca, y escuché otra voz de fondo farfullando. Supuse que se trataba de mi primo.

—No estaba solo, ¿verdad? —inquirí, porque sabía que si estaba tocando el tema era porque había algo que quería decirme y no se trataba de nada agradable.

Su suspiro me lo confirmó. Daniel debía haber encontrado una sustituta para mantener una relación sin ataduras, tal y como deseaba. Torcí el gesto. Yo era consciente de que no había llegado a estar enamorada de él aunque, de seguir juntos, podría haber llegado a estarlo. Me convencí de que había sido mejor que me diera plantón en ese momento y no más tarde, cuando el daño hubiera sido mayor. Aun así, continuaba doliendo. Ya no solo por él, sino porque desde entonces una molesta vocecita en mi mente no dejaba de repetirme que no era lo suficientemente buena, ni para Nico ni para él... Me esforzaba para no darle crédito y no culparme de lo sucedido, pero en algunos momentos mi autoestima flaqueaba.

—Emm... Puede que Jota le dijera una o dos palabras —murmuró Becca, a través de la línea.

Resoplé, imaginando la escena a la perfección, segura de que no habían sido ni una ni dos, más bien una retahíla de tacos y advertencias. El afán protector de mi primo no se limitaba a su novia sino que también me alcanzaba a mí y a veces incluso a Ari, la novia de su mejor amigo.

—¿Qué le dijo?

—Nada que no se mereciera escuchar, Lu. Debería haber sido claro contigo desde el principio.

Aparté de mi mente a Daniel, no quería pensar más en él. Cuando cambié de tema Becca tampoco insistió, algo que agradecí. Ya tendría tiempo de amonestar a Jota por entrometerse en mi vida amorosa.

Hablamos de los planes para los próximos días. Les había concertado un buen puñado de citas para ver varios pisos y ellos habían conseguido otras tantas, así que no iba a haber demasiado tiempo para visitas turísticas. Teniendo en cuenta que iban a vivir en Londres durante todo el curso siguiente, tendrían ocasión para ello. No obstante, Becca me había hecho prometer que la llevaría al mercado de Camden Town y, como no podía ser de otra manera, Jota quería una foto en el mítico paso de cebras de Abbey Road. Mi primo y su locura por todo lo que tuviera que ver con la música.

Y así fue. Jota y Becca llegaron a Londres el viernes cuando el cielo comenzaba ya a oscurecerse. Me lancé en brazos de mi primo como si hiciera años que no nos veíamos. A él, que las muestras de afecto solían incomodarle, estaba segura de que mi dramatismo le pareció excesivo a la vez que vergonzoso. Me riñó con un gruñido pero me apretó entre sus brazos, y me sentí un poco mejor aunque supiera que en unos meses dejaría de verlo a todas horas. Jota se hacía querer, daba igual cuanto gruñera o lo hosco que se mostrara. Yo sabía que haría lo que fuera por las personas a las que quería.

Cuando logró que lo soltase, volqué mi euforia sobre su novia, una de mis mejores amigas. Ambas dimos saltitos en la puerta de la casa de mis padres, porque ni siquiera había dejado que entrasen antes de abordarlos. Los iba a echar muchísimo de menos. Tuve que reprimir las lágrimas para no montar un numerito; al menos uno peor del que ya estaba montando.

—Sois como niñas —se quejó Jota, pero no logró esconder la sombra de una sonrisa.

Le enseñé la lengua y Becca me imitó, y mi primo traspasó el umbral y se perdió en el interior, dándonos por perdidas.

El domingo visitamos el mercado de Camden Town. El resto de la semana también había multitud de puestos, pero no tantos como ese día, por lo que preferí esperar para llevarlos. Mientras paseábamos, deteniéndonos cada dos metros para observarlo todo, no pude evitar pensar en lo vacío que iba a estar el piso que compartíamos sin ellos. Todavía nos quedaban unas semanas juntos, ya que regresarían a Madrid y hasta mediados de septiembre no volverían para instalarse definitivamente en la capital inglesa. Sin embargo, el tiempo parecía decidido a seguir pasando y yo era consciente de que nada volvería a ser igual. Se terminaba una etapa de nuestras vidas que había sido maravillosa y nuestro grupo de amigos se dispersaría.

No supe muy bien cómo acabé pensando en Asher —aunque en aquellos días todo parecía recordarme a él—. ¿Se habría sentido también igual de abandonado cuándo, años atrás, le dije que me marchaba el mismo día de mi

partida? Deseé tener valor para preguntarle sin rodeos, aunque no creía que hubiera sido tan importante para él como lo eran Jota y Becca para mí. Al fin y al cabo, habíamos compartido poco más de dos semanas y eso... no era demasiado, ¿no?

11

ASHER

Lucía. Mi pequeña Lu. Solo que ya no era tan pequeña y, sin embargo, seguía conservando esa jodida sonrisa capaz de iluminar a cualquiera que tuviera alrededor. Jamás había encontrado a otra chica que, con tan solo curvar los labios levemente, consiguiera hacerme sentir la mitad de vivo de lo que ella lo había hecho. Lucía había sido la primera en mirarme y verme cuando nadie me veía. Y me había visto de verdad a pesar de que no le hubiera mostrado toda la mierda que acumulaba en mi interior. Solo habíamos sido unos críos y solo había durado unas semanas. Pero, incluso ahora, eran y seguirían siendo los días más felices que podía recordar.

Al verla de pie en el porche de su casa había creído que era un maldito espejismo. Hacía una eternidad que no pensaba en ella, que no recreaba las tardes pasadas en las que la escuchaba hablar sin descanso mientras que yo recorría con los ojos las líneas de su rostro, como si supiera que aquello no iba a durar demasiado y que su recuerdo era todo lo que me quedaría. No me había equivocado. Y, aun así, mi pequeña Lu seguía siendo el único punto de luz en una vida demasiado oscura. Ella y la música, eran las dos únicas cosas que me había permitido tener, y puede que a Lucía nunca la hubiera tenido en realidad.

Tony chasqueó los dedos frente a mis ojos, reclamando una atención que era incapaz de darle. Llevaba días ausente, totalmente ido, porque con Lucía habían regresado también otros recuerdos mucho menos agradables. Detestaba sentirme así y odiaba con todas mis fuerzas pensar en mi pasado, pero Lucía había abierto las puertas de mi memoria de forma tan inesperada que no había podido atajar lo que entraba por ellas.

—Tío, ¿se puede saber qué demonios te pasa?

—Nada —contesté, de forma automática. Llevaba respondiendo lo mismo desde hacía días.

—Es por la rubia, ¿no? Estás de lo más rarito desde la otra noche.

Ya me había interrogado acerca de ella el día anterior y le había ignorado. Tenía que reponerme de la manera que fuera. Las preguntas iban a seguir llegando si no hacía algo al respecto y yo no tenía ninguna intención de contestarlas. Sabía que Pat no sería tan comprensivo. Se había cabreado muchísimo cuando desaparecí la noche antes y tuvieron que cancelar el concierto en el Ritmic. Jake, el dueño, tampoco estaba demasiado contento, y ni que decir tiene que mi estancia en el apartamento de encima del bar estaba condicionado a que siguiéramos llenándole los bolsillos.

—Lucía —gruñí, y deslicé los dedos sobre las cuerdas.

La guitarra que reposaba en mi regazo era la que normalmente colgaba de la pared. No la usaba a menudo pero me ocupaba de que se mantuviera perfectamente afinada.

Tony alargó el brazo y detuvo el movimiento de mi mano.

—Lucía, sí. ¿Me vas a contar qué pasa con ella?

12

El domingo por la tarde me encontré, sin saber muy bien cómo, en la puerta del Ritmic. Jota y Becca habían regresado a casa de mis padres, cansados después del ajetreo de un día en el que nos habíamos permitido recorrer el distrito de Candem casi palmo a palmo. Me excusé diciendo tan solo que quería ir a ver un amigo y supongo que la fatiga evitó que hicieran preguntas al respecto.

En realidad, sí que sabía por qué había acabado allí.

En uno de los puestos del mercado, Becca y yo reíamos a carcajadas tomando el té con el Sombrero Loco —juro que era clavadito a Johnny Deep en la versión de *Alicia en el País de las Maravillas* de Tim Burton—, mientras que Jota nos observaba con cara de «si alguien pregunta, diré que no os conozco de nada». Cuando se cansó de hacerse el duro, se unió a nosotras y terminamos haciéndonos un *selfie* todos juntos con el estafalario personaje. Una sonrisa totalmente sincera se dibujó en el rostro de mi primo cuando le pasó a Becca el brazo por la cintura y la apretó contra su pecho para que saliéramos todos en la foto. No era que no sonriera mucho, porque lo hacía, pero desde la muerte de Annie sus sonrisas siempre habían tenido algo de... contenidas, por decirlo de algún modo, como si pensase que no tenía derecho a sentir alegría. Ese fue uno de los muchos detalles que habían cambiado desde la entrada de Becca en su vida.

Hay muchos tipos de sonrisas y yo siempre he pensado que una sonrisa sincera es la mejor forma de decirle a alguien «ey, me gustas lo suficiente como para hacerte partícipe de mi felicidad».

Allí de pie, apretujada contra mis amigos, ese hecho trajo de nuevo a mi mente a Asher y sus sonrisas provocadoras. Me moría de curiosidad por conocer lo que ocultaba tras ellas. Era consciente de que me faltaba información. Tenía una laguna de unos seis años en los que no había sabido

nada de él.

En honor a la verdad, descubrirme frente a la fachada del Ritmic no fue ninguna sorpresa. Quería volver a ver a Asher y en apenas unos días regresaría a Madrid. Era ahora o nunca.

En cuanto puse un pie en el interior mi mirada voló en dirección al escenario. Sabía que el grupo estaba tocando ya que la música se oía desde fuera del local. Me hice a un lado, colocándome entre la gente que coreaba sus canciones, y me permití disfrutar de la escena sin revelar mi presencia. Era poco probable que Asher pudiera verme desde donde estaba, pero aun así me esforcé para que eso no sucediera.

Ash estaba justo en el borde, dejándose acariciar por las chicas que se apiñaban en primera fila, aunque no parecía notar las manos de estas sobre su cuerpo. Tenía los ojos cerrados y sus dedos rodeaban el micrófono, sosteniéndolo muy cerca de sus labios. Su expresión dejaba claro que, en realidad, no estaba allí, más bien parecía perdido en una parte de su interior muchísimo menos ruidosa que el bar en el que se encontraba. Había paz en su rostro y una calma inmensa, como si la música le proporcionara la serenidad que su corazón no hallaba en el mundo real.

No puedo decir que no me emocionara verlo así, tan entregado y a la vez tan ausente. Sus labios se movían con sensualidad, desgranando estrofa tras estrofa a la vez que las dotaba de un millar de emociones. No importaba lo que cantase, estaba segura de que Asher podría convertir un villancico en la más intensa de las melodías. Comprendí lo que había comentado Tony acerca de la anterior actuación. Había sido buena, sí, pero esta tenía algo más... Tenía alma, eso fue lo que pensé. El alma de Asher impregnando cada nota.

Esperé hasta que pusieron punto y final al concierto y, durante un rato, permanecí inmóvil en el mismo sitio. Sin saber muy bien por qué, me propuse juzgar con menos dureza el comportamiento de Asher. No le conocía ni tenía la más mínima idea de por lo que había pasado durante todo este tiempo, y bien sabía yo que en ocasiones las personas levantan muros a su

alrededor porque no son capaces de lidiar con lo que llevan en su interior y tiene miedo a dejarlo salir.

Para cuando decidí que era hora de moverme, Asher ya se había perdido por el pasillo que conducía a la salita de empleados. Titubeé durante un minuto largo. Lo último que quería era encontrármelo desnudo de nuevo... Bueno, siendo sincera, tal vez no me importara demasiado echar otro vistazo, pero era consciente de que me pondría a soltar tonterías de inmediato y a saber en qué acabaría metida si repetíamos la escenita de la última vez.

Sin embargo, mis pies decidieron tomar su propio rumbo al margen de lo que yo pensara y, cuando me quise dar cuenta, mi mano giraba el picaporte y empujaba aquella puerta sin plantearse siquiera que había cosas peores que tropezar con Asher desnudo.

Y tanto peores...

Se me atascó una exclamación de sorpresa en la garganta. Tal vez no fuera sorpresa, seguramente era otra cosa muy diferente, pero en ese momento fue lo que pensé. Durante los siguientes segundos me quedé congelada junto a la puerta, contemplando la escena que tenía lugar ante mis ojos.

Asher, esta vez vestido, estaba de pie en mitad de la estancia y a sus pies había arrodillada una chica cuya melena rubia onduló cuando se giró para mirarme. Tenía las manos sobre el cinturón de Ash y, a su vez, este las cubría con las suyas. Ellos también parecían haberse quedado petrificados tras mi irrupción. Era obvio lo que estaba pasando entre los dos, o al menos lo que hubiera pasado de no ser por mi inoportuna presencia.

Ni siquiera fui capaz de mirar a Asher a los ojos. Di media vuelta y casi eché a correr por el bar, desesperada por salir de allí lo antes posible. Antes siquiera de alcanzar la entrada, las lágrimas que trataban de retener comenzaron a ahogarme formando un nudo en mi garganta. Mi parte lógica me decía que Asher y yo no teníamos nada, ni siquiera éramos de verdad amigos, por lo que no debería huir de esa forma. Pero la verdad era que me

acababa de topar de frente con algo muy similar a lo que tiempo atrás tuve que vivir con Nico, uno de mis exnovios. Las semejanzas entre ambas situaciones eran tantas que por un instante había creído verle a él de pie en esa habitación en vez de a Asher, y eso había acabado por reabrir una herida que yo creía haber cerrado del todo. Me convencí de que eso era lo único que me molestaba, aunque seguramente no estaba siendo del todo sincera conmigo.

Antes de que llegara a la salida alguien me sujetó por el brazo y tuve que detenerme.

—¿Estás bien?

Tony farfulló una palabrota cuando levanté la barbilla para mirarle. No supe qué fue lo que vio, pero la expresión de su rostro se transformó en una de evidente preocupación a pesar de que, por ahora, le ganaba la batalla a mis sollozos. En cuanto estuviera fuera, lo más probable era que explotara de la peor manera posible, pero ya me preocuparía de eso luego.

Ni siquiera le contesté. No podía permitirme hablar porque entonces sí que no sería capaz de controlarme. Me solté y le rodeé en dirección a la puerta, rezando para que no me siguiera. Al encontrarme fuera, me esforcé para llenar mis pulmones con un aire que parecía mucho más pesado que de costumbre y, sin saberlo, le di tiempo a Asher para que me alcanzara.

—¡Espera, Lucía! —me gritó, atrapándome a pocos metros del Ritmic.

Había echado a andar sin más, sin saber a dónde iba o por qué demonios dolía tanto todo aquello. Dicen que, cuando algo te hace llorar, en realidad no lloras por eso sino por todas las cosas por las que no lloraste en su momento. En cierta medida, creo que era lo que me pasaba. Ya no se trataba solo de Nico sino de Daniel, de la marcha de Becca y Jota... Y también del propio Asher, aunque eso no lo sabría hasta más adelante.

—Tengo que irme —farfullé, luchando para desprenderme de sus dedos, afianzados en torno a mi muñeca.

Pero él se negaba a dejarme marchar. Me obligó a detenerme. Pasó los

dedos bajo mi barbilla y pensé que iba a decir algo. Sin embargo, se quedó mirándome y, durante un instante, vi al Asher que conocía tras aquellos ojos oscuros. El mismo miedo al rechazo y el mismo debate interno que años atrás, reclamando atención pero queriendo desaparecer y ser invisible.

—Escúchame, Lu, por favor —farfulló, sin apartar la vista de mí—. No iba a pasar nada. Nadia me siguió hasta el vestuario. No es la primera vez que intenta algo así, pero nunca he estado con ella. Le dije que se levantara y trataba de detenerla...

Apenas si respiró entre una frase y otra y me sorprendió que por una vez fuera él el que no podía parar de hablar. Yo me había quedado sin palabras. Tuve que arrancármelas una a una del pecho y obligarlas a salir. No pude evitar sollozar. Ya ni siquiera sabía por qué o por quién lloraba... Puede que llorara por mí y no por ninguna otra persona.

—No es asunto mío. No somos nada, Asher.

El dolor se reflejó en su rostro en cuanto escuchó mi respuesta. Pero es que no éramos nada, solo dos personas que una vez tuvieron algo pero que ahora apenas si se conocían.

—Puedes estar con quién quieras —sentencié, y sus dedos perdieron fuerza.

Se le escapó un suspiro.

—Lo sé. Ya lo sé —repitió—, pero no quiero que pienses que me dedico a deslizar notas con mi número de teléfono en tu bolsillo mientras...

No sabía de que hablaba, si bien, la replica acudió a mis labios por sí sola.

—Mientras otra tía te la chupa. —Mi tono sonó tan duro que ni siquiera parecía que fuese yo la que hablaba—. ¿Qué nota? —inquirí, al darme cuenta de ello.

Asher no contestó sino que tiró del bajo de mi chaqueta para alcanzarla y me metió la mano en el bolsillo. Segundos más tarde agitaba un papel doblado entre los dedos.

—Nadie me la ha chupado.

—Lo dudo mucho —repuse, arrancándole la nota de las manos para echar un vistazo.

Sabía perfectamente lo que había querido decir, pero mi sufrimiento se había transformado ahora en algo muy similar a la rabia. ¿Era esa su forma de pasar el rato mientras esperaba que le llamase o había dicho la verdad respecto a Nadia?

Bajé los ojos para leer lo que había escrito: lo que suponía era su número y un escueto «Llámame, mi pequeña Lu».

—¿Ni siquiera la habías visto? ¿Es que no te metes las manos en los bolsillos nunca? —No era una costumbre que tuviera, la verdad. Su voz adquirió un matiz más suave—. Vuelve dentro, por favor. No quiero que te vayas, no he podido dejar de pensar en ti. Puedes chupármela tú si quieres...

—¡Asher!

Golpeé su hombro pero él ya había estallado en carcajadas, y supe que esa sería la causa de mi perdición. Reía de forma sincera, reía de corazón, lo cual quería decir que aún era capaz de hacerlo. No era que hubiera dejado caer las barreras tras las que se escondía el viejo Asher, pero al menos se estaba asomando por encima del muro.

Y yo, desde luego, quería saber lo que había detrás.

13

Asher insistió en explicarme lo que había sucedido antes de volver al interior del bar. La sonrisa se me borró del rostro cuando recordé lo mucho que se parecía todo aquello a Nico y su infidelidad.

—Déjalo estar —le dije, agitando la cabeza, como si con ello pudiera eliminar ese recuerdo.

Él pareció darse cuenta de que había algo que le estaba ocultando. Me obligó a mirarlo de nuevo, rodeando mi cara con sus manos. Deslizó los pulgares despacio por mis mejillas mientras me observaba. Estuve tentada de exigirle que parara, porque su mirada resultaba tan intensa que temí que encontrara las respuestas por sí mismo.

—La otra noche... Sabía que no me lo estabas contando todo.

—No hay nada que contar. —No se mostró conforme—. Y yo tampoco es que sepa mucho sobre ti.

La insinuación bastó para que la tensión regresara a su cuerpo y una sonrisa se instalara en sus labios; una falsa sonrisa.

—Lo importante es el presente.

—No si no somos capaces de asumir el pasado —repliqué, convencida, y me di cuenta de que ese consejo tendría que valer para los dos.

No quise regresar al Ritmic. Tony me había visto a punto de derrumbarme y además supuse que Nadia continuaría rondando por allí; lo último que quería era ver cómo intentaba terminar lo que Asher y ella habían iniciado. A pesar de lo convincente que había sonado este al explicarme lo sucedido, yo me repetía que no era asunto mío. Bien podría haber estado con una chica cada noche desde la última vez que nos habíamos visto. La idea no me hizo demasiada gracia.

Cuando entramos en el *loft* de Asher, me refugié en su sofá. Mientras él tomaba una ducha rápida, le envié un mensaje a Jota para decirle que llegaría

algo más tarde. Me contestó de inmediato, recomendándome que fuera buena y tuviera cuidado —muy típico de él—, y devolví el móvil al fondo de mi bolso.

En la casa flotaba el aroma de Asher, el sofá estaba impregnado de él, y me descubrí respirando con la mejilla apoyada en el respaldo mientras recuperaba la compostura. Había algo tranquilizador en ello y supe de qué se trataba cuando comprendí que su aroma no había cambiado en absoluto. En el pasado, acostumbraba a esconder el rostro en el hueco de su cuello y aspirar hasta llenarme los pulmones de él. Le encantaba ese gesto y a mí siempre me calmaba, lo hacía más real; algo que yo necesitaba pues sabía que lo nuestro acabaría casi antes de empezar.

Con el sonido del agua de fondo, me levanté y me puse a curiosear las estanterías. Los títulos que albergaban eran casi todos cuentos populares, de algunos había incluso varias ediciones, casi todas ellas de aspecto antiguo. No me imaginaba a Asher leyendo *Caperucita* por mucho que se diera un aire al lobo feroz. Mis dedos recorrieron los lomos y traté de encontrarle un sentido. Tan ensimismada estaba que no me di cuenta de que el ruido de la ducha había cesado.

—¿Rebuscando entre mis cosas, mi pequeña Lu? —inquirió su voz a mi espalda.

Sobresaltada y algo avergonzada, giré sobre mí misma. Asher llevaba tan solo una toalla en torno a las caderas. Tenía el pelo empapado y su torso brillaba, húmedo. Sin poder evitarlo, perseguí con los ojos la línea de vello que partía de su ombligo y desaparecía bajo la tela. Estaba esperando que soltara alguno de sus afilados comentarios, pero no dijo nada. Fue hasta la pared tras la cual se escondía el armario y admiré cada uno de sus movimientos, fascinada. Emanaba seguridad, una fortaleza de la que había carecido antes, y, no obstante, había una pieza que no terminaba de encajar.

—Son cuentos —me dijo, mientras rebuscaba en su interior, metiéndose en él casi por completo. Por un momento me dio por pensar que era una

especie de pasadizo secreto a otro mundo, muy al estilo de las *Crónicas de Narnia*—. Andersen, Perrault, los hermanos Grimm...

Añadió algo más pero no le escuché bien.

—¿Los has leído? ¿O simplemente los coleccionas? —repliqué, con un interés sincero—. Alguna de las ediciones son preciosas y muy antiguas.

Se asomó desde el interior del armario con una sudadera entre las manos y me observó durante unos segundos antes de contestar. Había algo perturbador en su mirada.

—Los leo de vez en cuando. —Fue todo lo que dijo, y me di cuenta que, por raro que pareciese, debía de haber tocado un tema delicado para él.

Tomé uno al azar. El título aparecía escrito con una ornamentada y elegante tipografía que ocupaba la cubierta casi por completo.

—«La Cenicienta».

Mis ojos se trasladaron hacia Asher, pero se había perdido de nuevo en el interior del armario. Iba a tener que meterme dentro y comprobar cómo de grande era. Me estremecí cuando salió abrochándose unos vaqueros desgastados. O mucho me equivocaba o no llevaba nada debajo.

La sudadera colgaba sobre su hombro. Tiró de ella y se la puso mientras se acercaba hasta el sofá. Se dejó caer con desgana y me esforcé para controlar mi respiración, ni siquiera sabía cuando había empezado a hiperventilar. Fui a ocupar el lugar a su lado con el libro aún entre mis manos.

—No te pega —señalé, depositándolo sobre mi regazo.

—¿Por qué has salido corriendo? —replicó él, ignorando mi comentario. Enarqué las cejas—. Ya sé que no ha sido una situación... agradable pero... ya sabes...

Nos señaló a ambos, titubeante.

—No, no sé. —Imité su gesto.

Suspiró y cogió el cuento. Su mano se deslizó por la cubierta con la misma suavidad con la que le había visto rasgar las cuerdas de su guitarra.

Me pregunté que sentiría si fuera a mí a quién acariciara de ese modo.

Tuve que toser para aclararme la garganta y apartar semejantes pensamientos de mi mente, algo que no resultó del todo eficaz porque la presencia de Asher, a escasa distancia de mí, era como una puñetera bombilla incandescente, de esas que atraían a toda clase de bichos nocturnos.

Yo debía ser el bicho.

Esperé y esperé, pero Ash parecía perdido en las sensaciones que le provocaba el tacto del libro bajo la yema de los dedos. Mi boca estaba a punto de empezar a soltar una de sus extensas peroratas sin sentido cuando le escuché murmurar.

—Son todos los cuentos que nadie me leyó nunca.

Pegó un respingo y levantó la cabeza de forma brusca, como si no fuera él el que hubiera hablado. Su turbación se hizo evidente en forma de un suave color rosado sobre sus mejillas. Se me abrieron los ojos como platos. ¡Asher Monroe se estaba sonrojando!

Contuve el aliento. Me pareció que cualquier cosa que dijera estaría fuera de lugar, así que me tragué las preguntas que me quemaban en la punta de la lengua.

—¿Cuándo te vas? —inquirió, de forma apresurada, y el cambio de tema me desconcertó de tal manera que no atiné a comprender la pregunta.

—¿Eh?

Asher rio, pero sus ojos le traicionaron.

—Te marchas esta semana, ¿no? A Madrid, a tu hogar.

Pronunció la última palabra casi con reverencia y el corazón se me encogió al percibir la tristeza que él trataba de ocultar por todos los medios. Sin embargo, estaba haciendo un trabajo pésimo.

—¿Qué pretendes, Ash? —La cuestión abandonó mis labios, formulada en voz alta a pesar de que no se trataba más que de una de las muchas dudas que me rondaban la mente—. Quiero decir... ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué es esto? —Repetí el mismo gesto, balanceando el dedo entre nuestros

cuerpos.

Sin ser consciente de ello, estaba inclinándome hacia él, o él hacia mí. De repente, apenas distaban unos pocos centímetros entre sus labios y los míos, y nuestras miradas se enredaban sin remedio.

—Todo esto es muy raro —farfullé.

La que habló no debió ser la misma Lucía que un día se había subido en la barra de un bar y había perdido la cabeza por un motero enfundado en unos pantalones de cuero. Tenía un largo historial de situaciones surrealistas a mis espaldas, pero esta se llevaba la palma. Me sentía más cerca de Asher de lo que jamás me había sentido de ningún chico con el que hubiera estado, lo cual era totalmente incomprensible. No solo por lo poco que sabía de él sino porque Ash no era lo que se dice un libro abierto. Más bien todo lo contrario.

Un leve movimiento por su parte y casi pude percibir el roce de su boca contra la mía.

—Te fuiste —afirmó, exhalando— y me dejaste aquí, sin tus sonrisas... Solo.

Nos quedamos en silencio, con el eco de su comentario flotando entre nosotros y nuestros alientos enredándose. Con tan solo unos pocos centímetros separando nuestras bocas.

«Solo», había dicho, y con esa única palabra me parecía que confesaba más de su pasado de lo que realmente hubiera querido.

ASHER

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué había mencionado lo de los cuentos? ¿O lo de sus sonrisas? No podía creer que hubiera dicho aquello en voz alta cuando tan solo había sido un pensamiento de los muchos que acudían a mi mente cuando estaba con ella.

Y ahora... ahora tenía sus labios reclamando una atención que no sabía si podría prestarles. No porque no estuviera deseando recorrer cada rincón de su boca hasta que fuera incapaz de olvidar su sabor, hasta que ella gimiera y me pidiera más... No, no se trataba de eso. Mi cuerpo no dejaba de exigir que la hiciera mía, daba igual si tenía que rogar y suplicar para conseguirlo, algo que jamás había necesitado hacer.

No podía. No con Lucía, no con mi pequeña Lu. Ella se merecía algo mejor de lo que yo podía darle.

15

Siempre había creído que había gente entre la cual existía una química especial, gente que conectaba, sin más. Ya no se trataba solo de la atracción que pudiera despertar Asher en mí, de esa fuerza que me empujaba hacia él como si fuera un poderoso imán concebido expresamente para convertirse en mi polo opuesto. Había algo más al margen de lo puramente sexual. Lo veía en ese brillo triste que atisbaba a veces en sus ojos y que yo sentía deseos de convertir en alegría, igual que lo apreciaba en lo extraño de sus sonrisas forzadas.

No supe si fue eso lo que me impulsó a eliminar la distancia entre nuestros labios, puede que me estuviera engañando y resultara ser un simple calentón. Tal vez Asher solo jugaba conmigo y yo me estaba dejando llevar por el tira y afloja que se había establecido entre nosotros.

La cuestión fue que olvidé pensar en esa y en otras muchas dudas que sobrevolaban mi cabeza y le besé. Su boca me acogió con sorpresa, entreabriéndose en un acto reflejo. Si bien, al cabo de unos pocos segundos, se recobró y respondió al beso con seguridad. Había atrapado su labio inferior entre los míos y succionado con lentitud hasta dejarlo libre, algo que Ash aprovechó para invadir mi boca con una voracidad que rayaba en la desesperación. De repente, parecía como si necesitara beber de mí, llenarse con mi aliento, saciarse con mi sabor... Su lengua se enlazó con la mía y bailaron enredadas, traviesas, buscándose y perdiéndose hasta que él ladeó la cabeza y el beso se hizo más profundo.

Nuestros cuerpos permanecieron al margen durante todo el tiempo, pero el contacto de nuestras bocas bastó para despertar las mariposas en mi estómago, un hormigueo en mi bajo vientre y una inesperada calidez en mi pecho.

Mi historial amoroso no era demasiado largo, pero había besado a unos

cuantos chicos y me había acostado con otros tantos. Sin embargo, en ese instante me di cuenta de que nunca me habían besado de una forma tan avasalladora pero tan dulce al mismo tiempo. Tan entregada y a la vez tan demandante, como si quisiera llevarse todo de mí pero no sin dejar algo a cambio.

No acertaría a decir cuánto duró la caricia pero, para cuando empecé a pensar que se nos iría de las manos, Asher rompió el contacto y se echó hacia atrás con excesivo ímpetu, casi como si el roce de mi boca le hubiera quemado. Apartó la vista enseguida, por lo que no llegué a ver su expresión, y acto seguido se levantó del sofá y se dirigió a la cocina, pasándose una mano por el pelo una y otra vez.

—Es tarde, deberías irte —farfulló, y a mí, aturdida y jadeante, se me cayó el alma a los pies.

¿De verdad me estaba echando después de responder a mi beso de esa forma tan visceral? Me mordí la lengua para no soltarle uno de mis sermones improvisados y me obligué a contar hasta diez antes de responder.

—Tengo cosas que hacer —agregó, todavía de espaldas a mí.

Extendió los brazos sobre la barra que separaba el salón de la cocina y apoyó las palmas de las manos sobre ella, hundiendo la cabeza entre los hombros.

A punto estuve de lanzarle el ejemplar de La Cenicienta con toda la mala leche de la que fuera capaz, con un poco de suerte acertaría. No obstante, después de inspirar y espirar varias veces, tomé una decisión muy distinta: abrí el libro y me puse a leer en voz alta. No sé de dónde salió la idea ni por qué me pareció tan magnífica como para llevarla a cabo.

Tras las primeras frases, alcé la cabeza y observé la tensión que se reflejaba con claridad en sus músculos a pesar de que no se había movido ni un milímetro. Continué leyendo y él permaneció inmóvil durante las siguientes páginas. Me sentí estúpida y estuve tentada de parar, pero Asher había dicho que todos los volúmenes que atesoraba eran los cuentos que

nadie le había leído. Yo quería leer para él.

Seguí adelante y, cuando me quise dar cuenta, estaba observándome por encima de su hombro. Me sobresalté al ver la expresión torturada a la vez que infantil de su rostro. Era como volver a ver al Asher adolescente. Le temblaba el labio inferior y había más tristeza en su mirada de la que había visto nunca, y eso que había visto mucha en aquellos ojos. Me detuve, indecisa, pensando que tal vez me había excedido y no había sido más que otra de mis ideas estúpidas.

—No pares, por favor —suplicó él, con la voz rota.

Tragué saliva y seguí leyendo, frase tras frase, párrafo tras párrafo, hoja tras hoja, y fue curioso que, incluso yo, me emocioné contando la historia de cómo una chica huérfana consiguió casarse con su príncipe azul.

Continué leyendo no sé por cuánto tiempo, y Asher no dejó de observarme desde el mismo sitio junto a la barra. No tenía claro si sufría al escucharme o bien mi voz le calmaba. Su expresión era de angustia, aunque había algo en sus ojos que me impulsaba a no detenerme. Cuando por fin se movió, avanzó hasta el sofá y cogió el libro de entre mis manos, para luego depositarlo con cuidado en el hueco que había dejado libre en la estantería.

—Gracias —murmuró, sin dar ninguna otra explicación.

En el silencio posterior hubo un montón de palabras que no me dijo a pesar de que yo percibí que quería hacerlo. No le presioné, supuse que si en algún momento estaba preparado para hablar, lo haría.

Me agarró de la mano y tiró de mí hasta que quedé de pie frente a él.

—Volvamos abajo. Nos vendrá bien una cerveza.

No era que estuviese muy ansiosa por regresar al Ritmic, pero no me negué. La intimidad que habíamos compartido tanto durante el beso como mientras yo leía en voz alta resultaba tan abrumadora que me sentía confusa. Asher no parecía haberlo encajado mejor. Que evitara mirarme a los ojos decía mucho de lo avergonzado que estaba. Fuera por el beso o por el cuento, su malestar era patente.

Al llegar al mismo reservado de la vez anterior, nos encontramos con Tony, Pat —como todos los de la banda le llamaban— y Hannah, acompañados por dos chicas. Una de ellas era Nadia, que ahora parecía haber optado por tontear con Tony. Estaba sentada prácticamente en su regazo, aunque se separó de él en cuanto Asher y yo hicimos acto de presencia. Respondí a su mirada asesina arqueando levemente las cejas. Era obvio que no le gustaba lo más mínimo vernos juntos. Bien, el sentimiento era mutuo.

Jake, el dueño del local, reclamó a Ash desde detrás de una de las barras. —¿Una cerveza? —inquirió él, antes de dejarme con sus amigos e ir a ver qué era lo que quería.

Asentí.

Hubiera preferido algo con unos cuantos grados más, pero tampoco era mi intención emborracharme e irme de la lengua. En mi cabeza había montada una especie de batalla de pensamientos en la que no se auguraba un claro vencedor. Mantenía el sabor de Asher sobre la lengua y su aroma rodeándome, como si continuara sumergida en él, y su mano parecía estar todavía apretando la mía a pesar de que Ash ya se hallaba a unos cuantos metros hablando con su jefe.

Me fijé en ellos mientras tomaba asiento en la esquina opuesta a Nadia, que no dejaba de taladrarme con la mirada. Jake se mostraba irritado, mientras que Ash mantenía la máscara inexpresiva que había sido su rostro desde que abandonamos el *loft*.

Suspiré y me mordisqueé el labio inferior, sin saber muy bien por qué estaba allí. Por si no había resultado obvio hasta ahora, estaba claro que Asher escondía en su interior mucho más de lo que enseñaba a los demás. Diría incluso que lo que mostraba era en su mayor parte una pose, una forma de afrontar lo que quiera que sucedía en su cabeza.

¿En qué lío me estaba metiendo? ¿Y por qué no podía dejar de rememorar la sensación indescriptible que me había provocado un simple beso?

—Tu cerveza.

Levanté la barbilla y me encontré de golpe con un botellín a pocos centímetros de mi cara. Tras este, la mirada vacía de Asher osciló brevemente hacia la izquierda, en dirección a sus amigos, y regresó a mí.

—Por las despedidas —brindó, en voz alta y clara, y alzó su propia cerveza—. Por todos los adioses que aún nos quedan por decir.

Fruncí el año pero no dije ni una palabra. Todas las copas y botellas chocaron entre sí. Todas menos la mía. No creía que hubiera nada que celebrar.

16

Nuestra despedida fue más fría de lo que me esperaba para la intensidad de lo que había sucedido entre nosotros. Aunque tal vez yo fuera la única que lo veía así. No me planteé quedarme a dormir y él tampoco me lo pidió, por lo que ya no hubo más momentos de intimidad ni margen para ahondar en su mente o en nuestra ¿relación?

Los días pasaron con una extraña lentitud y, a la vez, más rápido de lo que me hubiera gustado. Becca y Jota consiguieron al fin un pequeño piso cerca de la universidad, y regresamos todos juntos a Madrid. No podía quitarme de la cabeza el brindis de Asher. «Un adiós más». Sin embargo, no parecía que fuera un adiós de verdad. No podía ser un adiós de verdad.

Conservé el papel en el que había anotado su número de móvil. Tenté a la suerte al no introducirlo en la agenda de mi propio teléfono, no supe si por pura cabezonería o por no sucumbir al deseo de escuchar su voz. Para mi sorpresa —o tal vez no tanto—, le echaba mucho de menos. No habíamos pasado apenas tiempo juntos y allí estaba yo, sin poder dejar de pensar en él. Me decía que no tardaría demasiado en olvidarlo, que no era más que otro de mis arrebatos emocionales. Había roto con Nico y empezado a salir con Daniel con muy poco tiempo de diferencia, y el desengaño sufrido con este último aún estaba reciente. No quería ser la chica que no podía estar sola y que encadenaba relaciones, sabía de sobra que no era sano y yo nunca antes había tenido problemas con la soltería. Siempre había sido algo más que la persona con la que estaba y no quería que eso cambiara. Tenía una carrera que acabar, un grupo de amigos a los que adoraba, mi familia, el trabajo en el Level... ¿Por qué me parecía que estaba buscando excusas?

Al empezar las clases, invertí todos mis esfuerzos en convencerme de que no había nada entre Asher y yo, y ¿sabéis qué? Me estaba engañando a mí misma, aunque no quisiera admitirlo.

—Por el amor de Dios, todas conocemos el pasado de Lucas, su fama de mujeriego le precede. Ya sabemos que no repetía chica y que era un ligón declarado... —afirmé, entrando en el salón.

Ari estaba preocupada porque Lucas llevaba unos días comportándose de un modo raro con ella, pero cualquiera que los viera juntos podía darse cuenta del amor que este le profesaba. No albergaba duda alguna de que Lucas estaba enamorado de Ari.

—No estás ayudando, Lu —me interrumpió Becca, suspirando.

—Lo que quiero decir, si me dejáis acabar, es que todo eso es cosa del pasado. Lucas no ha puesto los ojos en otra mujer desde que está con Ari. Tus dudas son infundadas.

Entendía a mi amiga. Desde fuera las cosas suelen resultar bastante más obvias que para los implicados, y era consciente de que la preocupación de Ari era en parte lógica. Sin embargo, yo estaba segura de que el pasado de Lucas era justo eso: su pasado. No había nada de lo que preocuparse.

Tuve que reírme cuando Becca propuso preguntarle a Jota al respecto. Si algo tenía mi primo, era un más que desarrollado sentido de la lealtad. No solo eso sino que nunca se metía en la vida de los demás. Tal vez un poco en la mía, sobreprotegiéndome, pero sabía que solo era un síntoma de lo mucho que se preocupaba por mí y ya me ocupaba yo de mantenerlo a raya.

Becca y él continuaron con los preparativos para su inminente mudanza a Londres, algo que despertaba en mí más tristeza de la que quería admitir y, por qué no decirlo, también un poco de envidia. De repente Londres ya no me parecía tan gris y frío.

Uno de los días previos a su partida, yo andaba encerrada en mi dormitorio, intentando mantenerme alejada de las cajas y maletas que se amontonaban por toda la casa. Ari me sorprendió tendida en la cama, observando el techo aunque realmente no lo estuviera mirando. No estaba en mi mejor día.

Me pidió permiso y se tumbó junto a mí.

—¿Cómo estás?

Suspiré. Ni siquiera yo lo sabía.

—Bien, supongo.

—Lamento que no funcionara.

Agradecí los ánimos forzando una sonrisa. Ari estaba convencida de que mi estado se debía a la ruptura con Daniel, no quise sacarla de su error. No había hablado de Asher con nadie, y no sabía si estaba preparada para hacerlo. Algo me empujaba a guardármelo para mí, pero aun así no pude evitar preguntar:

—¿Crees en las segundas oportunidades?

Apenas tardó unos segundos en contestar.

—Creo en luchar por lo que quieres y hacer todo lo posible para conseguirlo —señaló, sin titubeos—. Creo que a veces las cosas no salen rodadas pero eso no implica que no puedan salir bien.

—Mmm... ¿Sabes? Londres no está tan mal.

La curiosidad asomó a sus ojos de una forma tan clara que a punto estuve de echarme a reír.

—No me has contado qué tal la visita a tus padres.

—Bien, están muy contentos de haber regresado a la casa familiar.

Cerré los ojos y a mí mente acudió la imagen de Ash sobre el escenario.

—Fue allí dónde te criaste, ¿no? —Al comprobar que asentía continuó —: Supongo que volver te ha traído muchos recuerdos.

No podía hacerse una idea, solo que habían sido más que recuerdos lo que mi visita a Londres me había aportado.

—Siempre me gustó esa casa y... allí me enamoré por primera vez — admití, finalmente—. Asher era mi vecino, un chico bastante callado y vergonzoso con el resto, pero conmigo todo era diferente. Sigue viviendo en la casa de al lado —mentí, sin saber muy bien por qué.

Jota o Becca bien podrían confirmar que esa vivienda estaba abandonada. Me puse a rebuscar en el armario para no tener que mirarla a los

ojos.

—¿Y bien? ¿Pasó algo entre vosotros? —preguntó, dando por sentado que, al vivir puerta con puerta, nos habíamos visto.

«Me besó como nadie me ha besado jamás».

—No, no. Solo éramos dos críos cuando estuvimos juntos.

No sabía lo que me empujaba a ocultar aquello a una de mis mejores amigas. Tal vez fuera porque no quería que pensasen que me estaba metiendo de cabeza en otra historia sin sentido o puede que porque ni yo tenía muy claro si había alguna historia en realidad.

—Pero ahora sois adultos.

—Y estamos a kilómetros el uno del otro.

Su siguiente pregunta, aunque era en cierta medida la más lógica, me pilló desprevenida.

—¿Irás en Navidad?

Me detuve en mitad de la habitación y, tras unos segundos, me di cuenta que esa era una decisión que había tomado incluso antes de regresar a Madrid. Me giré hacia ella con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Iré.

Iría sí. ¿A quién quería engañar? La idea de ver a Asher de nuevo hacía que me cosquilleara la piel de la nuca. Quería saber más de él, quería descifrar el enigma en el que se había convertido, y también quería escucharle cantar de nuevo.

«Ni siquiera tiene por qué suceder nada entre nosotros», me dije. Podíamos ser amigos.

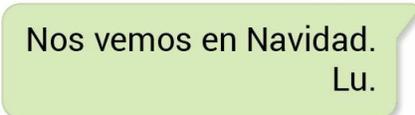
Una voz en mi cabeza se rió de mí y me empleé a fondo para acallarla.

Tal vez Asher y yo no pudiéramos ser más de lo que un día fuimos, pero eso no importaba si conseguía ayudarle. Pensé en Jota de nuevo y en la forma en la que había afrontado la muerte de su hermana. Se había encerrado en sí mismo y solo Becca había sido capaz de llegar hasta él. No era que yo esperara ser el gran amor de Asher, no nos engañemos, no parecía de los que

pierden la cabeza por una chica y yo no me consideraba salvadora de nadie. Si bien, no podía evitar pensar en la tristeza que albergaban sus ojos cuando leí para él y, aun así, en lo ansioso que se había mostrado para que no me detuviera.

Agité la cabeza. Dos encuentros con él y ya me volvía loca —en más de un sentido—. No quería ni pensar en lo que me depararía la Navidad. Sin embargo, era consciente de que nada me haría cambiar de opinión.

Abrí el primer cajón de la mesilla de noche y saqué un papel arrugado, el mismo que Asher había deslizado en mi bolsillo con su número de teléfono apuntado. Instantes después le enviaba un escueto mensaje:



Nos vemos en Navidad.
Lu.

17

Los siguientes meses fueron bastante moviditos. Al ajetreo normal del inicio de curso se le unió la preparación de la boda de Lucas y Ari. El día de su aniversario, Lucas nos había citado a todos en el Level. Solo los más íntimos sabíamos que pensaba pedirle a Ari que se casara con él. Ella, por supuesto, había aceptado. A pesar de los jóvenes que eran, creo que ninguno dudábamos de que aquello sería un matrimonio para toda la vida. No había más que mirarlos para ver lo mucho que se querían.

Agradecí que Ari contara conmigo para ayudarla en los preparativos. La ausencia de Becca y Jota en el apartamento había resultado aún más dolorosa de lo esperado. Estaba tan acostumbrada a compartir el día a día con ellos que me sentía tremendamente sola ahora que no estaban. Así que, cuando no estaba en la facultad o en el Level trabajando, era más común encontrarme en casa de mis amigos que en la mía propia.

Esa soledad tampoco ayudó demasiado a que dejara de pensar en Asher. Incluso yo me sorprendía de lo rápido que habíamos restablecido esa extraña e íntima relación que un día compartiésemos, aunque no podía saber si a él le había pasado lo mismo. Su respuesta a mi mensaje, tres meses atrás, había sido un sencillo «me encantará verte». Desde entonces, no había dejado de devanarme los sesos y de pensar en que tal vez me estuviera montando una película yo solita.

Pero allí estaba, en el aeropuerto de Barajas, esperando para coger mi vuelo con destino a Londres que, como no, iba con retraso. Al final apenas iba a coincidir con Jota y Becca ya que ellos pasarían parte de las fiestas en España para visitar a sus respectivas familias, aunque sí que nos veríamos en la boda que Ari y Lucas habían programado realizar en enero en Tenerife. Ninguno de nosotros pensaba perderselo.

Una vez en tierra, me arrepentí de haber rechazado el ofrecimiento de mi

padre para venir a buscarme. El aeropuerto Heathrow estaba a más de treinta kilómetros de Londres y coger un taxi hasta mi casa iba a costarme un buen pellizco, pero estaba tan cansada que ni me planteé hacer uso del servicio de autobuses que lo conectaba con la capital.

Mi estómago se estremecía casi con cada paso mientras avanzaba por la terminal de llegadas. Era una mezcla de nervios, expectación e inquietud, y no solo se trataba de la emoción de las fiestas navideñas. Caminaba sin prestar demasiada atención a lo que me rodeaba, conocía de memoria cada recodo de aquel aeropuerto, así que me hallaba concentrada en la pantalla de mi móvil cuando me di de bruces con alguien. El móvil se me escapó de las manos y una maldición lo hizo de mis labios.

Al alzar la cabeza me encontré con unos ojos oscuros que brillaban por la diversión. Di un paso atrás, sorprendida.

—Ten. —Asher me tendió mi teléfono, que debía haber cazado al vuelo.

No esperaba encontrarlo allí ni verlo tan de repente y... me quedé sin palabras. ¡Yo! ¡Enmudecí! Eso sí que era algo nuevo para mí.

Dejé caer la vista y recorrí su cuerpo de arriba abajo, sin siquiera molestarme en disimular. Iba vestido de negro: pantalón, camiseta y un abrigo corto, además de las botas. La única nota de color —por así decirlo— era un gorrito de punto en tono gris perla. En su rostro, una sonrisa tironeaba de las comisuras de sus labios y sus mejillas lucían ligeramente sonrosadas, seguramente debido al frío del exterior. Su imagen, aunque sencilla, era impactante, y me di cuenta enseguida de que estaba ante el mismo Asher que había encontrado frente a su casa: el Asher provocador y pagado de sí mismo.

Inspiré hondo y me esforcé por recuperar mi acostumbrada fluidez verbal.

—¡Feliz Navidad! —exclamé, y sonó demasiado efusivo.

«Lo has bordado, Lucía», maldije para mí, pero él soltó una carcajada. Fue una risa exuberante, excesiva.

—Pensé que te vendría bien un transporte.

Asentí, sin más, y no le puse impedimento alguno cuando me arrebató la maleta. Dio media vuelta y comenzó a andar por la terminal en dirección a la zona de aparcamientos. Tardé un par de segundos en reaccionar y seguirlo, y un minuto más en deshacerme del impacto que me había producido darme de bruces con él.

Me apresuré para colocarme a su lado.

—¿Cómo has sabido la hora a la que llegaba? ¿Y el día? —añadí.

—No me has dado ni siquiera un beso de bienvenida —terció él, ignorando mis preguntas.

Ladeó la cabeza y su mirada traviesa dejó claro que no estaba pensando en un simple beso. Oh, no... era mucho más que eso.

Lo agarré del brazo para detenerlo. Ignoré la satisfacción que me produjo tocarle y me puse de puntillas hasta que mis labios rozaron su mejilla de la manera más casta posible.

—¿Contento? —me burlé, aunque sabía que estaba jugando con fuego.

Agitó la cabeza, sonriendo, pero no dijo nada. Seguimos andando por el aparcamiento hasta que se detuvo junto a una furgoneta negra, casi me había esperado algún tipo de deportivo u otro vehículo que se ajustara más a su nueva personalidad.

Enarqué las cejas.

—No te pega nada —me reí, mientras él desbloqueaba los seguros.

Acto seguido, me acorraló contra el lateral. Sus manos se apoyaron a ambos lados de mi cabeza y su cuerpo se apretó contra el mío. Notaba sus caderas clavándose en la parte baja de mi estómago y su aliento acariciándome los labios, pero lo más duro fue no sucumbir al impulso de hundir la nariz en su cuello y llenarme los pulmones con ese delicioso aroma que siempre le acompañaba.

A pesar de lo repentino de su reacción, me sobrepuse enseguida.

—No era más que un simple comentario —señalé, sin reprimir cierto tono jocoso. No creo que eso fuera lo que esperaba—. Tampoco tienes que

ponerte así.

Sus ojos se movieron por mi rostro hasta ir a parar a mis labios.

—Eres tú la que me pone *así*, mi pequeña Lu —replicó, en voz baja.

No sabía muy bien por qué, pero todo lo que decía me sonaba una vez más a obscenidad.

Una de sus manos descendió y sus dedos se aferraron a mi cintura. Lo siguiente que supe era que me sostenía contra su pecho y que el apoyo de mi espalda desaparecía. Había abierto la puerta corredera situada en el lateral.

Durante unos instantes nos mantuvimos abrazados, perdidos el uno en la calidez del otro, en la familiaridad de nuestros cuerpos encajando a la perfección, como si estuvieran hechos para ello. Cuando sus ojos ascendieron buscando los míos, pensé que iba a besarme, y no creía estar preparada para sentir de nuevo lo que sabía que provocaría en mí. A pesar de los meses transcurridos, recordaba demasiado bien el poderoso impacto de sus labios, su sabor, la delicadeza demostrada y también su exigencia voraz.

Me había concienciado para alzar una bandera blanca y proponerle amistad, esperando que se guardara para sí mismo su sobreactuado despliegue de encantos. No lo necesitaba. No conmigo.

Sin embargo, no hubo beso, y no supe si sentirme aliviada o decepcionada. No me había preparado para aquello pero, en realidad, puede que lo hubiera estado esperando. Seguramente, mis pensamientos resultaban tan contradictorios como su comportamiento.

Tal para cual.

Deslizó un dedo por mi nariz y, a continuación, depositó un pequeño beso sobre ella. Tras ese gesto, más tierno de lo que esperaba, me soltó y se dispuso a meter mi maleta en la furgoneta. Seguí sus movimientos con la mirada.

—Emm... ¿De verdad, Ash? —Señalé el interior del vehículo y enarqué las cejas. No sabía si reírme o llorar.

La zona trasera estaba prácticamente ocupada por un colchón recubierto

con una sábana. Había también una manta enrollada en la parte más alejada de la puerta. Asher encajó mi equipaje en un lateral antes de responderme.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin darle importancia, aunque detecté un rastro de burla en su voz.

—Dime que esto no es lo que creo que es.

Un picadero, eso era lo que parecía, aunque teniendo el *loft* no sabía muy bien para qué lo necesitaba. Había supuesto que disponía de la furgoneta para cargar con los instrumentos de la banda. Si bien, estaba claro que no era así. O tal vez lo empleara para ambas cosas. Eso me llevó a pensar en Nadia y en lo que podía haber sucedido entre ellos durante los meses anteriores, y de ahí al ataque de celos solo mediaron un par de inspiraciones.

—¿Y qué crees que es? —terció él, sin esconder la satisfacción que mi comentario le había provocado. No esperó respuesta—. Tienes la mente más sucia de lo que creía, Lu. Has acertado.

Me guiñó un ojo y su sonrisa se hizo amplió.

—Así que aquí es dónde te lo montas con tus ligues —solté, señalando aún el colchón—. Y dime, ¿la aparcas en la puerta del Ritmic para usarla después de los conciertos o te la lleva a algún lugar más íntimo? ¿Qué pasa con tu piso? ¿No te gusta llevar chicas allí? Dios, esto es un poco asqueroso, ¿sabes?

Asher no dejaba de sonreír y yo cada vez estaba más indignada, o tal vez más celosa. No quise pensar en ello, ya se encargaba mi boca de expresarlo por mí sin preocuparse de censurar ningún tipo de pensamiento.

—Creo que cogeré un taxi —concluí, y me abalancé sobre mi maleta.

Fue más rápido que yo. Pero ya había cogido impulso y, al interponerse en mi camino, acabé por derribarlo. Ambos caímos al interior de la furgoneta y rebotamos enredados sobre el colchón.

—Arggg —grité, luchando contra el lío de brazos y piernas que me impedía levantarme. No quería ni pensar en lo que habría sucedido allí dentro —. ¡Déjame salir!

Asher se partía de risa a la vez que trataba de sujetarme, empeorando aún más la situación. Estuve a punto de ceder yo también a las carcajadas, pero mis escrúpulos no me lo permitieron.

—¡Estate quieta, Lucía! —se reía, sin pudor—. ¡Basta! ¡No es mía! ¡La furgó es de Tony!

Continué dándole manotazos y patadas a diestro y siniestro, hasta que sus palabras calaron en mi mente. No entendí demasiado bien por qué pero me sentí aliviada, lo cual resultaba estúpido porque seguía disponiendo del *loft*.

—Vale —dije al fin, quedándome quieta.

En ese momento me di cuenta de lo cerca que estábamos. Tenía medio cuerpo sobre el suyo y él había aprisionado uno de mis muslos entre sus piernas. Además, sus brazos me mantenían pegada a él sin dejar siquiera un mínimo resquicio entre nosotros. El corazón me comenzó a latir cada vez más deprisa y, sin querer, mis labios se entreabrieron, casi podía saborearle... Casi.

—Mmm...

—Estás disfrutando de esto más de lo que deberías —apunté, por decir algo.

Una de sus manos descendió lentamente hasta el final de mi espalda mientras que los dedos de la otra se extendían a la altura de mis omóplatos.

—No te haces una idea —repuso, mordiéndose el labio inferior y, como si su cuerpo quisiera dejar claro que así era, lo percibí endureciéndose contra mi muslo.

«MADRE. MÍA», y hasta ahí llegó mi capacidad de raciocinio.

Tragué saliva.

—Sí, sí que me la hago —alegué, con un susurro.

Al escucharme, cerró los ojos, agitó la cabeza y rió de nuevo.

18

A Asher dejó de hacerle tanta gracia la situación cuando le recordé que su cabeza y su espalda reposaban sobre el lugar en el que su amigo se dedicaba a retozar con sus ligues. Su sonrisa desapareció y apenas unos segundos después estábamos de pie en el exterior de la furgoneta. No pude más que reírme al ver la celeridad con la que había saltado fuera y había empezado a sacudirse la ropa. La tensión entre nosotros se diluyó, no así la que ceñía sus pantalones, pero a él no pareció importarle y yo traté de mantener mis ojos apartados de la parte inferior de su cuerpo.

Una vez acomodado tras el volante, encendió la radio y reguló el volumen hasta un nivel que permitiera la conversación. Enseguida me di cuenta de que lo que sonaba a través de los altavoces debía ser una grabación de uno de sus conciertos. La voz de Asher llenó el habitáculo mientras abandonábamos el aeropuerto.

—¿No es un poco egocéntrico lo de poner tu propia música?

Él se encogió de hombros.

—Te recuerdo que es la furgoneta de Tony —repuso, sin apartar la vista de la carretera—, y es él el que ha hecho esa selección.

A partir de ese momento, entablamos una animada charla. Como siempre, yo hablé mucho más que él. Me enzarqué en un detallado relato sobre la boda de mis mejores amigos y él lo escuchó con atención, sin mostrar qué opinión le merecía que dos personas de nuestra misma edad hubieran decidido casarse. Después de mucho insistir, pude sonsacarle que no tenía ningún tipo de plan especial para las fiestas salvo una serie de actuaciones, casi todas en el Ritmic.

—¿Y en fin de año? —inquirí, curiosa.

No quise mencionar la Nochebuena, dado que Asher carecía de una familia con la que compartirla. Tal vez pudiera invitarlo a la casa de mis

padres aunque no sabía hasta que punto estaría dispuesto a pasar por ese trance. Ni siquiera había querido acercarse a la puerta el día en el que nos encontramos.

—Tocáremos en el Ritmic antes de las campanadas —me dijo, y me lanzó una breve mirada—. Quizá quieras venir a vernos y empezar el año conmigo.

Mis planes se reducían a cenar con mi familia, dado que Becca y Jota ya estarían de regreso en España para ese entonces, pero no dije nada. Antes prefería asegurarme de que su sugerencia iba más allá de la mera cortesía y no pensaba abandonarme luego con sus amigos como ya había hecho antes.

Nos sumimos en un cómodo silencio que duró hasta nuestra llegada a Londres. Las versiones interpretadas por These Days, el grupo de Asher, continuaban sucediéndose una tras otra. Había reconocido todas hasta ese momento, en el que una balada se coló a través de los altavoces. La melodía era pausada y evocaba una mezcla de melancolía y tristeza que me puso los pelos de punta. Los dedos de Asher tamborilearon sobre el volante en cuanto su voz, rasgada y repleta de emoción, se incorporó a ella.

Concentré toda mi atención en captar cada palabra. Hablaba de la soledad, de sentirse aislado y abandonado, de corazones marcados a golpes y carentes de ningún sentimiento. De dejar atrás todo, amor y odio, dolor y satisfacción, y de conseguir así mantenerse ajeno a lo que le rodeaba. Ser tormenta para no permitir que la tempestad lo azotara. Sobrevivir.

Fue lo más triste que he escuchado jamás. No solo por lo que dejaba entrever sino por el desgarró con el que Ash la interpretaba. Sin darme cuenta, la humedad se acumuló en mis ojos y tuve que tragarme los sollozos. Era como si alguien me hubiera estrujado el corazón y luego se hubiera desecho de él, dejándolo vacío y roto.

Estacionó la furgoneta justo frente a la casa de mis padres y estiró la mano para apagar la radio, pero lo detuve antes de que pudiera hacerlo.

—No, quiero escucharla hasta al final —le dije, buscando su mirada,

aunque él continuaba con la vista fija al frente, como si aún estuviera conduciendo—. ¿No reconozco de qué grupo es esta canción? —me aventuré a comentar, a sabiendas de que él era el compositor.

Tardó unos instantes en responderme.

—Es mía —admitió, y casi pareció que le resultaba doloroso hacerlo.

No me extrañaba. No viendo lo que transmitía.

Creo que percibió mi curiosidad porque no tardó en añadir.

—Por eso no tocamos nada nuestro en los conciertos... La gente terminaría cortándose las venas.

Pretendía ser un comentario jocoso pero no fue capaz de esconder la amargura de su voz, y no pude más que preguntarme a qué se debía tanto sufrimiento. ¿Había tenido problemas su familia? ¿Era eso? ¿Había la posibilidad de que sus padres le maltrataran?

—Ni siquiera sé por qué Tony la tiene grabada —agregó, sacándome de mis inquietantes cavilaciones.

Al contrario que el resto de las canciones que habían sonado, esta era la única en la que no se escuchaba al público cantar de fondo. Era obvio que no se trataba de una actuación, sino de algo mucho más íntimo. De lo que estaba segura era de que Ash había mentido sobre el motivo de no tocarla en el Ritmic. Una canción así, a pesar de su dureza, conseguiría poner en pie a la gente y que les aplaudieran hasta que les doliesen las manos. Sin embargo, también expondría a Asher de una forma en la que dudaba mucho que quisiera mostrar a nadie, o al menos a nadie fuera de su propia banda. Cualquiera que la oyese sabría que era más que una simple canción.

Asher descendió de la furgoneta y la rodeó hasta mi puerta. Al abrirla, por fin fue capaz de enfrentarse a mi mirada. Me observó con cierta cautela, supuse que esperando algún tipo de reacción por mi parte. No obstante, yo no sabía qué decir. No podía simplemente exclamar: «oh, es preciosa, Ash», aunque a su manera lo fuera. El comentario me parecía fuera de lugar.

Hice lo único que se me ocurrió: abrazarle.

Creo que lo pillé desprevenido. Se envaró al sentir mis brazos rodeando su espalda y cómo lo apretaba contra mí. Escondí la cara en su cuello y me dejé envolver por el aroma que emanaba de él, sabiendo que él recibiría ese gesto como una necesidad más mía que suya. Hubo un leve titubeo y luego su cuerpo cedió, amoldándose a mis curvas. Le escuché suspirar junto a mi oído y, acto seguido, su mano ascendió hasta mi nuca y enterró los dedos en mi melena, mientras que con el pulgar acariciaba la piel justo por debajo del nacimiento de mi pelo.

Costaba discernir quién consolaba a quién.

Me aferré a él unos minutos más —o él a mí, aunque puede que ambos nos estuviéramos aferrando al otro—. Poco después, él alzó la barbilla y echó un vistazo sobre su hombro hacia la antigua residencia de los Monroe. Cuando su atención regresó a mí, era de nuevo el chico de los ojos tristes.

Hasta ahora no le había hecho ninguna pregunta tan directa y, tal vez, hubiera podido tratar de investigar al respecto hablando con Tony, aunque él me hubiera dicho que no sabía casi nada del pasado de su amigo. Pero no me parecía lo correcto. Yo hubiera querido que Asher me preguntara a mí y eso fue justo lo hice.

—¿Qué pasó en esa casa, Ash? —murmuré, sin soltarlo.

Me encogí esperando su reacción y creía que se negaría siquiera a contestar, o que solo obtendría una evasiva sarcástica por su parte.

—Nada que tú debas saber ni de lo que yo quiera hablar.

Su tono monocorde carecía por completo de emoción.

—Solo intento...

—¿Qué? ¿Qué es lo intentas, Lu? —me cortó, a la defensiva—. ¿Quieres poner a prueba tus conocimientos? ¿Saber si algo de lo que has estudiado sirve para arreglarme? —me espetó, zafándose de mi agarre.

Dio un paso atrás para aumentar la distancia entre nosotros. El vacío dolió, pero más aún la mueca de desprecio que asomó a sus labios.

—No creo que estés roto. Solo creí que... Quería ayudar.

Cerró los ojos.

—No. No lo estoy y no necesito tu ayuda —recitó, como si se tratase de una respuesta ensayada.

Dudé antes de echar más leña al fuego y provocarle otra rabieta.

—Eres tú el que ha hablado de arreglarte.

Un músculo palpitó en su mejilla. Me retorcí las manos a la espera de una réplica que tardó en llegar y, cuando lo hizo, ni por asomo era lo que esperaba.

—¡Todo estaba bien hasta que apareciste, Lu! —me gritó, abriendo por fin los ojos.

—Yo... yo... No he hecho nada —balbuceé, sin saber qué más añadir.

Soltó una carcajada cargada de cinismo que fue aún peor que la dureza con la que me miraba.

—Has hecho y harás lo mismo que hiciste la última vez —sentenció—. Dos semanas. Dos putas semanas... fue todo lo que me diste.

Se apartó para permitirme descender del vehículo. Seguía sin saber qué decir. ¿Tanto le había afectado mi marcha? Ni que decir tiene que tampoco había contestado a mi pregunta, aunque cada vez estaba más segura de que algo había sucedido en su familia, algo que lo había marcado para siempre.

Traté de ordenar mis pensamientos para darle una respuesta. No resultaba nada fácil teniendo en cuenta que ni siquiera sabía qué era lo que estaba preguntando.

—Asher —le llamé, pero se negaba a mirarme—. Fui egoísta —admití, a pesar de todo—. Yo sabía que nos mudaríamos a Madrid poco tiempo después del día de la fiesta y quería decírtelo pero... Me lo callé y luego no supe cómo hacerlo. No sé, pensé que entonces la magia desaparecería y tú dejarías de hacerme caso. Pensaba que te enfadarías... Solo era un cría, Ash. Una cría que creía estar enamorándose de ti...

Irguió la cabeza y suspiró con los ojos cerrados, apretando los párpados con fuerza.

—La magia... —titubeó— la provocaban tus sonrisas, Lu. No podría haber desaparecido aunque lo intentaras.

Fue lo último que dijo. Se metió en la furgoneta y, sin siquiera despedirse, puso en marcha el motor y se largó, dejándome sola en mitad de la acera.

ASHER

No debería haber explotado de esa manera con Lucía. Era consciente de que me había pasado de la raya y que tampoco tendría que haberme marchado de la forma en que lo hice pero, cuando quise darme cuenta, los reproches estaban abandonando ya mi boca. Ni siquiera sabía por qué estaba tan cabreado.

Había albergado más resentimiento hacia ella de lo que yo mismo esperaba. Me costaba admitir lo mucho que me había dolido hace años que se marchara. En aquel momento, me daba igual que no tuviera poder de decisión sobre su traslado a España y que sus padres fueran los responsables de nuestra separación.

Todo lo que sabía era que la única luz que había llegado a haber en mi vida... se la había llevado con ella.

Y lo peor era que volvería a hacerlo...

20

Becca saltó sobre mí en cuanto puse un pie en el interior de la casa, solo que en esta ocasión no fui capaz de mostrar la misma emoción que meses atrás, cuando había sido yo la que la había recibido en ese mismo lugar.

—Emm... Modera tu entusiasmo, no querrás que crea que te alegras de verme —bromeó, recorriendo mi rostro con la mirada.

Amagué una sonrisa que no llegó siquiera a mueca.

—Lo siento. Estoy algo cansada del viaje.

Arrastré la maleta al interior y cerré la puerta tras de mí. Becca me observó con curiosidad.

—Creí que tal vez ese chico tan mono al que abrazabas ahí fuera te habría puesto de mejor humor —terció, consiguiendo que me giraba para mirarla—. Puede que os haya visto por la ventana. Asher, ¿no?

Me pregunté cómo demonios sabía Becca quién era y si también nos habría visto discutir, aunque no parecía estar al tanto de ello. ¿Era mi amiga la responsable de que Ash se hubiera presentado en el aeropuerto?

—¿Tú...? ¿Le conoces?

Agitó la cabeza y atisbé cierta preocupación en su expresión.

—No. Lo único que sé es lo que me ha dicho tu madre —repuso, sentándose en las escaleras que conducían a la primera planta—. Que es un antiguo vecino y que hace unos días se presentó aquí para preguntar cuándo llegabas. Quería darte una sorpresa. Tu madre creyó que te gustaría.

¿Asher allí? Hasta ese momento se había mostrado de lo más reacio a saludar a mis padres. No había querido acercarse a la casa, aunque al menos ese día había aparcado frente a ella. Aun así, me extrañaba que hubiera sido capaz de hacer aquello solo para darme una sorpresa. Más aún teniendo en cuenta lo que acababa de decirme.

«Todo estaba bien hasta que apareciste». La voz de Asher resonó en mi

mente, cargada amargura.

—¡Lucía, cariño! Ya estás aquí. —Mi madre apareció por el pasillo que conducía a la cocina. Se acercó para abrazarme, por lo que no pude continuar interrogando a Becca—. ¿Qué tal el vuelo? Y Asher, ¿ya se ha marchado?

Eché un vistazo a la entrada y más allá, en dirección al salón, como si esperase encontrarlo sentado tranquilamente en el sofá que presidía la estancia. Tragué saliva y negué, esforzándome por sonreír. Solo esperaba que no se hubiera dedicado a cotillear por la ventana junto con mi amiga.

—Tenía cosas que hacer.

Volvió a abrazarme y me dio varios besos, sin darle importancia a mi respuesta. Supongo que había resultado convincente.

—Tienes cara de estar agotada. ¿Por qué no subes y descansas hasta la hora de la cena? —sugirió. Se volvió en dirección a Becca—. ¿Te quedarás?

Becca negó.

—Mañana he de madrugar, tengo varias entrevistas de trabajo —se disculpó. Acto seguido, se puso en pie—. Lu, Jota te manda recuerdos y me ha dicho que se pasará a verte en cuanto pueda.

Le sonreí en agradecimiento. Sabía que mi primo estaba haciendo horas extras para adelantar parte de sus tareas como becario y poder así regresar más tarde de las vacaciones de Navidad. Contaba con esos días para acudir a la boda de Ari y Lucas.

Mi amiga se despidió, no sin antes lanzarme una mirada con la que dejó claro que teníamos una conversación pendiente, y se marchó. Yo subí a mi habitación. Dejé la maleta a un lado, sin molestarme de deshacerla por ahora, me quité el abrigo y me desplomé sobre la cama. Las cortinas estaban descorridas y, desde donde estaba, tenía una excelente panorámica de la ventana de la casa de al lado, la de Asher. Clavé los ojos en ella, aún confusa por lo que había dicho. ¿Tanto le había afectado reencontrarse conmigo? ¿Tanto significaba o había significado para él? Debería haber insistido y sonsacarle las respuestas a todas esas preguntas. Sin embargo, me había

pillado desprevenida y apenas si había sido capaz de balbucear unas cuantas palabras de disculpa. Iba a volverme loca si continuaba dándole vueltas al tema.

No tardé más de veinte minutos en llegar a la conclusión de que no arreglaría nada allí tirada comiéndome la cabeza. Siempre había sido de las que encaran los problemas. Otros veinte minutos fue cuánto me tomó darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. No tenía ni idea de cómo abordar a Asher ni de lo que iba a decirle, pero eso no iba a detenerme.

Al llegar al Ritmic, fui directa al reservado del grupo pero no había nadie en él. El local no estaba demasiado lleno, por lo que no tardé en percatarme de que Tony se encontraba detrás de la barra. Recordaba que me había comentado que trabajaba allí, aunque lo había olvidado por completo hasta ese momento.

No tardé en hacerme un hueco entre los clientes. A pocos metros de mí había un hombre de alrededor de cincuenta años que parecía fuera de lugar en un bar como aquel. Tenía el pelo cano y vestía de un modo clásico: pantalones de pinzas, una camisa de botones y, sobre esta, una chaqueta de paño de la que, a pesar del calor reinante, no se había desprendido. Sobre el mostrador, frente a él, había una botella de agua mineral. Tony se detuvo frente a él y le tendió la mano, que el hombre estrechó al tiempo que esbozaba una cálida sonrisa.

—¿Hoy no tocáis? —inquirió, al soltar su mano.

—Más tarde, tal vez. ¿Has subido a ver a Asher?

No solía dedicarme a escuchar conversaciones ajenas, pero esa vez hice una excepción. Me incliné con disimulo hacia donde estaban para no perderme nada.

El hombre asintió y una arruga de preocupación se instaló en su frente.

—Ya sabes cómo es —señaló—. Tiene días mejores y días peores.

Tony mostró su disconformidad negando con vehemencia.

—No es eso —replicó—. ¿Está cumpliendo con las clases? Si no es así,

empezaré a preocuparme de verdad.

¿Clases? ¿Asher estudiaba? No había mencionado nada al respecto, si bien, era probable que la parte de la vida de Asher que desconocía fuera bastante mayor que la que conocía.

—Tranquilo. No ha faltado a ninguna ni creo que tenga pensado hacerlo. —El hombre echó un vistazo a su alrededor—. Sabéis que tenéis talento para mucho más que esto, ¿verdad?

Tony se encogió de hombros por toda respuesta y el gesto pareció poner fin a la conversación. Se despidieron con otro apretón de manos y el hombre puso rumbo a la salida. Tardé algo menos de medio segundo en decidir seguirle. Al darle alcance, me planté delante de él sin haber pensado siquiera el por qué de mi proceder.

—¡Hola! Soy Lucía, una amiga de Asher. Creo que usted le conoce y yo... yo...

Perplejo, enarcó las cejas a la espera de que continuara.

¿Qué se suponía que estaba haciendo?

Aquello no estaba bien. No podía abordar a un desconocido para preguntarle qué le pasaba a Asher o por qué se comportaba de la forma en que lo hacía. No tenía derecho a entrometerme en su vida cuando él no había querido contarme nada de ella.

—¿Hay algo que quiera decirme, señorita...?

—Lucía —lo atajé—. Puede tutearme, por favor. Y no, lo siento, me he equivocado.

No pareció demasiado conforme. Volvió la cabeza en dirección a la barra y yo seguí su mirada para darme cuenta de que Tony nos observaba.

Genial, iba a quedar como una loca, o como una acosadora. Tal vez como ambas.

—Lo siento —repetí. Al girarme, me agarró de la muñeca y me detuvo.

—Asher es un buen chico. —Fue todo cuanto dijo.

Se inclinó hacia delante de manera muy leve a modo de despedida y se

marchó.

Igual era hora de irme yo también, antes de que a Tony se le ocurriera venir a pedirme explicaciones o avisara a Asher de que estaba allí. Igual era hora de preguntarle directamente a él qué era lo que estaba pasando.

21

Llevaba al menos quince minutos plantada en mitad de la acera frente a la fachada del Ritmic, preguntándome cómo iba a plantearle a Asher todas las preguntas que me quemaban en la punta de la lengua. No sabía de qué humor lo encontraría o si accedería siquiera a abrirme la puerta dado lo mal que habían ido las cosas esa tarde.

A pesar del grueso abrigo que llevaba y la bufanda que rodeaba mi cuello, la humedad me había calado ya de tal manera que había empezado a tiritar.

—¿Pensabas subir en algún momento o ibas a quedarte ahí toda la noche?

Me volví hacia la entrada del bar, pero Asher estaba en la de su propia casa, apoyado contra el marco de la puerta. Parecía relajado y, desde luego, su expresión reflejaba serenidad, aunque sus ojos continuaran teniendo ese matiz triste que tan bien conocía. Llevaba puesta una camiseta blanca —algo casi extraordinario en él—, vaqueros negros y una cazadora de cuero también negra que aumentaba más si cabe su apariencia de chico rebelde. Estaba guapo a rabiar.

Las comisuras de sus labios se curvaron en cuanto crucé la mirada con él.

—¿Estás intentando coger un resfriado para no tener que salir conmigo en todas las vacaciones? —bromeó. Ladeó la cabeza y su sonrisa se amplió.

Me acerqué hasta él aunque procuré mantener suficiente distancia para evitar que su aroma me envolviera. Tenía un serio problema de adicción a su olor.

—Estaba pensando.

Sus cejas se arquearon.

De repente era como si nuestra anterior conversación no hubiese

existido y me pregunté si eso sería lo que pretendía Asher, comportarse como si nada hubiera pasado.

—Piensas demasiado, pequeña Lu. —El apelativo cariñoso abandonó sus labios en forma de susurro. Fue como una caricia para mis oídos—. Vamos, ven conmigo.

No hice ademán de protestar creyendo que me arrastraría escaleras arriba y podríamos disfrutar de la tranquilidad de su piso, eso me daría el valor suficiente para hacer lo que había ido a hacer: exigir respuestas. Sin embargo, cerró la puerta de un tirón y me llevó calle arriba. Rodeamos el edificio contiguo hasta acceder a un callejón que, por su situación, supuse que se trataba de la parte trasera del Ritmic. Apenas si había abierto la boca para pedirle que se detuviera porque necesitábamos hablar cuando se paró junto a una moto de gran cilindrada. Mis conocimientos sobre los vehículos de dos ruedas no era que fueran limitados, más bien eran inexistentes. Todo lo que supe fue que se trataba de una Honda porque la marca aparecía en el lateral.

Lo observé mientras se agachaba y le quitaba la cadena que sujetaba también un casco.

—Ponte esto.

—¿Y tú? —me quejé, aunque en realidad debería haberme cuestionado a dónde intentaba llevarme.

Se incorporó y, al hacerlo, quedó frente a mí. Demasiado cerca.

—No tengo más. Póntelo y mantén a salvo esa preciosa cabecita. —Me guiñó un ojo con tal desparpajo que tuve que contener la risa.

No había ido allí para pasearme en moto por Londres, aunque la idea resultara tremendamente atractiva. Sobre todo teniendo en cuenta que iba a tener que agarrarme a su cuerpo.

—No sabía que tenías moto.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —replicó él, y lejos de sonar a reproche parecía estar divirtiéndose con la situación.

—Y de quién será la culpa —farfullé, cruzándome de brazos.

Si llegó a sus oídos, me ignoró por completo. Al ver que no hacía nada por coger el casco que me tendía, fue él mismo el que me lo puso.

—Perfecto —afirmó, sonriendo—. Quiero llevarte a un sitio.

Creo que ya era una realidad que iba a volverme loca. Después de la discusión de esa tarde había esperado encontrarme a un Asher esquivo y reservado o, como mucho, descarado y burlón. Sin embargo, ahora parecía... ¿normal?

—Tranquila, lo pasaremos bien —me dijo, y no había doble intención en su comentario, solo la promesa de disfrutar de algo de tiempo juntos.

Me ajusté el casco y retiré mi melena hacia atrás, sintiéndome algo estúpida.

—Ash, conseguirás volverme loca —señalé, mientras él pasaba una pierna sobre la moto y se acomodaba en el asiento.

Giró la llave en el contacto y el motor rugió. Mentiría si dijera que la imagen no resultaba de lo más excitante. Me tendió la mano y tiró de mí, ayudándome a colocarme detrás de él. Acto seguido, se volvió con una espectacular sonrisa en los labios, de las más sinceras que me había dedicado hasta entonces. Se inclinó todo lo que pudo hasta que su frente reposó contra la parte delantera del casco.

—Te diré un secreto: las mejores personas lo están.

Mientras callejeaba por el Soho conmigo aferrada a su cintura, supe por qué me sonaba tanto aquella frase.

—Alicia en el País de las Maravillas —grité, para hacerme oír.

Una de sus manos abandonó el volante y la deslizó sobre mi muslo. Sin pensarlo siquiera, me apreté más contra él. Mis piernas comprimían las suyas y mi pecho reposaba por completo sobre su espalda y, a pesar de que se me estaban congelando los dedos debido al aire frío, el resto de mi cuerpo había empezado a consumirse por el calor.

—¿Qué? —replicó Ash, también a gritos.

—¡Alicia! ¡Es de Alicia en el País de las Maravillas!

Bajo mis manos, su estómago se agitó por las carcajadas, y no pude evitar sentirme bien al escucharle reír.

—¡Así es! ¡Y esta noche yo seré tu Sombrero Loco!

Sombrero no llevaba pero loco estaba un rato.

Acabamos en un pub en las afueras de Londres, el nombre del garito era una variación de la conocida canción de Bob Dylan: *Knockin' on Heaven's Door*. Cambiad cielo por infierno y... sí, así empezó nuestra noche. Asher me contó que tocaba allí con el grupo de vez en cuando y que el ambiente, aunque algo más sórdido que en el Ritmic, le gustaba.

Me preguntó qué iba a tomar y amagó con dejarme sola para ir a por las bebidas. Le dije que ni hablar. Aquello parecía un antro de carretera sacado de una película de terror. El aspecto de los tíos resultaba siniestro y ellas lucían como si fueran a arrancarme los ojos en cualquier momento solo por pasar a su lado. Las paredes pintadas de negro y la escasa iluminación tampoco ayudaba en nada; no quería imaginar el estado en el que se encontrarían los servicios.

—Un cubata para mi Alicia particular.

Eché un vistazo a su otra mano y descubrí en ella una botella de agua. Al menos era responsable y no bebía cuando tenía que conducir.

—El alcohol no me va demasiado —apuntó, percatándose de mi mirada—. Tomo alguna cerveza cuando estoy con la banda pero poco más.

No sabía muy bien por qué pero el comentario me sorprendió. Dado lo exuberante de su comportamiento había pensado que era de los que pasaba las noches de fiesta con una copa siempre en la mano.

—Es una pena —prosiguió, e hizo una pausa para beber un trago de agua—. No podré excusarme en lo borracho que estoy cuando por fin me decida a besarte.

A punto estuve de atragantarme con mi bebida. Me puse a toser como una loca y él se mordió el labio inferior. El gesto dotó su expresión de una

timidez bastante inapropiada dado su comentario.

—¿Piensas besarme? —repuse, cuando conseguí recuperarme.

Más allá de sonar sorprendida, la pregunta adquirió en mis labios un deje provocador.

«Estás coqueteando, Lucía», me dije, pero no hice nada para evitarlo.

—Si no lo haces tú...

—¿Por qué iba a hacerlo?

Me crucé de brazos, a la defensiva, aunque creo que ambos sabíamos que no estaba ni mucho menos enfadada. En realidad, resultaba estimulante que, por una vez, Asher no se mostrara tan apabullante a la hora de expresar lo que le pasaba por la cabeza.

Llevó su boca hasta mi oído y, tras unos segundos, murmuró:

—Porque te gusto, mi pequeña Lu.

Lo hubiera negado de no ser por la ternura inusitada que empleó al hablar. Oh, sí, me gustaba. No tenía sentido negarlo. Me gustaba ese Asher despreocupado y vivaz, me gustaba mucho.

Me reí. Solté una larga carcajada solo porque sabía que eso le fastidiaría. Seguíamos jugando.

—Eres demasiado pretencioso.

—Soy realista —contraatacó, muy seguro de sí mismo.

Negué con la cabeza, pero él no pareció verse afectado por esa negativa. Apuramos nuestras bebidas mientras la gente que se hallaba en la pista de baile daba saltos al ritmo de la música. Mucho rock, algo de heavy y black metal... El ambiente estaba tan animado que terminé por contagiarme e incluso permití que Ash me arrastrara con él para dar botes junto al resto de los entusiasmados clientes. No abordamos ninguna de las cuestiones que me preocupaban, nada sobre su pasado o su presente que no fuera ese momento compartido, pero lo estaba pasando tan bien que me olvidé de cualquier otra cosa que no fuera su sonrisa y el brillo de sus ojos oscuros.

Tras una segunda copa, mi estado era aún más despreocupado. Agradecí

ese *impass* en la tensión que normalmente rodeaba nuestros encuentros, y no puse reparo alguno en continuar la velada en otro lugar. Cuando salimos del Knockin's on Hell's Door, me entró la risa floja y comenté lo poco caballeroso que resultaba por su parte haberme llevado hasta el infierno.

—Llamaría a la puerta del mismísimo averno si supiera que serías tú quién la abriría —me dijo, entre risas, y no fui capaz de discernir cuánto de broma había en sus palabras.

Aún era pronto cuando emprendimos el regreso a la ciudad. El frío de la noche, cada vez más intenso, hizo que me apretara contra la espalda de Asher mientras él conducía la moto sin prisa aparente. Achispada por las dos copas que me había bebido, me volví algo más osada y deslicé las manos bajo su cazadora y la camiseta, provocándole un estremecimiento. Me encantó percibir el leve temblor que lo sacudió cuando mis dedos se extendieron sobre su abdomen.

Las nubes que se acumulan sobre Londres eran cada vez más densas y parecían a punto de descargar. No sabía a dónde íbamos ni que más me esperaba. Sin embargo, la noche tan solo acababa de comenzar.

22

Asher estacionó a orillas del Támesis, cerca del Tower Bridge. No hizo amago de descender de la moto y, cuando fui yo la que me quité el casco e intenté bajarme, me detuvo colocando las manos sobre mis muslos.

—No es mía —comentó, con la vista fija en el río.

No tenía ni idea de lo que hablaba. Apoyé la barbilla sobre su hombro y esperé pacientemente a que añadiera algún tipo de explicación. El gesto debió de sorprenderle porque ladeó la cabeza y, durante unos segundos, se dedicó a observarme con una expresión que resultaba tan confusa como tierna.

—La moto —añadió, por fin—. Es de un amigo. Él ya no la usa y suele prestármela. Nunca había llevado a nadie conmigo.

Lo dijo como si ese hecho fuera de extrema importancia para él.

—Así que soy tu primera vez —me reí, restándole importancia a su confesión.

De repente, la tensión entre nosotros había resurgido, aunque más que resultar incómodo, se asemejaba a la íntima complicidad que habíamos compartido el día que había leído para él en su casa.

—Eres muchas de mis primeras veces, Lu —replicó, muy bajito.

Aproximó su rostro al mío y acarició mi sien con la punta de la nariz. Lo siguiente que supe fue que tiraba de mí y, en dos movimientos, me encontré sentada a horcajadas sobre él. El manillar se me clavó en la espalda pero casi no fui consciente de ello. Estaba demasiado ocupada por la avalancha de emociones que Asher despertaba en mí.

—Mejor así —susurró, manteniendo las manos en mi cintura.

Sus ojos se habían oscurecido y apenas si distinguía sus pupilas del resto. Para entonces, mi respiración distaba mucho de ser regular a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma. En un acto reflejo, mi mirada recayó sobre sus labios entreabiertos. Ya había descubierto el sabor de sus besos, la

dulzura que contenían y que se mezclaba con ese ansia por devorarme; la misma que en ese instante sentía yo por él.

Me olvidé del rumor del río y del sonido de los coches. Cerré los ojos a las brillantes luces del puente y de las farolas que nos alumbraban, e inspiré para llenarme los pulmones de mi aroma preferido, para llenarme de Ash. Ni siquiera me planteé lo que estaba haciendo. Mi cuerpo tomó de forma inconsciente la decisión por mí y, cuando quise darme cuenta, mis labios acariciaban los suyos con lentitud; un mero roce que consiguió hacerme temblar a mí también.

Asher rodeó mi cara con las manos y se separó de mí. Durante un instante me contempló sin decir nada y su mirada, sin rastro de tristeza, se enredó con la mía. Acercó de nuevo sus labios y su boca reclamó más, hasta que su lengua se abrió paso y la calma que habíamos mantenido se esfumó por completo. Estábamos tan hambrientos el uno del otro que poco nos importó que aquel no fuera el lugar más idóneo para un arrebató de pasión. La devoción de sus besos me hizo volar; la presión de su cuerpo aplastándose contra el mío, su agitado aliento, sus dedos paseándose por debajo de mi abrigo... buscando un trozo de piel que hacer suyo.

Ni siquiera nos detuvimos cuando pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nuestros rostros unidos. Lejos de eso, pareció alentarnos a profundizar más en un beso que amenazaba con arrebatar me la cordura. Perdí la noción del tiempo. No supe cuánto pasó hasta que la tormenta comenzó a arreciar y, para entonces, la ropa empapada se me pegaba a la piel y la melena me chorreaba sobre la espalda. Incluso así, el fuego que Asher había encendido en mi interior se negaba a abandonarme; mi propio infierno de llamas perpetuas.

Al separarnos, solo hubo una pregunta que fui capaz de formular:

—¿Qué ha cambiado esta noche?

Tenía frente a mí a otro Asher, uno dispuesto a dejarse arrastrar por lo que había entre nosotros. En ese momento, ni siquiera yo me había parado a

pensar en las consecuencias; en ese futuro cercano en el que dejaría Londres para regresar a mi hogar, lejos de allí. Inconsciente o no, perderme en Asher parecía inevitable.

Arrastró con suavidad el pulgar por mi mejilla y después sobre mis labios, sin apartar la mirada de mi rostro en ningún momento. Había una paz en su expresión que no había visto nunca hasta entonces y, por primera vez, al sonreír, se le formaron unas pequeñas arruguitas alrededor de los ojos.

Contuve el aliento esperando verlas desaparecer en cualquier momento, pero no fue así.

—Supongo que he asumido que, si vas a romperme el corazón de todas formas, al menos quiero disfrutarlo.

No hubo malicia en el comentario, solo resignación, como si nuestro destino ya estuviera escrito al margen de nuestras decisiones. Aquello me partió el corazón.

—Ash, no...

—No hace falta que digas nada —me interrumpió, aunque ni siquiera yo sabía qué iba a decir—. Permíteme que lo disfrute, solo eso, y hazlo tú conmigo. Olvida que hubo un antes y que habrá un después. Es la única forma... Prometo hacerlo lo mejor que sepa.

No pude contestar y tal vez él no quería que lo hiciese. Se cernió nuevamente sobre mí y capturó mis labios con maestría, haciéndome un poco más suya. Me pregunté qué pasaría al final de las vacaciones y si, para entonces, esa atracción a la que me parecía imposible sustraerme no se convertiría en una verdadera necesidad.

—Vuelve de dónde estés —murmuró, y su aliento acarició la piel de mi cuello—. No lo pienses.

Y fue lo que hice. Me abandoné a él, para bien o para mal, no lo tenía demasiado claro. Quizás si le daba margen suficiente, terminaría por abrirse a mí. Tal vez necesitaba recuperar su confianza, aunque no tenía idea de cómo demonios podía hacerlo si tendría que volver a marcharme en apenas un par

de semanas.

—Lu —insistió, al tiempo que trazaba un sendero de besos por mi mentón.

Alcanzó mis labios y se sumergió en ellos. Se apropió de mi boca y de mí, y yo perdí el hilo de mis pensamientos. Me empujó más hacia él con una mano en la parte baja de mi espalda y nuestros cuerpos se rozaron de una manera deliciosa y tan placentera que se me escapó un gemido.

—Me encanta que hagas eso —señaló, regalándome una sonrisa torcida—, pero me siento como si estuviese corrompiendo tu inocencia.

—Ya no soy una niña inocente, Ash —me reí, recordando lo castos que habían sido nuestros primeros besos en comparación.

Él acunó una vez más mi rostro entre las manos y comenzó a darme pequeños besos, uno tras otro.

—Sí, lo eres, mi pequeña Lu —aseguró, con los ojos anegados de deseo y de algo más, algo menos evidente y mucho más profundo—, y también la mujer con la sonrisa más hermosa que he visto jamás.

Continuó besándome, aunque me pareció que murmuraba algo entre dientes.

«Luz», hubiera jurado escuchar.

Pasamos mucho más rato entregados el uno al otro. Asher se mostraba delicado y, a la vez, sus caricias se volvían cada vez más atrevidas. Era vagamente consciente de que estábamos en una vía pública y de que, en cualquier momento, alguien nos llamaría la atención. Sin embargo, me era imposible separarme de él. Sus besos resultaban aún más adictivos que su aroma.

—¡Oh, por Dios! —exclamó, dejándome ir al fin.

Extendió los brazos y alzó la mirada al cielo, y fue entonces cuando me di cuenta del porqué de sus protestas: la lluvia se había convertido en nieve.

—¡Está nevando! —grité, con un tono mucho más infantil del que hubiera deseado, y mi entusiasmo le arrancó una carcajada—. ¡Nieva!

—Ya lo veo —me secundó, aún riendo.

Me ayudó a descender de la moto y me puse a dar saltitos mientras pequeños copos de nieve revoloteaban en torno nuestro. Incluso creo que di algunas vueltas sobre mí misma y diría que cerré los ojos.

—¡Nieve en Navidad! —insistí, deteniéndome para mirarle.

Estaba apoyado en la moto con los brazos cruzados sobre el pecho y observándome fijamente. Las comisuras de sus labios temblaban, como si se estuviera esforzando para reprimir nuevas carcajadas, y me contemplaba embelesado y de una forma tan intensa que noté que se me calentaban las mejillas por la vergüenza.

—Si te vieras...

No concluyó la frase, pero me dio igual. Corrí hasta él y tiré de sus manos para arrastrarlo lejos de la moto. No sé qué pretendía pero terminó siendo Ash el que me sorprendió a mí alzándome del suelo. Rodeé su cintura con las piernas y giramos juntos hasta que se vio obligado a parar, mareado pero muerto de risa, y supe que sería incapaz de borrar ese instante de mi memoria. No solo porque fuera Navidad y estuviera nevando a orillas del Támesis y con el espectacular Tower Bridge de fondo. No, no se trataba de eso. Lo inolvidable de ese momento era el sonido de la risa de Asher resonando en mis oídos, natural y sincero.

Feliz.

23

Tuvimos que dejar la moto allí y regresar en taxi. Era una temeridad conducirla con las calles mojadas y la amenaza de que la tormenta empeorara y comenzara a acumularse nieve sobre el asfalto. Asher le dio al taxista la dirección de su casa y yo no abrí la boca para protestar a pesar de que mi conciencia pareció recobrar el sentido común y advertirme de que, probablemente, no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.

Ni siquiera habíamos atravesado la puerta que daba a la calle y ya nos estábamos besando de nuevo. Y, en esta ocasión, había cierta desesperación impregnando cada roce de nuestras bocas. Eran besos colmados de urgencia, de expectación por lo que vendría después. Por un instante, me dio miedo pensar en hacer algo que ya no tendría vuelta atrás. Acostarme con Ash era más que sexo y yo lo sabía, pero ¿pensaría él lo mismo?

—¿Qué pasa? —inquirió, y me sorprendió que se hubiera percatado de mi indecisión—. ¿Lu? —insistió, al no darle una respuesta.

Habíamos subido las escaleras a duras penas y entrado en el *loft* a trompicones, arrancándonos los abrigos y dejándolos caer en cualquier parte.

—¿Pasa algo? —Buscó mis ojos y tomó algo de distancia.

Su pecho subía y bajaba con rapidez.

No supe qué decirle. Me moría de ganas y de miedo de una manera que ni siquiera yo conseguía comprender del todo. Algo debió de ver en mi expresión porque me tendió la mano.

—Ven aquí, anda.

Me envolvió con los brazos y me llevó hasta el sofá, donde tomó asiento e hizo que me sentara sobre él. Me acurruqué en su regazo.

—Estás mojada —afirmó, tras varios minutos en silencio. Enarqué las cejas—. Quiero decir... Tu ropa... La lluvia... —balbuceó, y su repentina timidez resultó adorable.

Puso los ojos en blanco al comprender que me burlaba de él.

—Necesitas una ducha caliente —añadió. Se arrastró hasta el borde del sofá y se incorporó cargando conmigo—. Ambos la necesitamos.

No me dejó en el suelo hasta que estuvimos en el baño.

—¿Pretendes que nos duchemos juntos? —repuse, y solté una risita nerviosa.

Se deshizo de la camiseta y mis ojos volaron hasta su pecho. Los vaqueros colgaban de sus caderas y dejaban a la vista su abdomen plano y definido. Antes de pensar en lo que hacía, mis dedos repasaron las líneas del tatuaje que se dibujaba sobre su corazón y él no hizo amago de detenerme.

—¿Qué pasa? ¿No te ves capaz de resistirte a mis encantos si nos bañamos juntos?

Alcé la mirada y me lo encontré con la barbilla baja. Mi mano continuaba sobre su piel, sus ojos clavados en ella. Sin esperar mi respuesta, agarró el dobladillo de mi blusa y tiró para sacármela por la cabeza, dejando al descubierto un sujetador de encaje en tono borgoña que había elegido con sumo cuidado. No era que creyera que iba a pasar nada entre nosotros... Pero si había algo por lo que sentía debilidad, era por la lencería.

—Además, ya me has visto desnudo —agregó, guiñándome un ojo.

Lo siguiente que supe fue que se estaba quitando los pantalones aunque una vez que me di cuenta de que, al contrario que yo, Asher no era muy partidario de la ropa interior, todo lo que pude hacer fue quedarme allí plantada con la boca entreabierta. Creo que a mi cerebro se le debió fundir algún fusible.

Tragué saliva.

Asher consiguió por fin deshacerse de los empapados vaqueros tras unos cuantos forcejeos y se irguió frente a mí completamente desnudo. Como la vez anterior, no fue lo único que se irguió. Le escuché soltar una risita y comprendí que me había quedado mirando fijamente su erección. En mi defensa diré que había bastante que admirar.

Dio un paso en mi dirección y sus dedos tiraron del botón de mis pantalones.

—Parece que necesitas ayuda —señaló, burlón.

Todavía no había abierto la boca —para hablar, quiero decir— y no tenía muy claro si se suponía que debería estar resistiéndome o arrancarme la ropa a tirones. Eché un vistazo por encima de mi hombro mientras Ash deslizaba los dedos bajo la cinturilla de los vaqueros y el elástico de mis braguitas. No había bañera, tan solo un plato de ducha que se me antojaba demasiado pequeño para que pudiéramos meternos dentro y no rozarnos.

«De esta no sales, Lucía», pensé para mí.

Asher soltó una especie de gruñido al tiempo que se agachaba, llevándose mi ropa con él. Mi piel fue quedando al descubierto y no pude evitar comenzar temblar, y no precisamente porque tuviera frío.

—Tú primero —me indicó, aún en cuclillas, y la voz le salió mucho más ronca de lo normal—. Solo es una ducha, Lu —añadió, al ver que titubeaba.

No puedo decir que supiera lo que estaba haciendo pero, tras unos segundos de indecisión, me coloqué para quedar bajo el chorro de agua. Ash entró a continuación y cerró la mampara de cristal tras de sí. Nuestros cuerpos no se tocaban por cuestión de unos pocos centímetros y, aun así, nunca en toda mi vida había estado tan excitada como en ese momento.

Asher se inclinó y toqueteó los mandos del grifo, rozándome el brazo. Se me puso la carne de gallina y el cosquilleo de mi bajo vientre alcanzó proporciones épicas. Estábamos los dos embutidos en aquel reducido espacio, completamente desnudos, mientras el agua caliente resbalaba sobre nuestra piel. La tensión del ambiente se podía palpar como si de algo sólido se tratase.

—¿Jabón? —me ofreció, tomando un bote de un estante a su espalda, pero a mí me sonó como si me estuviera ofreciendo tener una sesión de sexo salvaje y húmedo.

Mi mente terminó de desatarse. Me imaginé que Asher me alzaba y me

sostenía contra los azulejos, hundiéndose entre mis piernas de una sola embestida, llenándome por completo. No fui consciente de que mi garganta articulaba un débil gemido hasta que Ash me hizo girar sobre mí misma y su cuerpo presionó duro contra mi espalda. Deslizó las manos por mis brazos primero y por mi abdomen después, enjabonándome con una lentitud premeditada.

Estaba a punto de sufrir una combustión espontánea. Me ardía la piel allí por dónde pasaba y ni siquiera había llegado a las partes más interesantes.

—Oh, Dios —murmuré, y cerré los ojos con tanta fuerza que aparecieron pequeños destellos blancos en el fondo de mis párpados.

Mi cabeza cayó hacia atrás y reposó sobre su hombro. Sus dedos continuaron explorando. Tenía los pezones tan duros que me dolían y, cuando su atención se concentró en ellos, me fue imposible no empezar a jadear. Resultaba doloroso y placentero al mismo tiempo, y no quería que parase nunca. Quería más.

Cedí al impulso de balancear las caderas y frotarme contra él, y en esa ocasión fue Ash el que gruñó una maldición. Sin embargo, no se detuvo ni aceleró el ritmo. Sus caricias eran pausadas, de una lentitud casi exasperante, y no hacían más que aumentar mi necesidad. Por fin, sus manos viajaron hacia el sur, resbalaron por mi abdomen hasta alcanzar la zona entre mis piernas. Para entonces yo ya no podía pensar y mis rodillas se habían aflojado.

—Nos estamos poniendo un poco intensos, ¿no? —solté, abrumada por la excitación.

Ni siquiera me paré a valorar mis palabras, creo que los nervios hablaron por mí. Ash no pareció tomárselo mal. Exhaló una carcajada antes de separarse de mí. Mi cuerpo protestó de inmediato y maldije por no poder mantener la boca cerrada.

—Solo es una ducha —repitió él, como una cantinela, pero aquello era mucho más que eso.

Acto seguido, tomó otro de los botes de la repisa y lo siguiente que supe era que me estaba lavando el pelo. Hundió los dedos en mi melena y comenzó a masajearme el cuero cabelludo con delicadeza. Esperé en silencio a que llegaran los tirones pero no sucedió. Me enjabonó el pelo con mimo, deteniéndose para desenredar los nudos que encontraba a su paso. Yo había visto escenas similares en las películas y la verdad era que jamás había comprendido del todo qué había de especial en ello. Sin embargo, con Asher a mi espalda concentrado en realizar esa tarea de un modo minucioso, prestando su total atención a un acto para mí tan rutinario, sentí que era lo más tierno y bonito que alguien había hecho alguna vez por mí.

El ambiente había cambiado en aquel estrecho cubículo en cuestión de segundos. Él podía haber continuado acariciándome y, a estas alturas, era probable que hubiéramos estado montándonos contra la pared. No me hubiera opuesto. En cambio, parecía que al expresar la mínima duda Ash se había detenido. Y no era que no continuara excitado, no había más que mirarle para darse cuenta de que el mismo deseo que mantenía mi corazón latiendo descontrolado tampoco a él lo había abandonado.

Salimos de la ducha pocos minutos después. Me tendió una toalla en la que me enrollé con cierto pudor, algo que resultaba ridículo pero que me hizo sentir más segura de mí misma. Asher me desconcertaba. No conseguía adivinar qué era lo que le pasaba por la cabeza. Su actitud terminó de desarmarme cuando me rodeó con los brazos y depositó un pequeño beso en mi frente.

—Nunca había hecho esto.

—¿El qué? ¿Lavarle el pelo a una chica? —tercié, reprimiendo una sonrisa.

No era que me hiciera especial ilusión imaginarme a Asher con otras, pero me gustó saber aquel detalle.

—Cuidar de alguien.

El aire se me quedó atascado en algún punto entre los pulmones y los

labios, y mi corazón pareció estremecerse ante su confesión. En momentos como ese, Asher no parecía más que un chiquillo asustado y vulnerable, anhelando un cariño que le había sido negado.

No dijimos una palabra más. Nos quedamos abrazados en silencio, perdidos el uno en el otro. Creo que ninguno de los dos tenía ni idea de lo que estaba sucediendo entre nosotros.

ASHER

Nos habíamos trasladado a la cama sin siquiera vestirnos, simplemente envueltos en las toallas. Lucía se había acurrucado entre mis brazos y se había quedado dormida sin decir nada, lo cual era bastante extraño viniendo de la chica que parecía tener respuestas para todo. Mientras la sostenía contra mi pecho no podía dejar de observarla, de trazar cada línea de su rostro con una diligencia que hasta a mí me asustaba. No entendía qué me estaba sucediendo con ella ni por qué, de repente, la sensación de su cuerpo sobre el mío resultaba tan reconfortante.

Todo aquello era nuevo para mí. Nuevo y desconcertante.

Recordaba a una chiquilla con una sonrisa increíble, incapaz de mantenerse callada más de dos segundos seguidos. La recordaba apretándome la mano, rozando mis labios con los suyos, haciéndome reír. Lucía había sido y seguía siendo el único punto luminoso de mi vida, un faro que me atraía sin remedio y que, al mismo tiempo, me sugería dar media vuelta y echar a correr.

El día del entierro de mi padre pensé que todo cambiaría para mí. Recuerdo llorar frente a su tumba, solo que las lágrimas que abandonaban mis ojos eran de alivio y no de pena. Debería haberme sentido mal por ello pero no fue así.

Al terminar, mi madre me había cogido la mano y la había estrechado entre las suyas.

—Ya ha pasado —susurró, y yo la creí.

Tan solo unos días después me había sentado en el porche a observar la calle, solo por el placer de hacerlo, y Lucía había aparecido frente a mi casa y me había brindado una sonrisa que no olvidaría jamás.

Y ahora estaba de nuevo allí, brillando de la manera en que solo alguien como ella podía hacerlo. Cegándome a pesar de que, cuando se marchara, yo sabía que la oscuridad resultaría aún más dolorosa y aterradora. Pero me era imposible no sucumbir a su presencia, no desearla, no anhelar perderme en ella y en su inocencia porque eso era algo de lo que yo nunca había disfrutado. Sabía que la asustaba, que no lograba entenderme porque ni siquiera yo lo hacía, pero también era consciente de que ninguna otra chica había conseguido jamás hacerme sentir así.

La alcé muy despacio y, con cuidado, la recosté sobre el colchón. Fui directo a por mi guitarra. Desde la primera vez que la había visto meses atrás de pie en la entrada de la casa de sus padres, una melodía rondaba mi mente. Una canción... su canción.

25

Invité a Asher a pasar la Nochebuena con mi familia pero había declinado la oferta. Ni siquiera cuando insistí y le pregunté con quién la pasaría cedió. Me dijo que no me preocupara y disfrutara de las fiestas. Tras el día de mi llegada en el que me había despertado en su cama en mitad de la noche, Asher se había comportado conmigo con una rectitud preocupante. No sabía si tenía algo que ver con las dudas que había mostrado mientras nos duchábamos o bien seguía perdiéndome cosas.

—Vamos, suéltalo —me espetó Becca—. Que no parlorees como una cotorra ya es algo extraordinario. Incluso Jota se ha dado cuenta.

Estábamos en el pequeño piso que mi primo y ella compartían. Había venido a despedirme dado que esa misma tarde volarían de regreso a España para pasar las fiestas con su familia.

Sentada en el sillón, me incliné hacia delante para echar un vistazo al pasillo y asegurarme de que Jota continuaba en el único dormitorio con el que contaban. Becca ya había terminado de preparar su equipaje y ambas nos habíamos acomodado a la espera de que mi primo también lo hiciera.

—No sé de qué me hablas —disimulé, y compuse mi expresión más inocente.

Mis amigos no tenían ni idea de lo que se fraguaba en mi cabeza ni conocían mi historia con Asher. Mi reserva no se debía a una falta de confianza, o tal vez sí, pero no en ellos sino en mí misma.

—Desde que has llegado estás... —titubeó, y supe que no sabía qué pensar al respecto.

Suspiré y sus cejas se arquearon, interrogantes.

—Hecha un lío —terminé por ella—. ¿Te contó Ari lo de mi vecino? ¿El chico que vivía junto a la casa de mis padres?

Becca negó.

A grandes rasgos, le hablé de la época en la que residía en Londres con mis padres y de Asher. No puse voz al presentimiento que tenía sobre él y su pasado. Cada vez estaba más segura de que no había tenido una infancia precisamente feliz.

—Así que os estáis viendo.

—Nos hemos enrollado —solté, a bocajarro, incapaz de guardarlo en secreto por más tiempo—. Solo un par de veces, nada serio.

Becca se recostó contra el respaldo y sonrió, agitando la cabeza.

—¿Un par de veces? ¿Y me lo dices ahora?

Me encogí de hombros, restándole importancia, pero mi amiga me conocía lo suficientemente bien para saber que había algo más que no le estaba contando.

—Nada serio —repetí, y no me lo creí ni yo.

Se giró en el asiento y se me quedó mirando.

—Es... complicado —me excusé, y Becca ladeó la cabeza. Si había alguien que sabía de complicaciones esa era ella—. ¿Recuerdas cuándo empezaste con Jota? Él no quería... implicarse.

—¿Otro con alergia al compromiso? —inquirió, probablemente porque yo era un imán para ese tipo de chicos.

Negué, sin saber muy bien cómo explicarme. Era más la sensación de que Asher levantaba muros y los derribaba según el día, como si no quisiera mostrarle a nadie lo que escondía tras ellos. Ahora fue el turno de Becca para suspirar.

—Jota pensaba que me haría daño y que no podría amar a alguien sin salir herido —repuso, bajando la voz—. Tenía tanto miedo de hacerme sufrir como de sufrir él. Y a día de hoy aún sigue culpándose de lo que le pasó a Annie.

—Te volvía loca, ¿verdad?

Becca resopló pero su expresión, más que exasperada, era tierna y comprensiva.

—No te haces una idea. Aún lo hace —afirmó—, pero también sé que me quiere con idéntica locura.

Le sonreí. Estaba totalmente de acuerdo. La actitud de mi primo se transformaba por completo cuando se dirigía a Becca, incluso su sola presencia actuaba como una especie de bálsamo para él.

—¿Quién está loco? —Jota entró en el salón frotándose el pelo con una toalla.

Todo lo que llevaba puesto eran unos vaqueros desteñidos que habían visto días mucho mejores. Se acercó hasta que sus pies descalzos descansaron sobre la alfombra y se nos quedó mirando a la espera de una respuesta.

—Tú —replicó Becca, dedicándole una sonrisa—. Loco de atar.

Agradecí que no desvelara nada más de nuestra charla.

Mi primo le correspondió elevando una de las comisuras de sus labios y sus ojos permanecieron clavados en ella durante varios segundos. Era como si, en ese instante, no viera otra cosa que no fuera ella. Estiró la mano y le acarició la mejilla con el pulgar. Becca colocó los dedos sobre los suyos y me pareció que, aún en silencio, hablaban entre ellos. Por un momento sentí envidia de la complicidad que los unía. Nadie podía negar que estaban hechos el uno para el otro.

Tosí para hacerme notar.

Conociéndolos, se olvidarían de que estaba presente. Una cosa llevaría a la otra y no quería asistir a uno de sus apasionados encuentros. Ya me había llevado alguna sorpresa mientras vivíamos juntos que me había hecho desear arrancarme los ojos. Jota era increíblemente atractivo, pero no dejaba de ser mi primo y no necesitaba verlo en ninguna clase de situación comprometida.

—¿Irás directa a la boda o pasarás por Madrid? —me preguntó Becca, devolviéndome su atención.

Jota se dejó caer a su lado y la atrajo hacia él. De inmediato, se puso a jugar con uno de sus mechones. Reprimí una sonrisa al darme cuenta de que, a pesar del tiempo que llevaban juntos, le costaba mantenerse alejado de

ella. Era como estar con dos adolescentes en pleno estallido hormonal.

—Directa a Tenerife.

Me decía que quería aprovechar al máximo mis vacaciones en familia, pero era consciente de que también deseaba pasar todo el tiempo posible con Asher.

—¿Ya has acabado de preparar la maleta? —terció Becca, y Jota puso los ojos en blanco.

Mi primo era de los que prefería meter cuatro cosas en una mochila en el último momento, sin planificación alguna. Si bien, sabía que estaba deseoso de regresar a Madrid, no solo para ver a sus amigos y su familia, sino porque allí le esperaba su adorada moto. Si pudiera, se iría a Tenerife montado en ella, no importaba los kilómetros que tuviera que hacer para ello.

—Casi —farfulló, con la boca pequeña.

Becca le dio un empujoncito.

—Nos vamos en unas horas.

—Lo sé.

Jota esbozó una sonrisa torcida, como si pensase que Becca y él podían aprovechar esas horas para algo más interesante que preparar el equipaje. Ella se rió y volvió a empujarle, supuse que también había captado el mensaje.

—No tardaré —gruñó él, antes de perderse de nuevo en el interior del dormitorio.

Permanecí observando el pasillo mientras pensaba en los duros inicios que habían tenido, y no pude evitar comparar a Ash con mi primo, pero acto seguido me convencí de que no quería seguir por ese camino. Asher y yo no íbamos a convertirnos en pareja.

—¿Es un chico difícil? —La pregunta de Becca me pilló desprevenida—. Asher, quiero decir —añadió, al ver el desconcierto en mi rostro.

—Mucho —señalé, dejando escapar un suspiro—, pero me gustaría ayudarle.

La mirada de Becca adquirió un brillo comprensivo.

—Hazlo —me dijo, encogiéndose de hombros—. No serías tú si no tuvieras siempre ese afán por ayudar a la gente, pero intenta no salir herida, Lu. No me gusta que se aprovechen de ti.

No mencionó a nadie aunque las dos sabíamos a qué se refería. Recordar lo sucedido con Nico y Daniel me hizo sentirme insegura una vez más. Lucas había encontrado en Ari un poderoso motivo para cambiar de estilo de vida, Jota se transformaba por completo junto a Becca... Sin embargo, ¿quién era yo para poder arrastrar a Asher fuera de la oscuridad en la que parecía estar envuelto?

—No vamos a tener esa clase de relación —señalé, aunque era probable que ya fuera demasiado tarde.

Me dijera lo que me dijera a mí misma, Asher no era un simple amigo y tampoco el rollo de una noche. Asher era... Asher, el chico de los ojos tristes, y yo quería ser la que iluminara su mirada.

Becca subió los pies al sillón y apretó las rodillas contra su pecho, apoyando la barbilla sobre ellas.

—Te conozco, Lu. Vas a hacerlo de todas formas. No pasa nada, hay personas por las que merece la pena luchar solo... asegúrate de que Asher es una de ellas.

No quise darle demasiadas vueltas a las palabras de mi amiga. Un rato después, me despedí de ambos con un abrazo y les deseé unas felices fiestas. Iba a echarles de menos, pero nos veríamos unas semanas más tarde en la boda de Ari y Lucas.

Abandoné su piso pensando en dirigirme a casa y almorzar con mis padres pero, de algún modo, terminé poniendo rumbo al Ritmic, o mejor dicho, al apartamento ubicado encima de este. Mantenerme alejada de Ash comenzaba a resultar mucho más difícil de lo esperado.

26

Toqué al timbre y espere pacientemente a que Asher contestara. Días antes, había estado decidida a darle rienda suelta a mi curiosidad y hacerle todas las preguntas que me había guardado hasta ahora. Sin embargo, ya no estaba tan segura de que fuera tan buena idea meter las narices en el pasado de Ash, más aún teniendo en cuenta que él había evitado contarme nada al respecto.

Mientras reflexionaba sobre ello, la puerta se abrió y alguien tiró de mi brazo, arrastrándome al interior. Antes de poder siquiera darme cuenta de lo que estaba pasando, los labios de Asher se estrellaron contra los míos. De repente, sus manos estaban por todas partes, recorriendo mi piel de forma apresurada.

—Te he echado de menos, mi pequeña Lu —farfulló, y se hundió de nuevo en mi boca.

Ancló una mano en mi nuca y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Mi desconcierto no evitó que mi cuerpo respondiera a sus exigentes y desesperadas caricias. Asher sabía cómo despertar mi deseo, y lo hacía tan bien que resultaba preocupante.

Su mano ascendió por mi pierna, tan solo cubierta por las medias, y se coló bajo el vestido de punto que llevaba puesto. Esa mañana el clima parecía dispuesto a darnos una tregua y la temperatura era algo más alta que en días anteriores. En el momento exacto en que los dedos de Ash tropezaron con una de las tiras del ligero, su pecho vibró con un gruñido.

—Oh, por Dios, ¿es que quieres matarme? —gimió, apretándose más contra mí.

Acto seguido, tomó algo de distancia, pero no tardó en arrodillarse frente a mí. Para entonces, yo temblaba y sus ojos lucían enturbiados por el deseo. Poco a poco, fue levantando la tela del vestido, dejando expuesto el

borde superior de las medias, el ligero negro y las braguitas a juego. Cada parte que quedaba al descubierto recibía un beso de sus labios y, conforme ascendía, el temblor de mi cuerpo se hacía más y más acusado.

Un gemido brotó de mi garganta al sentir su pulgar deslizarse por el triángulo de tela entre mis piernas. El sonido hizo que alzara la barbilla para buscar mi mirada.

—¿Asaltas de esta forma a todas las chicas que llaman a tu puerta? — inquirí, apoyándome en la pared. Mis rodillas amenazaban con fallar en cualquier momento.

Una de sus comisuras se elevó y, sin apartar la vista de mi rostro, su pulgar se deslizó de nuevo sobre las braguitas. Me mordí el labio para no ponerme más en evidencia.

—Solo si tienen la sonrisa más jodidamente bonita que he visto nunca —respondió, incorporándose hasta quedar frente a mí—. Si son preciosas hasta el punto de que duele mirarlas. Listas... —prosiguió, y su boca rozó con delicadeza mis labios—. Divertidas... —Otro beso—. Charlatanas...

Percibí la curva de su sonrisa cuando volvió a besarme, aunque no tardó en desaparecer.

—Quiero tenerte, Lucía —confesó, y sus atenciones se trasladaron a la curva de mi cuello. Fue como si se escondiera de mí—. Lo quiero más de lo que he querido nada, pero me da miedo...

—¿Qué? —lo animé, cuando dejó la frase en suspenso. Rodeé su cara con las manos y lo obligué a mirarme—. ¿Qué te da miedo, Ash?

Pasaron unos segundos que se me antojaron agónicos y temí que no fuera a contestar. Cuando estaba segura de que no lo haría, sus ojos se transformaron y me encontré contemplando a mi chico de mirada triste.

—No sé cómo se quiere a alguien —murmuró, muy bajito, y a mí se me rompió el corazón al escuchar la vulnerabilidad que emanaba de su voz.

—Ash...

Negó con la cabeza al tiempo que intentaba apartarse de mí. No se lo

permití.

—No puedo darte lo que quieres.

—¿Y cómo sabes qué es lo que quiero? —tercié, preguntándome si yo misma lo sabía.

—Lo que quieren todas las chicas, supongo.

Tuve que reírme.

—Yo no soy cualquier chica, Asher, y tú no eres cualquier chico — repliqué, a pesar de que las cosas parecían ir demasiado rápido entre nosotros.

Ash estaba hablando de amor y a mí pensar en ello me aterraba. ¡Ni siquiera sabía quién era en realidad! No conocí su pasado o qué le había sucedido para convertirse en el hombre que era. Sin embargo, en el momento en que tuve ese pensamiento me di cuenta de algo en lo que no había reparado hasta entonces. No había dejado de comparar al hombre que tenía delante con el chico que me había besado por primera vez. Su más que evidente cambio había condicionado desde el primer día mi actitud hacia él. Si no hubiésemos tenido un pasado común, me hubiera dado cuenta bastante antes de que Asher era mucho más que el tipo descarado que no había dudado en tirarme los tejos apenas nos reencontramos. Era dulce cuando se lo proponía, y divertido, y la mayor parte del tiempo me miraba como si lo único que viera fuera a mí, no importaba cuánta gente hubiera a nuestro alrededor.

Mis anteriores experiencias con los chicos habían sido nefastas, pero yo no era de las que se rendían. No me gustaba prejuzgar a la gente ni poner barreras que me aislaran de los demás. Era demasiado consciente de que, si dejas al resto del mundo fuera, puede que no sufras, pero también te perderás un montón de cosas buenas.

—No te he pedido nada, Ash —señalé, mientras buceaba en sus ojos oscuros—. Solo quiero que me dejes conocerte.

—Tú me conoces mejor que nadie —me rebatió, depositando su mano

sobre la mía.

Pero yo negué.

—No tengo ni idea de quién eres ahora. No sé nada de ti.

Pareció encogerse tras mi afirmación, como si mantuviera una lucha consigo mismo. Durante algunos segundos, no dijo nada.

—No hay nada que contar.

Lo dijo, no como una evasiva sino con total convicción. Me sentí frustrada. Me daba la sensación de que no había manera de llegar hasta él, que nunca iba a dejarme que le conociera de verdad más allá de lo que ya me había mostrado. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no ponerme a gritar. No era quién para exigirle nada y no había otra cosa que pudiera hacer más que esperar a que cambiara. Tal vez, poco a poco, Ash me iría enseñando algo más de él.

No me di cuenta de que me había quedado con la mirada perdida, ensimismada en mis pensamientos, hasta que Asher pasó los dedos bajo mi barbilla y se inclinó sobre mis labios. Me dio un beso suave que duró apenas un suspiro y cerró brevemente los ojos.

—No he olvidado lo que llevas puesto bajo ese vestido.

Muy a mi pesar, se me escapó una pequeña sonrisa.

—Eres incorregible —le dije.

Con la mano sobre su pecho, traté de separarlo de mí pero no me lo permitió.

—E insaciable —apostilló, con esa voz ronca y sensual que siempre conseguía que me estremeciera.

Me quedé pensando en lo que había dicho sobre no saber querer a alguien. Esa frase continuaba repitiéndose en mi mente como un eco infinito. Me planteé si en realidad sabíamos lo que era amar hasta que encontrábamos a la persona indicada, esa que nos removía por dentro y que nos provocaba emociones desconocidas. Tal vez nadie sabía querer hasta que se enamoraba por primera vez.

Sin embargo, algo me decía que las palabras de Ash encerraban un significado mucho más extenso que el simple hecho de no haber estado nunca enamorado.

—¿Qué tal si vamos poco a poco? —propuse, aunque era difícil pensar en tomárnoslo con calma cuando había invadido mi espacio una vez más y su cuerpo se rozaba de una manera deliciosa contra el mío—. Podemos empezar siendo amigos.

Él rió, pero no había cinismo en sus carcajadas.

—¿De verdad crees que puedo ser tu amigo, mi pequeña Lu?

Asentí con vehemencia.

—Créeme, una buena amistad es lo mejor que puede pasarte. Tener a alguien con el que sabes que siempre podrás contar —afirmé, y los rostros de mis amigos desfilaron ante mis ojos—. Alguien que nunca va a juzgarte y que te querrá tal y como eres. Alguien leal —proseguí, sin poder evitar pensar en Jota—. Alguien que haría cualquier cosa por hacerte feliz.

—Pensaba que de eso iba el amor.

—La amistad es el mejor ejemplo de amor, Ash, solo que a veces nos olvidamos de ello.

Me observó con expresión tierna al tiempo que deslizaba los nudillos por mi mejilla. Sus dedos se desplazaron hasta mis labios, tanteándolos con lentitud, dibujando su contorno para luego depositar varios besos sobre ellos.

—Seamos amigos entonces —sentenció, en un susurro—, pero no me pidas que deje de besarte porque es tarde para eso...

No respondí. No creí que hiciera falta. Todo lo que hice fue apretarme contra él y devorar su boca a un ritmo cada vez más vertiginoso. Asher era como una droga para mí, y yo sabía que, llegado el momento, iba a tener serios problemas para desengancharme. Me encontraba en una especie de cruce de caminos. Por un lado, desconocía un montón de cosas de su vida y eso avivaba en mí la desconfianza; no porque creyera que tenía una novia oculta o algo por el estilo, sino porque me daba la sensación de que, en

cualquier momento, ese hecho se convertiría en un abismo insalvable entre nosotros. Sin embargo, quería aquello: descubrir al verdadero Asher, perderme en él y en lo que representaba para mí, disfrutar de sus besos, de la calidez que despertaba en mí cada vez que me tocaba, del deseo que me hacía sentir y del anhelo de borrar la tristeza que albergaba su mirada. Podía vivir el presente, como siempre había hecho, a riesgo de salir herida, o podía dar un paso atrás.

Ni que decir tiene que, de forma inevitable, yo ya había tomado una decisión al respecto.

27

Asher me llevó de la mano escaleras arriba sin decir una palabra. Percibí la expectación flotando en el ambiente y supe lo que iba a suceder antes incluso de que terminásemos tumbados sobre la cama, acostados de lado y con los ojos fijos en los del otro. Hasta entonces, habíamos estado jugueteando con esa química arrolladora que nos poseía cada vez que nos acercábamos demasiado, pero en ese instante parecía diferente.

Su mano se coló bajo mi vestido y fue ascendiendo por mi pierna con lentitud. El tacto de su piel contra la mía me provocó un estremecimiento. Ash no apartó la vista de mí en ningún momento, observó cada una de mis reacciones a sus caricias y, mientras jugueteaba con el elástico de mis braguitas, las comisuras de sus labios se curvaron, pícaras y a la vez impregnadas de una dulzura conmovedora.

—Eres lo más bonito que he visto jamás —susurró, rodeándome con sus brazos.

Rodó y se colocó entre mis piernas, y la sensación de su peso sobre mí resultó reconfortante y familiar. Nos besamos durante largo rato. Nuestras lenguas danzaron, entrelazándose, acariciándose sin descanso pero sin ningún tipo de urgencia, como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros y no hubiera nada que temer.

Me desnudó con tranquilidad. Se deshizo de mis botas y del vestido, y no dudó en recrearse observando con atención mi cuerpo solo cubierto por la ropa interior. Me sentí admirada, como si de una obra de arte se tratase; tanto fue así que mis mejillas se calentaron mientras sus ojos me recorrían. Nunca antes alguien me había contemplado con esa intensa fascinación.

Sus dedos dibujaron mis curvas y me recordó la manera en que Ash acariciaba su guitarra. Yo continuaba inmóvil, dejándole que descubriera cada rincón, que me hiciera suya. Mi pecho se elevó con brusquedad cuando

alcanzó el borde de mi sujetador y sus labios se posaron allí donde sus manos habían estado segundos antes. La prenda no tardó en desaparecer y su boca cubrió mis pezones, succionando, lamiendo, arrancándome suspiros de placer.

No hablamos más allá de las miradas que intercambiábamos de tanto en tanto. Me aferré a sus hombros mientras él repartía besos por mi abdomen y su lengua, sensuales caricias en torno a mi ombligo. Cuando ascendió de nuevo hasta colocar su rostro frente al mío, sus iris se habían oscurecido y su respiración no era más que una serie de jadeos encadenados. Apretó las caderas contra mi centro y yo gemí. Estaba ansiosa, más que eso, estaba desesperada a niveles que habría creído imposibles, y él ni tan siquiera se había quitado la ropa.

Apoyó las manos a los lados de mi cabeza y se irguió, dejando que su cuerpo oscilara sobre el mío una, dos y hasta tres veces. La necesidad de sentirle dentro de mí amenazó con volverme loca. Desde ese momento, me abandoné por completo a él.

Su ropa se fue amontonando en el suelo y sus manos se encargaron de dejarme vestida tan solo con el ligero y las medias. Cuando sus dedos se deslizaron al fin entre mis pliegues, era más que consciente de lo húmeda y preparada que estaba para él.

Asher gruñó, satisfecho, y se inclinó para robarme un beso mientras mantenía su mano entre nuestros cuerpos y me empujaba más y más hacia el abismo.

—He imaginado esto desde el momento en que puse los ojos por primera vez sobre ti —murmuró en mi oído—. He fantaseado con tu sabor, con enterrarme en ti y con cada gemido que escaparía de tu garganta cuando te hiciese mía.

No hubiera podido hablar aunque hubiera querido y tampoco él esperó una respuesta. Se separó lo suficiente de mí como para alcanzar a abrir el primer cajón de la mesilla y sacó un preservativo. Yo cerré los ojos y no los

abrí de nuevo hasta que noté cómo se introducía en mí de una sola embestida. Mi espalda se arqueó por sí sola y Ash aprovechó para pasar un brazo por debajo de mí. Me ayudó a incorporarme hasta que ambos quedamos sentados sobre el colchón, y entonces fui yo la que comenzó a moverse encima de él. No hubo más palabras. Todo lo que se oía en el apartamento eran nuestros gemidos y el sonido de nuestros cuerpos resbalando uno sobre el otro.

Asher no apartó la mirada de mí ni un solo segundo. Era como si no quisiera perderse nada pero, además, también me pareció que buscaba algo dentro de mí, aunque no supe el qué. Mantuvo ambas manos extendidas sobre mi espalda mientras que yo rodeaba su cuello con ambos brazos y hundía los dedos en el nacimiento de su pelo. Nos mecimos al unísono, con un balanceo constante muy similar a un baile, más perdidos que nunca, sumergidos por completo en el otro.

No sé bien cuánto tiempo después, nuestros movimientos se fueron acelerando, minuto a minuto, volviéndose cada vez más frenéticos. Jadeábamos, rozando el éxtasis más sublime con la yema de los dedos, y ni aun así apartamos la vista.

Creo que nunca había hecho el amor de esa manera, teniendo tanta conciencia de la presencia del otro, de su expresión, de su deseo. Fue extraño y maravilloso y, cuando el clímax nos alcanzó a ambos, Ash se adueñó de mi boca y no dejó de besarme hasta que los últimos estremecimientos nos abandonaron. En ese instante, acunó mi cara con sus manos y esbozó una increíble sonrisa cargada de picardía pero también de cierta timidez.

—No sé qué decir —confesó, tras unos segundos de indecisión.

Yo tampoco tenía ni idea de qué se decía después de compartir algo tan íntimo y hermoso como lo que acabábamos de compartir. No era que no hubiera pensado en Asher y en mí en aquellas circunstancias —mi imaginación había sido muy productiva en ese aspecto—, solo que en absoluto había contemplado la posibilidad de que pasara de esa manera, de sentir tanto y tan intensamente. Habíamos encajado a la perfección; dos

piezas hechas para convertirse en una.

—No tienes que decir nada, Ash. —Rozó sus labios con los míos y percibí con claridad la sonrisa que se dibujó en ellos—. Tal vez solo que te ha gustado —bromeé, abrumada por la atmósfera solemne que nos envolvía.

Rió abiertamente y yo le secundé.

—Créeme, gustar no lo define ni por asomo. Ha sido... más que eso, mucho más.

Estuve de acuerdo. Pasara lo que pasara entre Asher y yo, no creía que fuera capaz de olvidar nunca este momento.

—Lo siento pero... tengo algo que hacer.

No logré ocultar el estupor que me produjo verlo salir de la ducha y comenzar a vestirse de inmediato. Apreté la sábana contra mi pecho y me senté en la cama. ¡Todavía seguía desnuda y él ya estaba buscando el modo de salir corriendo!

—¿Qué? —Fue cuanto atiné a decir.

Sus dedos abrocharon con destreza el botón de sus vaqueros antes de que levantara la cabeza para mirarme.

—No sabía que vendrías y no puedo faltar.

Y hasta ahí su explicación. Abrió el armario oculto en la pared y se perdió dentro.

Suspiré y me froté el puente de la nariz, sopesando las que serían mis siguientes palabras. No quería explotar sin más. Llevaba razón, había aparecido sin avisar y sin tener en cuenta que tuviera otros compromisos pero, después de lo que habíamos compartido, esperaba... otra cosa.

—Está bien, me vestiré y me iré a mi casa —dije, al fin, cuando asomé con una camiseta entre las manos.

Me dejé caer hacia atrás y clavé los ojos en el techo.

—O... podrías venir conmigo —repuso él, y, aún sin verle, supe que estaba sonriendo. Bajé la mirada hasta encontrarme con sus ojos—. Es... aburrido y no creo que tú... —balbuceó, a continuación, despertando mi

curiosidad—. Pero no me apetece separarme de ti ahora mismo.

La última frase la pronunció bajando la voz hasta convertirla en un susurro apagado. Estaba segura de que mi corazón se había saltado algún latido.

Me mordí el labio inferior, sintiéndome culpable.

—Me encantaría ir contigo —afirmé, aunque no tenía ni idea de a dónde.

Que quisiera que lo acompañara ya era una victoria para mí. Tal vez solo se trataba de realizar la compra semanal o algún otro recado sin mayor importancia, pero en ese momento me daba igual. Yo tampoco quería separarme de él.

28

Asher detuvo la moto frente a una hilera de casas de dos plantas pintadas de vivos colores. Reconocí la zona, aquello era Portobello Road. En realidad, no había estado nunca allí pero había visto unas mil o dos mil veces *Notting Hill*. En esa calle estaba la librería de la película y, no muy lejos, se encontraba la casa con la famosa puerta azul. Ash me sonrió al darse cuenta de que observaba los alrededores con detenimiento, probablemente consciente de lo que podía estar pensando.

—Entremos —sugirió, tomándome de la mano—. Llego tarde.

Golpeó la puerta de una de las viviendas y esperamos. No tenía mucha idea de qué era lo que hacíamos allí y Asher no había hecho ni un solo comentario al respecto durante el trayecto. Nos recibió un señor entrado en años al que reconocí de inmediato. Era el mismo al que había abordado en el Ritmic después de verle hablando con Tony.

Si le extrañó verme junto a Ash, no lo demostró. Nos saludó con una leve inclinación de cabeza y esbozó una sonrisa entrañable.

—Llegas tarde —Aun siendo un reproche, el hombre no evidenció disgusto alguno—, aunque supongo que tienes un buen motivo —añadió, volviéndose su mirada hacia mí.

—Charly, esta es Lucía.

Murmuré un «encantada» a riesgo de que él admitiera a continuación que ya nos conocíamos, pero no fue así.

—Un placer, Lucía.

Se hizo a un lado y Ash accedió al interior llevándome consigo. Traspasamos un par de puertas correderas que conducían al salón. Asher soltó mi mano y me quedé en el umbral. Había cuatro chicos cuyas edades rondarían los quince años, alguno puede incluso que fuera menor. Todos sostenían una guitarra y parecieron alegrarse en cuanto se percataron de la

presencia de Asher. Hubo protestas por su demora, algún que otro choque de puños, además de risas y comentarios jocosos.

—¿Quién es esa rubia? —preguntó uno de ellos, en apariencia el más joven de todos. No debía tener más de trece años.

Asher se había desprendido de la chaqueta y estaba en una de las esquinas del salón, justo a su lado.

—Eso no es asunto tuyo, Rob.

—Está muy buena.

Ash le dio una palmada en el hombro y le dedicó una mirada de advertencia. Yo, sin embargo, no pude evitar sonreír.

—No te pases.

—¿Es tu novia? —insistió el muchacho. Ash me lanzó una fugaz mirada antes de negar con la cabeza—. Vale, entonces puedo trabajármela...

Ahugué una carcajada.

Los ojos de Asher se clavaron con él.

—Ni lo sueñes. Te va grande, colega —le dijo, mientras abría la funda de otra guitarra y se la colgaba sobre el pecho—. Me va grande incluso a mí —agregó, guiñándome un ojo.

Noté una presencia a mi espalda. Eché un vistazo sobre mi hombro y me encontré con el anfitrión. Contemplaba la escena con una mezcla de diversión y orgullo, como el padre que observa a sus hijos bromear entre sí.

—Ya, lo que pasa es que te la estás trabajando tú.

—¡Rob! —lo amonestó Ash, pero el resto de los chicos estallaron en carcajadas—. Vamos, dejáros de distracciones y coged las guitarras.

Sentí un mano sobre mi brazo, reclamando mi atención.

—¿Un té? —propuso Charly.

Busqué a Asher con la mirada, que me sonrió e hizo un gesto de asentimiento, como si supiera lo que le estaba preguntando. Me giré hacia el hombre.

—Sí, muchas gracias.

Dejamos al pintoresco grupo en el salón y avanzamos por un pasillo hasta llegar a la cocina. Aún estaba asimilando de qué iba todo aquello. Recordé la mención de Tony sobre unas clases a las que asistía Asher, pero no había imaginado que él fuera el profesor. Al menos, esa era la sensación que había tenido hace un momento.

—No se lo tengas en cuenta a Robert —señaló el hombre, una vez en la cocina. Los muebles parecían ser más viejos que yo pero todo estaba limpio y cuidado. En realidad, la estancia emanaba esa reconfortante familiaridad que solo se puede encontrar en las cocinas que han visto años de desayunos y comidas—. Es demasiado impulsivo y no piensa mucho antes de hablar.

—No pasa nada. Yo tampoco lo hago a veces.

Charly hizo de nuevo ese movimiento de cabeza apenas imperceptible. Me invitó a tomar asiento y, durante varios minutos, se dedicó a trastear de un lado a otro, concentrado en la tarea de preparar el té.

—Estabas en el Ritmic.

Asentí. No había tenido claro si, al presentarnos Asher, había omitido ese detalle porque no me recordaba o por otro motivo, solo sabía que ninguno de los dos había dicho nada al respecto.

—Y parecías querer preguntarme algo aquel día. —Sus cejas se elevaron. Era obvio que mi presencia allí despertaba su curiosidad y así me lo hizo saber—. Asher no suele venir acompañado. Creo que es la primera vez que trae a alguien al grupo sin que este sea un jovencito necesitado de ayuda.

Preferí pasar por el alto la razón de mi presencia allí, más que nada porque no tenía ni idea.

—¿Les enseña a tocar?

—Entre otras cosas —respondió el hombre, sin tener en cuenta mi evasiva—. También les ayuda a no meterse en líos. La música es una excelente cura para el alma. La música es vida —señaló, y el brillo de sus ojos enfatizó sus palabras.

—No esperaba esto de Asher, no... —Me quedé con sin palabras.

Charly pareció no darse cuenta.

—Es un buen chico —señaló, tal y como me había dicho ya en el Ritmic—. Les da clase varias veces por semana, aunque a veces no tocan una sola nota y se pasan el tiempo hablando. Sus vidas son complicadas, más de lo que deberían serlo teniendo en cuenta que solo son niños. Así procura que no se sientan solos, que tengan a alguien a quién recurrir.

—¿Y usted? —inquirí, mientras se inclinaba sobre la mesa y colocaba ante mí una taza de té humeante—. ¿Cuál es su función en todo esto?

Charly se encogió de hombros.

—Solo les brindo un lugar donde reunirse y procuro que no se desmanden.

Le di un sorbo a la bebida, aunque sabía que estaría demasiado caliente, concediéndome un poco de tiempo para pensar. Asher no solo daba clases de guitarra a adolescentes sino que ejercía de hermano mayor con ellos. No le pegaba en absoluto y a la vez me parecía que cuadraba a la perfección con su forma de ser.

Las voces de los chicos se filtraban a través del pasillo, entremezcladas con el rasgueo de varias guitarras. También escuché risas y no pude evitar sonreír yo también.

—Es realmente fantástico.

—Lo es.

El hombre ladeó la cabeza y me observó con atención, como si fuese mi turno para realizar algún tipo de confesión. Tras un instante de incomodidad, colocó su taza también en la mesa y tomó asiento frente a mí.

—¿Y bien? ¿Querías preguntarme algo?

Me removí en la silla, inquieta.

—Parece que conoce a Ash bien... —aventuré, titubeante.

El hombre suspiró, se llevó la taza a los labios y bebió de ella. En ese breve lapso de tiempo me arrepentí de inmediato de haber hablado.

—Sus padres... —Hizo una pausa—. Su padre...

—¡No! —lo interrumpí, alzando sin querer la voz—. No, por favor, no quiero saberlo. —Charly enarcó las cejas, confuso—. En realidad, sí que quiero pero no así.

Extendí las manos sobre la mesa de madera y tardé unos segundos en encontrar las palabras para explicarme.

—Asher y yo éramos vecinos años atrás, cuando él vivía con sus padres en el distrito de Kensington —comenté, con su atención puesta en mí—. No sé si llegamos a conocernos de verdad entonces, aunque compartimos algo breve pero intenso. La cuestión es que nos volvimos a encontrar hace unos meses y él... No es que sea muy comunicativo. —Asintió y yo continué—. Sé que hay algo en su pasado que no me ha contado, pero no quiero enterarme de esta forma. Prefiero que, si llega el momento en el que confíe en mí, lo haga él mismo. Esto sería como invadir su privacidad, cotillear a sus espaldas. No me gusta.

Cerré la boca, consciente de que tal vez no me hubiera explicado demasiado bien o aquel hombre no consiguiera hacerse una idea de lo mucho que me importaba Ash en realidad, pero Charly esbozó una sonrisa comprensiva.

—Parece que, finalmente, Asher no tiene tan mal gusto para las chicas como pensaba —bromeó, eliminando parte de la tensión.

—Creía que Ash no solía traer a chicas aquí.

—No lo hace, pero suelo ir a ver a la banda tocar al Ritmic de vez en cuando. Y Ash... Él...

Agité la mano frente a él. No quería saber cómo continuaba esa frase.

Charly agachó la cabeza y bebió otro sobro de su té. Yo apuré el mío.

—Entiendo por qué te ha traído a ti.

—Debe ser el único —me reí, aunque su comentario alentó la idea de que Ash había cedido un poco de terreno ante mí.

Mientras la música continuaba llegando desde el salón, me ofreció pastas y proseguimos charlando de otros temas muchos más banales. Me

preguntó por mi acento y eso me animó a hablarle de España y de mi vida allí. Era un hombre educado y aparentemente bastante culto, por lo que no me sorprendí cuando me enteré de que era profesor en el conservatorio de música.

—Asher fue un buen alumno —expuso, con la misma expresión de orgullo que había mostrado en el salón.

—¿Estudió en el conservatorio? —inquirí, sorprendida. No sabía por qué me costaba imaginarme a Ash en una clase.

—No, yo le di clases aquí, en esta casa. Sus... condiciones familiares no permitieron otra cosa.

Permanecimos en silencio, evitando ese tema. No había otra cosa que me despertara más curiosidad que el pasado de Ash pero, tal y como le había dicho, quería que fuera él el que me lo contara. No quería saberlo de labios de otra persona. Aún recuerdo a Becca sentada frente a mí en el salón de nuestro piso en Madrid, con los ojos anegados en lágrimas esperando una respuesta a las preguntas que Jota había dejado sin contestar. Me había visto en la obligación de hablarle de Annie, si bien, ese secreto era también en parte mío. Annie era mi prima y sufrí con su pérdida. Aun así, me había costado traicionar la confianza de Jota y que tuviera que saber por mí el porqué del comportamiento de este.

No quería eso para Asher. No quería que me mirara y descubriera que conocía cosas de su vida de las que él no había accedido a hacerme partícipe.

Tendría que ser Ash quién decidiera sincerarse conmigo o mantenerme al margen.

29

Asher apareció en la cocina poco después acompañado de Tony. Su amigo lanzó un silbido en cuanto se percató de que Charly no estaba solo.

—Me alegra verte de nuevo —comentó, dirigiéndose a mí, y me di cuenta de que se estaba esforzando para no echarse a reír.

Miró a Asher y luego se centró de nuevo a mí, y luego una vez más a Asher.

—¿Tengo que preocuparme? —añadió, con fingida seriedad, pero esta vez no me hablaba a mí sino a Charly.

—No lo creo —replico este, siguiéndole la corriente—. Esta señorita es más lista que vosotros dos juntos y muchísimo más agradable. Casi preferiría que viniera ella a verme todas las semanas.

Le regalé una sonrisa de agradecimiento mientras que Tony se hacía el ofendido. Ash, por su parte, estaba apoyado en el umbral de la puerta de brazos cruzados y con una expresión divertida y relajada. Me maravilló verle tan sereno. Estaba claro que el rato que pasaba con esos chicos le hacía tanto bien a él como a ellos.

—¿Qué tal ha ido, Asher? —inquirió Charly.

—Bien, bastante bien. Hoy estaban tranquilos —replicó él, irguiéndose—, y creo que Lucía les ha causado una gran impresión, sobre todo a Rob.

Tony se interpuso entre ellos.

—Es difícil no resultar impresionado —se burló, pícaro, pasándome un brazo por los hombros.

Me guió por el pasillo de vuelta a la entrada y yo le dejé hacer. Asher y Charly nos siguieron. El salón estaba ahora vacío, aunque las guitarras seguían allí. Supuse que eran del anfitrión.

—De verdad que me alegro de volver a verte —me susurró, tan bajito que dudé de que alguien más lo oyera.

Nos despedimos de Charly y Tony propuso ir a comer algo. Asher me consultó con la mirada antes de aceptar, y me encantó que me tuviera en cuenta en todo momento. Mi mente seguía procesando lo que había descubierto sobre él, sabedora de que el hecho de que empleara su tiempo para ayudar a chicos con problemas decía mucho sobre la clase de persona en la que se había convertido.

Decidimos ir en busca de algún lugar cercano para no tener que mover la moto y la furgoneta. La belleza de aquel barrio y lo benévolo del clima invitaban a pasear, por lo que no lo pensamos dos veces. Cerca de Portobello Road encontramos un pequeño restaurante italiano y la promesa de una buena pizza consiguió ponernos de acuerdo a los tres. Apenas contaba con seis o siete mesas y estaban todas vacías.

Tony se disculpó para ir al servicio y no dudé en aprovechar que Asher y yo nos habíamos quedado a solas. Solo que debimos pensar lo mismo porque ambos empezamos a hablar a la vez.

Nos sonreímos y yo me apresuré a darle la palabra. Creí detectar cierto nerviosismo, lo cual me pareció adorable.

—Espero que no te hayas aburrido demasiado —me dijo, inclinándose sobre mí.

Su aliento revoloteó sobre mi oído y se me erizó la piel. El tono bajo y contenido, ese aroma exquisito tan suyo, la preocupación que demostraba...

Negué.

—Ha sido estupendo.

En realidad, no había hecho otra cosa que hablar con Charly y tomar té, pero quería pensar que Ash estaba por fin mostrándome más de sí mismo, compartiendo algo que era realmente importante para él.

Se acercó un poco más y sus labios acariciaron el lóbulo de mi oreja. Sentí pequeñas descargas en sitios muy poco adecuados dado que estábamos en público. Tras unos segundos, se apartó y clavó los ojos en la mesa.

—Charly... ¿de qué habéis hablado?

Quiso que la pregunta sonara natural pero su voz se quebró y pude percibir lo mucho que le inquietaba lo que pudiera haberme dicho.

—De nada en especial —lo tranquilicé. Rodeé su mano, sobre el mantel, con mis dedos y le di un pequeño apretón. Él levantó la vista hasta mis ojos—. Ash, no sé qué es lo que tanto miedo tienes de contarme pero, si en algún momento necesitas hablar, estaré aquí para escucharte.

Su expresión se endureció.

—No tengo miedo —replicó—. Pero no me digas que vas a estar aquí para siempre —señaló, con amargura.

Abrí la boca para replicar pero Tony apareció junto a la mesa y se derrumbó sobre la silla que quedaba al lado de Ash. Su mirada fue del uno al otro. Nuestras caras debían revelar que nos había pillado en un mal momento. Hizo una mueca.

—¿Interrumpo algo? —Ante el tenso silencio que se extendió por la mesa hizo amago de levantarse—. Será mejor que os deje solos.

Pero la mano de Ash se cerró con rapidez sobre su muñeca y lo mantuvo en su sitio.

—No. Vamos a comer, me muero de hambre.

El tono apático de su voz dejó claro que estaba mintiendo. El camarero se acercó con la carta y tomó nota de las bebidas, librándonos por el momento de la incómoda situación.

Tony se esforzó mucho —muchísimo— para contrarrestar el ambiente sombrío con el que se había iniciado el almuerzo. Bromeó, contó chistes y varias anécdotas. Parecía desesperado por restablecer el buen rollo y, por suerte, poco a poco lo fue consiguiendo.

—Imagínatelo, ¡estaba desnuda! —se rió, gesticulando de forma exagerada con las manos—. ¡Desnuda y sentada en la banqueta de mi batería!

Ash y yo reímos aunque, por su actitud, estaba segura de que ya conocía la historia que nos estaba contando su amigo. No quería ni imaginar la cantidad de situaciones por el estilo en la que se habían encontrado. Ya había

siguiera testigo de algunas de las propuestas de sus seguidoras.

A pesar de que tanto Ash como yo lucíamos mucho más relajados, evitábamos mirarnos directamente. La acusación que me había lanzado no estaba desprovista de cierta parte de verdad, aunque no hubiera nada que yo pudiera hacer al respecto, y entendía que aún albergara algo de resentimiento por lo sucedido años atrás.

Asher comprobó la pantalla de su móvil, con una media sonrisa todavía en los labios, mientras Tony continuaba relatando su accidentado escarceo hasta que llegó a los detalles más explícitos y tuve que taparle la boca. Había cosas que no tenía ningún interés por conocer.

—Deberíamos regresar —apuntó Ash, y le hizo un gesto al camarero para que trajera la cuenta—. Jake quiere que toquemos esta noche.

—Jake es un jodido tirano —se quejó Tony, pero no me pareció que le disgustara la idea de un nuevo concierto.

Creo que, al menos a ellos dos, les encantaba subirse al escenario.

—¿Te pasarás a vernos, rubita? —preguntó Tony.

Había empezado a llamarme así durante la comida a pesar de mis protestas. Sin embargo, sus bromas y su humor chispeante al final habían podido conmigo y a estas alturas ya lo empleaba como un alias oficial.

—Si vienes y te portas bien hasta te dedicaremos una canción —insistió, poniendo morritos y haciéndose el interesante—. Creo que Ash ha estado trabajando en algo.

El aludido fulminó a su amigo con la mirada pero Tony ni se inmutó, continuó sonriendo mientras esperaba que Asher le ayudara a convencerme.

—Siempre estoy trabajando en algo —replicó, por contra.

Tony puso los ojos en blanco ante su escaso entusiasmo.

—Vamos, demos una vuelta. Tenemos tiempo antes de volver —propuso, colgándose de mi brazo.

Le permitimos salirse con la suya.

Mientras caminábamos, no prestaba demasiada atención a lo que me

rodeaba a pesar de que Tony ejercía de guía y señalaba aquí y allá. Ash se mostraba taciturno y yo aún trataba de encontrarle un sentido a lo que sucedía entre nosotros. No me di cuenta de donde estábamos hasta que Tony me soltó y salió corriendo. Habíamos dado un rodeo hasta enfilarse de nuevo Portobello Road. Asher se colocó a mi lado y ambos observamos a su amigo plantarse delante de la fachada de una librería, la misma que aparecía en *Notting Hill*.

Alzó los brazos al aire y casi esperé que empezara a recitar a Shakespeare.

—No olvides —gritó, con excesivo dramatismo— que solo soy una chica delante de un chico pidiendo que la quieran.

Acto seguido juntó las palmas de las manos y cayó de rodillas. Ash y yo nos miramos y estallamos en carcajadas. Reconocí la célebre frase de la película y supuse que Asher también lo había hecho.

Varias personas se detuvieron, riendo también, y otras lo observaron con evidente desagrado. A mí, sencillamente, me encantó. Es más, me pareció que, que Tony hubiera elegido aquella cita en concreto, fue su manera de decirnos que las cosas pueden ser mucho más sencillas de lo que creemos.

ASHER

Percibía el pecho de Lucía reposando contra mi espalda, sus manos cruzadas sobre mi abdomen, sus piernas comprimiendo las mías y el motor vibrando bajo nosotros al tiempo que nos desplazábamos por Londres. Había soltado una gilipollez, otra más. En el fondo sabía que no tenía la culpa de lo sucedido años atrás y, sin embargo, continuaba enfadado; enfadado con ella y conmigo mismo.

Justo en el instante en el que le había dicho que no iba a estar para siempre supe que quería que estuviera, y ese sentimiento me aterraba. Nunca, hasta ahora, había creído necesitar a nadie, querer que alguien permaneciera, y pensar en que terminaría haciéndolo hacía que lo que me rodeaba me resultara violento y sin sentido, casi como cuando mis padres aún vivían.

Lucía había regresado a mi vida tan solo unos meses antes. Todo esto parecía extraño a la vez que perfecto. Extraño, porque su llegada había reabierto un montón de viejas heridas a la vez que parecía sanarlas tan solo con su presencia y esa preciosa sonrisa que no podía dejar de admirar. Y eso era lo perfecto, la simplicidad de sus labios pronunciando mi nombre y provocando reacciones en mi interior que era incapaz de controlar.

Estaba hecho un jodido lío.

Luego estaba la manera en que se había entregado a mí, cómo habíamos hecho el amor en mi casa, mirándonos a los ojos en todo momento, sin escondernos ni querer esconderle nada al otro. Solo que había un montón de cosas que mi pequeña Lu desconocía, recuerdos que había intentado enterrar aunque sin conseguirlo del todo.

En el pasado, ella había hecho que no importasen. Durante algo más de dos semanas había conseguido hacerme creer que todo había merecido la

pena. La muerte de mi padre parecía un nuevo inicio para mi madre y para mí, pero no lo fue.

31

Asher se quitó el casco al mismo tiempo que yo y se me quedó mirando con expresión de arrepentimiento. Di un paso al frente y él bajó la vista.

—Ash...

—Lo siento mucho —me interrumpió, y no pude evitar que se me escapase un suspiro—. No te culpo por lo que pasó. Soy un imbécil.

—Sí, sí que lo eres —repliqué. Me puse de puntillas y le besé con suavidad—. Mira, Ash, tienes parte de razón. No puedo prometerte que voy a estar aquí siempre, al menos físicamente —aclaré—, pero estaré a una llamada o un mensaje de distancia si me necesitas. Solo quiero que lo sepas.

Asintió, aunque no parecía demasiado convencido.

—Bueno, tenemos unos cuantos días hasta que se acaben las fiestas, ¿no?

El comentario, muy a su pesar, le salió repleto de amargura.

Tomó mi mano y la colocó sobre el lado izquierdo de su pecho.

—¿Sabes? El árbol de la vida simboliza cosas muy diversas según las distintas mitologías —comenzó a explicarme con la mirada fija en nuestras manos unidas—. El ciclo de la vida, la vida y la muerte, el bien y el mal, la pertenencia a la naturaleza... Tiene casi tantos significados como culturas existen. ¿Sabes qué representa para mí? —Negué, sin siquiera abrir la boca, quería que continuara hablando—. La maraña de raíces es mi pasado, densa y enredada, asfixiante; las ramas son el futuro.

Esperé pero no dijo nada más. Recordaba a la perfección el tatuaje, se me había grabado a fuego en la retina el día que lo sorprendí desnudo en el cuarto de empleados del Ritmic. Su árbol carecía de hojas y las ramas eran escasas y delgadas; esa era la visión que tenía de su futuro.

—Me lo hice tras la muerte de mi madre. —Exhaló un suspiro y esbozó una sonrisa forzada—. Ese era yo entonces y, si te digo la verdad, nada ha

cambiado demasiado.

Pareció querer añadir algo pero todo lo que hizo fue enredar sus dedos con los míos y tirar de mí para arrastrarme fuera del callejón. La concepción que tenía de lo que le esperaba era desoladora y me pregunté el por qué se negaba a tener siquiera esperanza.

Lo curioso fue que después de aquella inquietante confesión, Asher se mostró alegre y despreocupado. Tony se había reunido con nosotros frente a la entrada del Ritmic y habíamos subido al piso de Asher para hacer tiempo hasta la hora del concierto. Poco después también habían aparecido Pat y Hannah. Sus amigos habían ocupado el sillón y Ash se había sentado en el suelo con la guitarra en el regazo y, mientras que ellos comentaban lo que les apetecía tocar esa noche, él rasgó sin descanso la cuerdas sin prestarles demasiada atención. Solo de vez en cuando alzaba la cabeza para buscar mi mirada y sonreía, aunque el gesto no ocultaba la tristeza de sus ojos.

Permanecí observando a unos y a otros largo rato, tirada boca abajo sobre la cama y con la barbilla apoyada en las manos. En un principio, Pat y Hannah no me habían caído demasiado bien, Tony era totalmente diferente en ese aspecto, pero viéndolos juntos, charlando apasionadamente sobre lo que más les gustaba, admito que mi opinión sobre ellos mejoró un poco.

—¿Te quedarás a vernos? —inquirió Ash, llamando mi atención.

Los demás aún discutían si era mejor empezar tocando una canción de Bon Jovi, como solían hacer, u optaban por otro grupo. Tony mantenía que abrir el concierto con algo que no fuera *These Days* no era una opción.

—¿Es eso en lo que estás trabajando? —pregunté yo, a su vez.

Era una melodía suave y muy íntima, algo muy diferente a lo que yo le había visto tocar, y que no era capaz de adjudicar a ningún cantante que conociera; mi intuición me decía que era una de sus composiciones.

—Te quedas y te la canto. ¿Qué me dices?

—Con letra... ¿tiene letra?

Ash rió y las miradas de sus amigos se volvieron hacia nosotros. Él no

pareció darse cuenta. Su humor mejoraba por momentos y no estaba muy segura de si era algo bueno. Me alegraba de que así fuera, pero en el callejón se había mostrado tan triste...

—Solo una par de estrofas por ahora.

—Está bien, me quedo.

Agitó la cabeza. Sus dedos continuaban moviéndose sobre las cuerdas, regresando una y otra vez a una parte de la melodía especialmente dulce y evocadora.

—Esa es mi chica.

Enarqué la cejas ante el comentario, aunque era consciente de que tan solo se trataba de una frase hecha. Él se limitó a estirar la mano y pasar la yema de los dedos por la línea de mi mandíbula; su sonrisa me pareció perversa.

Tony tosió de una forma poco natural y Ash retiró su atención de mí para prestársela a él. Lo siguiente que supe era que su amigo se estaba partiendo de risa mientras él le mostraba el dedo corazón.

Pasamos la tarde hablando, pedimos por teléfono comida para cenar a un restaurante japonés cercano y nos la comimos repartidos por el salón mientras la charla continuaba. La escena me hizo añorar a mis propios amigos, representaba a la perfección un día de tantos con todos reunidos en casa Lucas, el piso de Ari o en el mío propio.

Un tema llevó a otro y, en un momento determinado, me encontré preguntándoles cómo se habían conocido. Hannah, que se estaba mostrando mucho menos hostil que otras veces, mencionó a Charly. Al parecer, Pat y ella habían crecido juntos pero Charly, como mentor musical de Asher, le había presentado al resto. Por lo que entendí, los cuatros formaron el primer grupo de ayuda que se reunió en su casa. Aquello me hizo pensar en que ninguno había tenido una infancia fácil; Charly había dejado claro que los chicos que allí se reunían habían vivido situaciones complicadas en sus hogares. No pude evitar mirarlos con otros ojos.

Habíamos comido tarde y cenado antes de las siete pero, a pesar de que nos amodorrarnos un poco al terminar, Tony se encargó de que la banda se pusiera en marcha. Estaba claro que adoraba subirse al escenario. Su entusiasmo terminó por contagiarnos a todos y, tras recoger y poner un poco orden en el desastre que habíamos organizado en la *loft*, bajamos en tropel por las escaleras sin siquiera ponernos los abrigos.

Ocupamos el reservado de siempre. Ash se había cambiado de ropa y lucía una camiseta negra sin mangas que dejaba a la vista sus bíceps y sus hombros, y unos pantalones también negros. Su armario no era lo que se decía muy variado en cuanto a colores pero le hubiera dado igual vestirse de naranja o rosa chillón, hubiera seguido comiéndomelo con los ojos.

Me perdí en la visión de su trasero enfundado en la tela vaquera cuando se puso en pie para dirigirse al escenario, solo que se dio la vuelta más rápido de lo esperado y me pilló observándole. Sus labios se torcieron en una sonrisa pícaro. Caí en la cuenta de que en los últimos días su forma de sonreír resultaba menos ensayada.

Le devolví el gesto, exagerando la mueca hasta que él soltó una carcajada.

—No te vayas a ningún lado —me dijo, y me sentí cómo si con esa sencilla frase me estuviera pidiendo algo más que esperar a que terminara la actuación.

—Estaré por aquí —repliqué, abarcando con la mano la mesa y el resto de asientos, ahora ya vacíos.

De improviso, se cernió sobre mí y atacó mis labios con voracidad, recorriendo cada rincón de mi boca con la lengua y consiguiendo incluso que me mareara ante la intensidad del beso. Acto seguido, me guiñó un ojo y se marchó.

Arrasaron. No había otra manera de decirlo. La gente los adoraba y coreaba todas sus canciones, aunque Asher no se animó a interpretar nada propio. Durante la tarde habían comentado que poseían cierta fama en la

ciudad y les pagaban por cada concierto. También me enteré de que los beneficios que obtenían en el Ritmic eran menores que en otros bares, ya que Jake permitía a Ash ocupar el *loft* de su propiedad sin cobrarle un alquiler propiamente dicho. A los demás no parecía importarles.

Mientras la banda se dejaba la piel con cada canción y los clientes les pedían más y más, yo me derretía escuchando la voz grave de Ash y con sus insistentes miradas. Me buscaba de una forma continua, como si quisiera asegurarse de que seguía allí. Tocarón *Dry County* de Bon Jovi, y el local en pleno se vino abajo con el solo de guitarra de Asher. Fue tan espectacular que apenas pude contener las lágrimas. Estaba entregado y diría que también eufórico. Era como si se hubiera quitado un peso de encima y, libre de carga, se dejara arrastrar por lo que más le apasionaba: la música.

Esperaba que cantara algo compuesto por él, tal y como me había prometido Ash, pero no fue así. En honor a la verdad, la idea de un concierto privado tampoco me disgustaba. No obstante, cerraron la actuación con *No one like you* de Scorpions. Asher no cerró los ojos, como hacía en muchas ocasiones, sino que los mantuvo fijos en mí. La letra era toda una declaración de intenciones.

Los aplausos aún resonaban a lo largo de todo el local cuando Asher saltó del escenario. Los demás se lo tomaron con más calma, pero él parecía ansioso por terminar y, en ese momento, se dirigía directamente hacia mí. Despachó con rapidez a la gente que lo paraba para saludarle y se plantó a mi lado en unos pocos segundos. Pasó un brazo en torno a mi cintura y me inclinó hacia atrás. El beso que depositó sobre mi cuello fue apenas un breve roce. Sin embargo, consiguió que se me erizara la piel de todo el cuerpo.

El público nos vitoreó aunque el sonido de sus gritos se había convertido en un murmullo. Solo existía Asher. Su aroma me envolvía y, a pesar de que por norma general me calmaba, en ese instante resultó casi tan excitante como su mirada. Para cuando su boca buscó mis labios yo ya ansiaba su contacto. Lo necesitaba.

El beso, largo y profundo, me dejó temblorosa, casi febril. Agradecí que mantuviera los brazos rodeándome, no estaba del todo segura de poder hacerlo por mí misma.

—Habéis estado increíbles —atiné a comentar.

—Resultas de lo más inspiradora —replicó él, sin rastro de burla—. ¿Quieres que subamos a casa?

Me regaló una sonrisa ladeada que decía mucho de que eso era exactamente lo que él deseaba. No podía decir que yo no.

32

Ash se deshizo de la camiseta y la lanzó sobre el sillón. Pensé que se derrumbaría sobre la cama, debía estar exhausto. Sin embargo, se dirigió a la esquina que había junto a la estantería y descolgó la guitarra de la pared.

—Una estrofa —me dijo, y no sé si fue la seriedad que adoptó su expresión, pero consiguió ponerme nerviosa.

Asentí como una niña a la que acabaran de prometerle un regalo si se portaba bien.

—Ven aquí, anda.

Me llevó hasta el sillón e hizo que me sentara entre sus piernas. A continuación, colocó la guitarra sobre mi regazo y me rodeó con los brazos para sujetarla. Sentí su aliento sobre mi oído. Mis párpados cayeron y luché por controlar mi respiración.

Comenzó a tocar tras unos segundos de silencio, y reconocí la melodía que había estado tocando esa misma tarde de forma casi obsesiva. En un primer momento no hubo letra, solo el sonido de las notas que iba arrancándole al instrumento y las caricias de su mejilla contra la mía, y entonces comenzó a cantar...

Llegaste tan inocente y a la vez tan indecente.

Te colaste en mi vida y arrasaste mi presente.

*Empecé a soñar contigo, a beberme tus suspiros,
y ahora todo lo que quiero es que te quedes conmigo.*

Me estremecí. Asher apenas si había levantado la voz más allá de un susurro pero esta vibraba con una emoción y una calidez que traspasó todo mi cuerpo. La melodía, a su vez, se colaba aquí y allá, destacando solo en los momentos necesarios. Fue como si me estuviera contando un secreto, uno muy íntimo y especialmente importante, conmovedor. No me resultó difícil

permanecer inmóvil, creo que incluso había dejado de respirar y, si no fuera porque percibía el errático latido de mi corazón dentro de mi pecho, también hubiera pensado que se había detenido.

No era solo la canción. Era la intensidad de su voz, tierna y cargada de sinceridad; con ese tono tan suyo. Era sentir el movimiento de sus músculos mientras acariciaba la guitarra a la vez que me arropaba entre sus brazos. Eran las notas que abandonaban el instrumento, lanzadas al aire por sus diestras manos. Era todo. Era él. Era Asher.

Se hizo el silencio y todo lo que escuché fue su respiración agitada revoloteando junto a mi oído. Eso y el retumbar de mi corazón que creía que él mismo podría oír.

—Queda mucho trabajo por hacer —señaló, aún murmurando—. Ni siquiera sé si llegará a convertirse en algo pasable.

—No hablas en serio —repliqué, casi sin permitir que terminara de hablar. Le hice dejar la guitarra a un lado y me giré entre sus brazos. Necesitaba ver su rostro—. Es preciosa, Ash. Es... Es increíble, y dulce, y ¡genial! Es magnífica...

No tenía palabras. Por una vez, no parecía que nada de lo que dijera iba a hacer justicia a ese pequeño trocito de sí mismo que me había mostrado, o al menos yo no lo encontraba.

—Estás de coña —solté, frustrada por no saber cómo hacerle entender todo lo que me había hecho sentir.

Asher poseía algo tremendamente especial en su forma de cantar. Transmitía tanto... lo dotaba de una carga tan emotiva, fuera lo que fuera lo que cantara. Solo que esa cualidad se veía aumentada cuando interpretaba sus propias obras. Tanto la que había escuchado en la furgoneta el día que me había ido a buscar al aeropuerto como esa, cada una a su manera, eran increíbles.

Agitó la cabeza, cohibido, y eso hizo que me emocionara aún más. Ver a Asher avergonzado resultaba algo casi inaudito. Estaba a punto de romper a

reír a carcajadas, debido a los nervios, cuando me di cuenta de que él estaba temblando.

—Ash...

Tardé unos segundos en reaccionar y abrazarle, no se me ocurrió nada mejor. No me veía capaz de decir algo que valiera la pena escuchar, que le hiciera comprender lo maravilloso de ese momento y de su música. De todo él.

Respondió aferrándose a mí de una manera que rayaba en la desesperación. Me estrechó con fuerza y, por una vez, fue él quién hundió la cara en el hueco de mi cuello. Sus labios reposaron sobre mi piel, entreabiertos, dejando salir su aliento entrecortado. Le mantuve contra mí en silencio, y así nos quedamos durante no sé cuánto tiempo.

No me importó. Todo lo que deseaba era conseguir que se sintiera mejor, aunque no lograra entenderle del todo o no supiera a qué se debía su estado. Me hubiera quedado allí para siempre, acariciando su espalda y apretándole contra mí, sin formular preguntas ni esperar respuestas. Comprendí que no las necesitaba.

Con el paso de los minutos, sus músculos fueron relajándose y me pareció que la tormenta que se había desatado en su interior amainaba. Me separé de él con cautela. No tenía ni idea de qué podía encontrarme. Sin embargo, Ash me sujetó por la barbilla e impidió que fuera demasiado lejos. Me besó de forma torpe y titubeante, como si de repente hubiera perdido toda la seguridad que solía demostrar a diario.

Permití que fuera quién marcara el ritmo de los besos y las caricias que fueron sucediéndose; que sus manos me desnudaran y que recorrieran mi piel; que las yemas de sus dedos trazaran espirales una y otra vez mientras mi deseo despertaba. También el suyo se desató. Conforme la ropa desaparecía, regresó su aplomo pero no perdimos ese ambiente íntimo y especial.

Las cosas se aceleraron. Las caricias se hicieron más urgentes, los besos más profundos. Se bebió mi boca al tiempo que todo mi cuerpo ardía por la

necesidad. Cuando quise darme cuenta Asher estaba dentro de mí, balanceándose con un frenesí que me devoraba de dentro afuera. Gemidos y jadeos abandonaban mi garganta y la suya junto con el susurro de nuestros nombres.

—Joder, mi pequeña Lu —gruñó, muy cerca del abismo, arrastrándome a mí con él.

Con cada embestida, su cuerpo parecía ondular sobre el mío, acercándose y alejándose. Enrosqué las piernas en torno en su cintura. Quería sentir cada uno de sus movimientos. Aquello hizo que se hundiera aún más profundamente en mí, catapultándome directa al orgasmo. Él debió notarlo. Su cabeza cayó hacia atrás y dejó escapar un largo gemido mientras yo me estremecía.

Apenas comenzaba a recuperar el aliento cuando por fin bajó la vista hasta mí. Había un millar de emociones iluminando aquellos ojos oscuros. Sin embargo, no me parecieron tan tristes. Puede que melancólicos, anhelantes, e incluso esperanzados. Pero no tristes.

Me aclaré la garganta e hice un esfuerzo para encontrar mi voz.

—¿Estás...? ¿Estás bien?

Me miró durante un instante, muy serio, y luego rió. Su risa fue la mejor melodía que hubiera escuchado jamás, incluso mejor que sus propias canciones. Había algo irreal en escucharle reír de una forma tan sincera, alejado de ese sonido mucho más cínico y forzado que empleaba normalmente.

—No creo que se pueda estar mejor, Lu.

Salió de mí y me sentí como si una parte de mí se fuera con él. Lo observé acomodarse sobre el colchón pero sin dejar de tocarme y caí en la cuenta de algo.

—¿Ya no soy la pequeña Lu?

—Mm... Creo que te has hecho mayor —bromeó, apartando una de mis ondas rebeldes y depositando un beso sobre mi sien—. Aunque siempre serás

esa niña inocente y con una sonrisa repleta de luz.

Fruncí el ceño. Le había dicho que ya no era una niña inocente y él había insistido en que sí lo era. Debió comprender en qué pensaba porque no tardó en añadir:

—No hay nada malo en ser inocente. Conserva esa inocencia, Lucía. Aférrate a ella.

Traté de no pensar en si de eso iba todo aquello, si alguien le había arrancado la inocencia a una edad en la que todos deberíamos disfrutar de esa mezcla de esperanza e ilusión tan propia de los niños.

Tracé el contorno de su rostro con la punta de los dedos y luego pasé a sus labios, mientras nuestras miradas se enredaban y nos perdíamos el uno en el otro. Atrapó mi mano y la sujetó contra su boca. Sus labios se movieron, articulando en silencio algo que no entendí del todo. A mí expresión interrogante, él respondió negando, pero igualmente...

No podía ser... Ash no podía haber dicho lo que yo creía... ¿O sí?

33

Las vacaciones transcurrían demasiado rápido. Trataba de repartir mi tiempo entre Asher y mi familia. No abandonar a mi madre, ir con ella de mercadillos, algo que le encantaba, y sentarme en el salón junto a mi padre a «arreglar» el mundo, como mi madre solía decir cuando nos encontraba en una de nuestras animadas charlas. Era difícil encontrar un equilibrio que pudiera contentar a los demás y a mí misma, y Ash no parecía preparado para una velada familiar. Solo había aparecido por mi casa el día en el que se presentó allí para preguntar por mi llegada a Londres, supuse que quería sorprenderme y no le había quedado más remedio.

Tampoco yo pretendía forzarle. Si estaba en lo cierto y el hogar de su niñez no había sido lo que debería, no podía culparle por no querer implicarse más con mi familia. Aunque su actitud en ese aspecto me hiciera pensar en Daniel, me negué a compararles. Era consciente de que hasta el día en que Ash había cantado para mí, yo había estado albergando cierto miedo, uno que me había encargado muy bien de esconder. Siempre había presumido de lanzarme, de arriesgar, pero con Asher todo había sido diferente desde el principio. No solo por mi reciente desengaño con Daniel —algo que había dejado mi autoestima tocada y no ayudaba en absoluto— sino porque una parte de mí sabía que lo de Asher podía salir terriblemente mal. Lo que provocaba en mí y mis sentimientos respecto a él hacían que mi temor se multiplicase. Supongo que las cosas que más deseamos suelen convertirse en las que más tememos perder.

La cuestión era que esa misma parte de mí también creía que Ash no era la clase de chico al que se puede o no *tener*. No sabía muy bien cómo explicarlo, sencillamente sabía que era así.

Esos días transcurrieron como un cuento de hadas, uno muy particular en el que Asher disfrutaba de nuestros encuentros de una forma tan plena que

me hacía pensar en lo que sucedería cuando tuviera que regresar a Madrid. Se le veía feliz de un modo real. Tony me había abordado a solas una tarde a mi llegada al Ritmic, al pasar por la barra y pedirle un refresco.

—Gracias, Rubita —había bromeado.

Yo le había preguntado por qué y él había hecho un gesto en dirección al reservado en el que se encontraba Asher esperando por mí.

—Lo que sea que le estés haciendo, no lo dejes —añadió, con sorna, pero su mirada de agradecimiento dejaba claro que no se estaba burlando de mí.

Aquello ayudó a que me relajara. Las cosas habían adquirido una mayor fluidez entre Asher y yo, la tensión se mantenía pero era otra clase de tensión, una mucho más placentera... Ya me entendéis.

A pesar de que sabía cuál sería su respuesta, invité a Ash a cenar el día de fin de año en mi casa. Declinó la oferta pero me hizo prometer que, tras la cena, acudiría con él y el resto de la banda al Ritmic. A mis padres les pareció bien que saliera y además mi madre estuvo encantada cuando insinué que no volvería para dormir. Solo me pidió que le mandara un mensaje para decirle que todo estaba bien cuando diera la fiesta por terminada. Creo que le aliviaba saber que no me subiría a un coche para regresar en una noche en la que la gente solía ir muy pasada de vueltas. El recuerdo de Annie se mantenía como una constante en la memoria de toda la familia. No importaba el tiempo que pasara, su pérdida siempre nos dolería.

Incluso así, había muchas cosas que había dado por supuesto. Al verme en la cena junto a mis padres, comprendí que no todo el mundo gozaba de la misma suerte que yo. Podrían ser más o menos estrictos, podíamos discutir más o menos, pero mis padres me adoraban y harían cualquier cosa por mí. No solo ellos, contaba con el resto de mi familia y con mis amigos, y me alegré de saber que los planes de Asher incluían a Charly, la banda y algunos otros chicos más que no tenían con quién celebrar el final de otro año o, si lo tenían, no era una *fiesta* a la que quisieran asistir.

Esa noche, antes de ir al encuentro de Ash, llamé a todos mis amigos y me mostré excesivamente cariñosa. Debieron pensar que estar en Londres, lejos de ellos, me estaba afectando más de lo normal o que me había pasado con el vino en la cena. Sin embargo, me pareció un buen momento para hacerles saber lo importantes que eran para mí. Tendemos a dar por supuesto que siempre habrá tiempo para decir esa clase de cosas a los que queremos o que, sencillamente, es algo que ya saben. Yo necesitaba expresarlo en voz alta.

En mitad de la conversación, Ari me preguntó si había pensado en llevar a alguien a la boda. Al principio creí que bromeaba, hasta que mencionó a Asher e hizo extensiva mi invitación también a él. Era consciente de que el número de invitados era muy, muy reducido.

—¿Por qué crees que le llevaría?

Había despertado mi curiosidad. Apenas si recordaba haberle hablado de él a principios de curso y muy de pasada. Salvo que...

—¿Becca te ha dicho algo?

Escuché su risa por encima del ruido de fondo. Estaba con Lucas y el resto de nuestros amigos. Habían tenido su propia cena e iban a salir a celebrar el nuevo año juntos por Madrid. Probablemente acabarían en el Level, ese bar era como nuestra segunda casa.

—Becca no suelta prenda. Hasta que Lucía me autorice —dijo, imitando la voz de nuestra amiga—. Solo digo que tal vez quieras que vaya contigo. Por nosotros no hay problema.

Le agradecí el gesto pues sabía que no era un mero formalismo. Cada persona en esa boda tenía su razón de ser, no había ningún invitado por compromiso ni nada por el estilo, así que aquello poseía aún más valor del que pudiera parecer.

Su ofrecimiento aún daba vueltas en mi cabeza cuando accedí al Ritmic, aunque se esfumó de forma instantánea en cuanto mi mirada se posó en el escenario. Durante un minuto largo me quedé inmóvil en la entrada,

sujetando la puerta, incapaz de apartar los ojos de Asher. Se había vestido con unos pantalones negros de pinza y una camisa blanca que se ajustaba de forma pecaminosa a su torso y cuyas mangas estaban remangadas a la altura de los codos. Además, lucía una estrecha corbata también negra y no, no se había peinado en absoluto, no más que a diario. Era como si se acabase de despertar y simplemente se hubiera pasado la mano por el pelo, alborotándolo más que poniéndolo en su sitio. Su estilo, más formal que de costumbre, seguía manteniendo ese aire desenfadado que Ash le daba a todo.

«Está jodidamente guapo», pensé, y eso que no solía emplear tacos, pero la ocasión bien lo merecía.

Alguien me tocó en el hombro. Me había quedado plantada en mitad de la entrada, estorbando. Solté un risita, bastante ridícula todo sea dicho, y me hice a un lado para permitir que pasase una pareja. No obstante, aún me tomé mi tiempo. Contemplé desde allí a la banda. Tony, al fondo, con su eterna expresión de estar disfrutando lo indecible; Hannah, algo más adelantada, junto a Pat, el segundo guitarrista; recuerdo pensar, por la manera en que se miraban, que parecían compartir algo más que una amistad. Y finalmente Ash, sujetando el micrófono, sus labios rozándolo, y moviéndose de un lado a otro con su propia guitarra a la espalda y sin parar de cantar.

En la breve pausa entre una canción y otra, los ojos de Asher se movieron por la sala y me dio la sensación de que me buscaba, como si supiera que acababa de llegar, aunque tal vez fueran imaginaciones mías. El caso fue que no tardó en localizarme. Incluso desde donde estaba, vi con claridad cómo sus comisuras se curvaban poco a poco hasta que una gran sonrisa le llenó las mejillas. Contemplantarle allí, subido en el escenario, rodeado de sus amigos y animado por lo que más le gustaba hacer, juro que fue, con diferencia, la imagen más bonita con la que podía terminar ese año.

—Esa chica de ahí —comentó Ash, a través del micrófono, y decenas de cabezas se volvieron hacia mí—, se merece que le dedique una canción.

Deseé hacerme pequeña y desaparecer pero, gracias a Dios, Asher

reclamó la atención de nuevo sobre su persona cuando empezó a cantar, sin esperar siquiera a que los demás miembros del grupo le dieran la entrada. Fueron ellos los que se incorporaron sobre la marcha al reconocer la canción, y lo hicieron con tanta maestría que parecía que lo hubieran estado ensayando. Sin embargo, algo me decía que no era así.

Reconocí la letra después de las dos primeras frases: *Don't cry* de Guns N' Roses. Sabía que, junto con Bon Jovi, era uno de los grupos favoritos de Ash. Si momentos antes me había quedado paralizada por su aspecto sobre el escenario, en aquel instante fue su voz la que no me permitió moverme del sitio. Como siempre, la emoción impresa en cada palabra flotó en el ambiente. Se trataba de una balada y me estremecí al darme cuenta de que la letra hablaba de una despedida. No sabía si la elección había sido premeditada pero quise pensar que no.

Restaba una media hora para que dieran las doce cuando Asher acudió por fin al reservado. Me puse de pie al verlo dirigirse hacia mí y, en cuanto me alcanzó, me alzó en volandas primero y luego me plantó un beso tan apasionado que mis temores se difuminaron y me olvidé hasta de mi nombre. Se esmeró tanto que, al separarse de mí, jadeaba y notaba el calor en mis mejillas y mucho más abajo.

—Deliciosa —murmuró, manteniendo sus manos sobre mis caderas, y tuve que reírme— y preciosa.

Me recorrió con la mirada. Llevaba puesto un vestido negro sin mangas pero que dejaba al descubierto gran parte de mi espalda. Una de sus manos ascendió para deslizarse con lentitud por mi piel desnuda.

—Te veo muy contento —me burlé, aunque todavía luchaba por recuperar el aliento.

Se acercó hasta que su boca rozó la mía.

—Tú me pones contento, mi pequeña Lu.

Las sorpresas de esa noche no terminaron allí. Nos pasamos bailando los minutos que le quedaban al año. Reímos juntos, borrachos de una alegría que

nada tenía que ver con el alcohol, y brindamos con cada campanada, prometiéndonos cosas en silencio que en ese instante parecían fáciles de cumplir.

No me pasó desapercibido que parte de la corte de seguidoras de Ash rondaba por el bar. Algunas no disimulaban su disgusto al contemplar que su atención se centraba en mí. Si una chica se acercaba, Asher no dudaba en mostrarse cortés. Sin embargo, se deshizo de ellas lo más rápido posible y sin separarse de mi lado. Tony incluso bromeó al respecto, algo a lo que Asher no le dio la más mínima importancia.

Al fin parecía que estábamos bien. No era que yo hubiera dejado de hacerme preguntas acerca de su pasado, pero había comprendido que a veces las cosas tienen su momento. Si Asher alguna vez estaba preparado para hacerme partícipe de lo sucedido, yo estaría allí para escucharle y apoyarle. Era todo cuanto podía hacer.

34

El amanecer nos encontró aún despiertos y fue el comienzo de algo más que un nuevo año. Asher se lamentó de no haber podido llevarme a orillas del Támesis y disfrutar así del espectáculo de fuegos artificiales, pero le aseguré que la noche había sido perfecta. No podía haber resultado mejor. Igualmente, prometió que no nos perderíamos el *New Year's Day Parade*, un impresionante desfile de más de dos kilómetros que se realizaba cada año, y sugirió que acudiéramos a Picadilly Circus cuando hubiéramos descansado un poco.

No obstante, la velada no había terminado aún. Una vez en el *loft*, fue inevitable inaugurar el año haciendo el amor. Asher se mostró excesivamente callado mientras me desvestía pero, momentos después, cuando nos abrazábamos el uno perdido en el otro, volvió a cantarme al oído. En voz muy baja, desgranó la letra de la canción en la que estaba trabajando.

—Tiene mucho de ti, mi pequeña Lu —me confesó, con la voz rota por el deseo y la emoción.

Fue mágico, tanto que las lágrimas me llenaron los ojos. Por si eso fuera poco, Ash se encargó de borrarlas una a una con sus labios, lo cual provocó que no dejaran de brotar.

—¿Tan mal lo hago? —señaló, tratando de hacerme reír.

Consiguió que llorase, me riese y gimiera, todo a la vez. Pero además logró también que me diera cuenta de que me había enamorado de él. Estaba enamorada de Asher Monroe.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirí, más tarde, cuando ya me estaba quedando dormida con la cabeza apoyada sobre su pecho, acunada por el sonido de su corazón.

Sus dedos se deslizaron por mi hombro y mi brazo y asintió, aunque me pareció que tardaba en aceptar.

—¿Vendrás conmigo a la boda de mis amigos? —solté sin pensar, demasiado satisfecha y feliz para pararme a reflexionar en lo que le estaba proponiendo.

No se trataba solo de viajar miles de kilómetros, desde Londres hasta las Islas Canarias, también era una reunión familiar y muy íntima. La proposición de cenar con mis padres resultaba ridícula al lado de aquello.

—¿Quieres que te acompañe?

Por su tono perplejo supe que no terminaba de creérselo.

—Sí, quiero —repliqué, con solemnidad, tratando de bromear y restarle importancia.

Cerré los ojos y me perdí en su aroma, dejando que se tomara su tiempo. Él aún tardó un rato en contestar.

—No sé qué decir.

—Di que sí. No lo pienses demasiado —insistí, a punto de quedarme dormida—. Podríamos disfrutar de algunos días más juntos.

En realidad, no fui del todo consciente de lo que acaba de decir. No habíamos hablado en ningún momento de lo que sucedería cuando las vacaciones llegaran a su fin y tuviéramos que separarnos. Ambos evitábamos ese tema con una habilidad asombrosa. Lo peor de todo fue que me hundí en el más profundo de los sueños antes de escuchar su respuesta.

Desperté sobresaltada, dándome cuenta de ello, pero Asher aún dormía. Me dediqué a observarlo durante un largo rato. Tenía un brazo doblado por encima de la cabeza y con el otro rodeaba mi cuerpo, y su expresión era tan serena que no parecía más que un niño. No hice ningún movimiento. Me mantuve a la espera mientras grababa la imagen en mi memoria, sonriendo como una estúpida sabiendo lo que sabía: le quería. En algún momento de aquellos meses, entre sus canciones y los cuentos que le leía, entre el Asher explosivo y el vulnerable, entre un montón de incógnitas y muy pocas certezas, había sucumbido y le había entregado una parte de mí.

No importaba cuánto me hubiera resistido al principio a hacer de aquello

algo más de lo que ambos creíamos que era. El amor era así, no solía pedir permiso para entrar en nuestras vidas, sino que nos atrapaba en redes tejidas de pequeños momentos hasta que estabas tan enredado que ya no había vuelta atrás.

Me eché a reír sin pretenderlo y mi pecho se agitó por las carcajadas. No fue una risa nerviosa ni cínica, solo el resultado de comprender que, fuera como fuera, había acabado enamorada del primer chico al que había besado.

Asher Monroe.

Un instante después, me encontraba con la espalda contra el colchón y con Ash sobre mí, totalmente despierto, y no solo era él el que se había despertado con un exceso de energía; de cintura para abajo también parecía estar en plena forma.

—¿Tengo que llevar esmoquin? —Fue lo primero que preguntó.

Se me abrieron los ojos como platos, aunque no me permitió responder. Me regaló un largo beso y el ambiente comenzó a caldearse. A este paso, no saldríamos de la cama en todo el día.

—Tienes que ir de blanco —contesté, cuando se incorporó levemente, llevándose sus labios fuera de mi alcance.

—¿Cómo la novia?

Parecía divertido, y me alegró que nuestros estados de ánimo estuvieran en sintonía.

—Como todos. La boda será en la playa y los invitados deben vestir de blanco. —Hice una breve pausa—. Tienes ropa blanca, ¿verdad?

Con un movimiento que tenía mucho de premeditado, se situó entre mis piernas al tiempo que asentía. Su sonrisa adquirió un matiz provocador.

—Tengo cualquier cosa que busques.

Me guiñó un ojo y a punto estuve de replicar que lo único que quería era a él, pero me contuve. ¿Iba a decírselo? ¿Sentía Ash lo mismo por mí?

Aparté esos pensamientos de mi mente. Quería disfrutar de los días que teníamos por delante, que no eran demasiados, aunque sabía que no era muy

valiente eludir el hecho de que, después de la boda, tendría que regresar a Madrid. Tendría que volver a abandonar a Asher.

—¿Desayunamos? —sugirió él. Por la dirección que tomaron sus manos, colándose bajo el edredón, comprendí que no estaba pensando en comida—. Eres demasiado preciosa como para despertarme, encontrarte desnuda en mi cama y no aprovecharme de las circunstancias.

Reí y Asher pasó a devorar mi boca, disfrutando de su particular desayuno.

Luego, claro está, tuvimos que asaltar la nevera, y más tarde acudimos a Picadilly Circus. Me maravillaba estar allí, de la mano de Ash, compartiendo algo tan tradicional. No le habíamos puesto nombre a lo nuestro, pero el que nos observara no vería otra cosa que una pareja. El pensamiento me hizo sonreír.

—¿Asher irá contigo a la boda?

Mi madre también sonreía cuando le hice partícipe de las novedades. Sabía que estaba quedando con Asher e incluso le había confesado que meses atrás había empleado a Taylor, mi amiga de la infancia, como una excusa tras dormir en su casa. Por supuesto, me había ganado una reprimenda por mentirle, pero mi madre parecía incluso emocionada con la idea de que entre Asher y yo hubiera algo más que una amistad.

—Así es —repuse, mientras iba de un lado a otro de la habitación, tratando de no olvidar nada.

Casi tenía el equipaje listo y mi madre, desde el umbral de la puerta, me observaba con interés.

—Vais en serio, entonces.

Me detuve y clavé la vista en la ropa que ocupaba la maleta, ordenada con pulcritud. Acto seguido, me senté en la cama y me encogí de hombros.

—Es todo un poco confuso.

Enarcó las cejas. Yo misma me daba cuenta de lo mal que había sonado. Inspiré hondo y mi madre vino a sentarse a mi lado.

—No hemos hablado de ello.

—Yo te veo feliz —afirmó—. ¿Él está feliz?

Siempre me había hecho gracia lo práctica que era para algunas cosas, como reducía muchas cuestiones a los hechos más sencillos.

—Sí, lo parece.

También lo había parecido en nuestro primer encuentro, meses atrás, del que en realidad me daba la sensación de que habían pasado años. Aunque ahora era distinto. No era capaz de explicarlo pero lo era. Me estaba dejando guiar por mi instinto a pesar de que en el pasado me hubiera fallado de forma estrepitosa.

—Pues eso es lo importante —concluyó, sin darle más vueltas.

Me dio un apretón en la pierna y se marchó. Me quedé un rato allí sentada a solas, olvidando por completo los preparativos para el viaje y tratando de recordar el momento exacto en el que Asher había empezado a parecer realmente feliz y en qué era lo que había cambiado entonces.

ASHER

—Eres un gilipollas, Ash. Nunca pensé que diría esto —agregó Tony—, pero eres un jodido cabrón.

No había pensado en hacer partícipe a mi amigo de mis intenciones. En realidad, yo mismo había apartado de mi mente aquello. Tony me había pillado con la guardia baja y había terminado *vomitando* mi plan. En cierto modo tenía claro que era despreciable, pero me había convencido de que era lo mejor para ambos.

—No, ¿sabes qué? Un cobarde, eso es lo que eres —prosiguió, más cabreado de lo que lo había visto nunca.

Negué, aunque su acusación me dolió.

—No le digas una palabra —le advertí, muy serio—. Así es como debe ser.

Él negó a su vez y se puso en pie. Había venido a despedirse antes de mi viaje y yo me había ido de la lengua sin querer. Sabía que mi amigo le había cogido mucho cariño a Lucía, se llevaban muy bien. Para ser sinceros, toda la banda había acabado por aceptarla en mayor o menor medida. No me extrañaba, Lucía tenía una habilidad especial para hacerse querer por todo el mundo.

—No te pido que lo entiendas, ¿vale?

—Es que no lo voy a entender por mucho que me lo expliques, Ash —replicó, dirigiéndose a la puerta—. Creo que solo me lo has contado para convencerte a ti mismo de que es lo que tienes que hacer, pero siento decirte que no pienso apoyarte en esto.

Se largó sin añadir una palabra más y yo lo dejé ir. Se le pasaría y, al fin y al cabo, todo terminaría muy pronto. Aun así, no pude evitar preguntarme si

tenía razón.

36

Asher y yo llegamos a Tenerife la misma mañana de la boda. El día anterior y durante el viaje, se había mostrado algo huidizo y reservado, incluso melancólico. Supuse que era debido a los nervios. Íbamos a reunirnos con mis amigos y él no conocía a nadie. También puede que su estado se debiera a nuestra inminente separación, pero no quería pensar en eso ahora. Cuanto deseaba era disfrutar de él y de mis amigos, y de ese día que era tan especial para todos.

Tras registrarnos en el hotel, situado en la misma playa en la que se casarían Ari y Lucas, nos topamos con los padres del novio de camino a la habitación. Fue a los únicos que pude presentarle antes de que llegara la celebración. Todo el mundo andaba como loco de un lado a otro, ultimando los preparativos. Mientras Asher se duchaba y se instalaba, hice un recorrido por varias habitaciones para saludar a mis amigos. No le pedí que me acompañara, parecía que fuera a entrar en pánico de un momento a otro, así que creí que lo mejor sería que se relajase y descansase. Ya habría tiempo de que todos le conocieran.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté a Ari, después de lanzarme sobre ella como si hiciera meses que no la viera.

Soltó una risita y negó.

—Es Lucas —sentenció—. Esto solo es una forma bonita de decirnos lo mucho que nos queremos.

Estaba radiante y ni siquiera se había puesto el vestido. Sería la novia más hermosa que hubiera visto jamás aunque solo fuera porque su rostro transmitía lo enamorada que estaba de su futuro marido.

A mí primo lo encontré en la piscina, tumbado al sol en una hamaca y con los auriculares puestos, escuchando música. El día lucía despejado y la temperatura era muy agradable; había otros muchos de los clientes por la

zona. Estuve tentada de ir a buscar a Asher y presentárselo. Tenía la esperanza de que el amor que ambos sentían por la música ayudaría a que congeniaran. Bien sabía yo que Jota no se lo iba a poner fácil. Una vez más, opté por dejarlo para más tarde. Hablamos brevemente y quedamos en vernos luego. No se le veía nervioso a pesar de que tenía el papel de padrino.

—¿Salimos a dar una vuelta? —propuso Ash, cuando regresé—. Podemos ir a picar algo en alguno de los restaurantes que hemos visto en el paseo.

Fue lo que hicimos.

A pesar de estar en pleno enero, el ambiente en El Médano era muy animado. En la playa había gente incluso metida en el agua. Asher y yo bromeamos acerca de si nos atreveríamos a darnos un baño en el mar antes de irnos.

—Estas semanas han sido... geniales, Lu.

Colocó su mano sobre la mía, que tenía encima de la mesa. Su contacto revolucionó las mariposas de mi estómago. Cada vez que me tocaba sentía algo estremecerse en mi interior, algo parecido pero al mismo tiempo muy distinto de lo que había sentido la primera vez que nos vimos. Sabía que estaba enamorada del chico de los ojos tristes y también sabía que las últimas semanas habían sido maravillosas a pesar de nuestros primeros desencuentros.

—Sí, lo han sido —repuse, inclinándome para besarlo.

La conversación viró a temas más superficiales durante el almuerzo. Disfrutamos de la comida y de la sensación de tener el mar frente a nosotros, tan solo a unos pocos metros. Cuando quise darme cuenta, era hora de regresar al hotel y prepararnos para la boda.

Yo no podía estar más feliz de que aquel día por fin hubiera llegado y creo que incluso estaba más nerviosa de lo que lo estaba la novia. Puede que por eso me mostrara distraída y no me percatara de que Asher se esforzaba por mantenerse al margen. Puede que le prestara menos atención de la que

hubiera debido o puede que, en el fondo, decidiera ignorar de forma inconsciente que algo iba terriblemente mal.

Los invitados y el novio llevábamos unos quince minutos esperando en la playa cuando Ari apareció colgada del brazo de Jota. Se me escapó un pequeño gemido al verla, estaba realmente preciosa, y mi primo parecía finalmente encantado con el papel que iba a jugar en el enlace de sus amigos. Lucas y él tenían a sus espaldas una larga amistad y, aunque a veces Jota podía ser difícil de tratar, yo era consciente de lo mucho que Lucas lo quería.

Por el rabillo del ojo me di cuenta de que Ash me estaba observando. Giré la cabeza para encararle y le sonreí. Él respondió a mi gesto curvando de forma muy leve las comisuras de sus labios.

—Estás muy callado —aventuré, susurrando.

Ari había llegado hasta el arco de flores que haría las veces de altar y Jota acababa de entregar su mano a Lucas.

—No te preocupes —contestó, también en voz baja—. Solo estoy algo cansado del vuelo.

Mentía. Lo supe de inmediato. Algunas noches de las que habíamos pasado juntos apenas si habíamos dormido. En realidad, Ash parecía necesitar de muy poco descanso y siempre mostraba una energía inagotable. No obstante, al margen de eso, sus ojos delataban que no decía la verdad. Había aprendido a leer en ellos mejor de lo que creía.

Sus dedos se deslizaron un instante por mi mentón para luego buscar mi mano y estrecharla, como si tratara de tranquilizarme. Tal vez habíamos retrasado demasiado la conversación que teníamos pendiente. Quizás Ash estaba preocupado, aunque eso supondría que yo también significaba algo importante para él. La posibilidad de que sintiera lo mismo que yo consiguió que mi sonrisa se ampliara. Teníamos que hablar, eso seguro, pero no era el momento ni el lugar.

Le devolví el apretón y me concentré en disfrutar de la ceremonia. Resultó muy emotiva de principio a fin. Lucas contemplaba a Ari con esa

devoción que siempre brillaba en sus ojos cuando la miraba y, cuando por fin llegó el momento de sellar su amor con un beso, sujetó su rostro entre las manos y me pareció que ambos intercambiaban un montón de sentimientos tan solo con una mirada.

Todo fue perfecto pero, si algo me pilló desprevenida, fue lo que sucedió cuando los invitados nos reunimos alrededor de los novios para felicitarles. Lucas llamó la atención del grupo sobre lo que estaba pasando junto a la orilla. Jota estaba arrodillado en la arena y Becca, frente a él, parecía a punto de desmayarse de la emoción.

—¡Joder! —soltó Lucas, y creo que resumió muy bien los pensamientos de los presentes.

—¿Eso es lo que yo creo que es? —terció Ari, también conmovida.

Nos entró la risa floja. Ash, a mi lado, se inclinó sobre mí para hablarme al oído.

—Es tu primo, ¿no?

Asentí, incapaz de articular palabra. Resultaba obvio que Jota le estaba pidiendo a Becca que se casara con él. Sin querer, me encontré con los ojos llenos de lágrimas. Si había alguien que se mereciera ser feliz, ese era Jota, y yo mejor que nadie sabía lo mucho que aquel gesto significaba para él. La petición de compartir toda una vida con Becca, en su caso, era mucho más. Se estaba rindiendo del todo y eso era algo maravilloso.

—¿Estás bien? —Ash me rodeó con el brazo y yo me refugié en su pecho—. Dios, no llores, mi pequeña Lu.

El apelativo, en esas circunstancias, me emocionó aún más si cabe. Siempre que lo empleaba recordaba al Asher adolescente, pero ese día, en aquella playa, por primera vez no fue así, solo pensé en lo bien que me sentía teniéndole cerca, en la forma en la que me miraba, en todo lo que despertaban en mí sus sonrisas... En ese momento, el Asher del pasado se reencontró con el actual.

—Soy feliz. —Atiné a decir, sin esforzarme por retener las lágrimas.

Ash no replicó. Me permitió empaparle la camisa, sosteniéndome contra su pecho con fuerza pero también con delicadeza y, de tanto en tanto, notaba sus labios sobre mi pelo. Me dio todo el tiempo que necesité para recobrarme y yo se lo agradecí.

37

El banquete se realizó en el mismo hotel en el que nos alojábamos. Dado que el número de invitados era reducido, más bien parecía una reunión familiar, aunque eso resultaba incluso mejor. Nos habían reservado un salón en el que, a petición de los novios, se había dispuesto una única mesa de manera que todos pudieran charlar con todos.

Tras la cena, se sucedieron los brindis y se dio luz verde a la barra libre. Ari y Lucas, como no podía ser de otra forma, inauguraron el baile con *Dame de Revólver*. Esa canción les había acompañado durante todo su noviazgo y lo seguiría haciendo el resto de sus vidas. Lucas se había levantado y luego, hincando la rodilla en el suelo tal y como había hecho al conocer a Ari, le pidió bailar:

—Dime que bailarás conmigo —rogó, visiblemente emocionado.

Ari tomó su mano, sonriente. Unas sillas más allá, la madre del novio se limpió las lágrimas con disimulo. No era la única que parecía a punto de echarse a llorar.

—Antes de que digas adiós.

Lucas se incorporó y le dijo algo al oído. Ambos rieron y se dirigieron a la zona libre que quedaba al fondo de la sala. Mientras bailaban, le expliqué a Ash lo que aquellas dos frases y esa canción significaban para la pareja, y también le resumí su historia. No supe muy bien por qué pero recordar aquello aumentó mi inquietud. Ash me escuchaba con atención, sumido en un silencio poco tranquilizador, o al menos eso me pareció. Ya no estaba segura de nada. Tal vez ese momento tan significativo para mi grupo de amigos y nuestra inminente separación me estaban volviendo más sensible y empezaba a imaginarme cosas.

—Los adoras, ¿no? —me preguntó, cuando terminé mi relato.

Asentí.

—A todos ellos. Son parte de tu familia.

Esboqué una mueca, consciente de que ese era un tema delicado para él, pero si se percató de ello no dijo nada al respecto. Me daba la sensación de que algo se había roto entre nosotros y no tenía ni idea de cuándo ni por qué. Asher se mostraba frío y distante.

—¿Te pasa algo? —inquirí, buscando en su mirada algún indicio de qué era lo que estaba pasando.

Él optó por no contestar.

—Baila conmigo —me pidió, por contra.

Me tendió la mano y me dedicó una sonrisa, más triste que de costumbre. No era que no estuviera ya acostumbrada a los cambios en su estado de ánimo, pero durante las últimas semanas creía que había quedado claro que no necesitaba emplear ningún tipo de pose conmigo. Si realmente estaba triste o enfadado por algo, debería haber sido capaz de contármelo.

Acepté y fuimos hasta la pista. Jota y Becca ya acompañaban a los novios, y Lola parecía haber encontrado en David a la pareja de baile perfecta. Sabía que mi primo había seleccionado la música por lo que no me extrañó que estuviese sonando *All of me* de John Legend, la canción que se había escuchado en la playa durante su petición de matrimonio. Si bien, me sorprendí cuando al situarnos juntos a Becca y él, los primeros acordes de *Don't cry* se colaron a través de los altavoces.

Asher me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí. Nuestras miradas se enredaron, había multitud de preguntas en ellas y, de repente, fui yo a la que entró en pánico. El presentimiento de que algo andaba mal se acentuó.

—Tu primo ha accedido a añadir esta canción para nosotros.

Ladeé la cabeza, pero Jota estaba tan concentrado en Becca que no se percató de mi mirada. Me preguntaba en qué momento habían hablado, cómo se había desarrollado esa conversación y si mi primo le habría preguntado quién demonios era y qué hacía conmigo —algo que probablemente había sucedido—. Sin embargo, cuando hablé, no puse voz a ninguna de esas

cuestiones.

—¿Qué estás haciendo, Ash? —La voz me tembló al pronunciar su nombre.

—Bailar con la mujer más hermosa de esta sala —replicó, evasivo.

Agité la cabeza. Nos balanceábamos uno en brazos del otro, acompañados de la potente voz de Axl, el cantante de los Guns N' Roses. El «no llores esta noche» del estribillo se repetía una y otra vez, rebotando en las paredes del salón y en el interior de mi mente.

—En realidad, con la mujer más hermosa, a secas —añadió, y, al sonreírme, descubrí la tensión en las líneas de su rostro.

Volví a negar.

—Lo eres para mí, mi pequeña Lu —repuso, confundiendo el motivo de mi negativa—, y siempre lo serás.

Durante un instante, valoré todos y cada uno de los motivos por los que Ash podría estar reconstruyendo los muros a su alrededor, porque eso era justo lo que estaba sucediendo. La máscara que un día había llevado al enfrentarse a mí volvía a ocultarle el rostro. Sin embargo, era imposible que sus ojos no le delatasen.

Puede que hubiera forzado demasiado las cosas al invitarlo a la boda. Al fin y al cabo, ni siquiera habíamos hablado de qué iba lo nuestro. Pero yo... yo le quería, y pensaba que él...

Los ojos se me humedecieron. Hundí la cara en su cuello y el gesto no me proporcionó el efecto calmante que normalmente ejercía sobre mí. Así y todo, permanecí refugiada en Ash. Sentí el calor que emanaba de su cuerpo, la tensión de sus músculos mientras nos desplazábamos por la pista, el latido de su corazón, ligeramente acelerado. Dejé que mis sentidos se llenaran de él, de las sensaciones que me provocaba, que se saturaran de su presencia.

—Pase lo que pase, siempre serás mi pequeña Lu.

El comentario fue como una sentencia de muerte. No podía evitar sentir que lo estaba perdiendo cuando puede que, en realidad, nunca hubiera llegado

a ser mío del todo. Me esforcé por rehacerme y recuperar la compostura. No podía montar un numerito y salir corriendo de allí, que era lo que realmente deseaba. Le estropearía la boda a mis mejores amigos y eso era algo que no me perdonaría nunca.

Alcé la barbilla y lo miré, pero fue él el primero en hablar.

—Yo te... —titubeó—. Te echaré de menos.

—Nos veremos muy pronto —me apresuré a contestar—. Me escaparé a Londres después de los exámenes.

Me di cuenta de que, sin pensarlo de una forma consciente, ya había decidido regresar a Londres cuanto antes. Mis padres estarían encantados de que aumentara la frecuencia de mis visitas, también Jota y Becca, y yo sabía que no podría pasar demasiado tiempo lejos de Ash. Ya no.

Él hizo un gesto de asentimiento y se inclinó para besarme. Sus labios rozaron los míos con timidez, como si pidieran un permiso que hacía mucho que les había sido concedido. En cuanto su lengua se adentró en mi boca perdí la noción de dónde nos encontrábamos. Sus manos se deslizaron hasta la parte baja de mi espalda primero, empujándome contra él, para luego ascender y rodear mi cuello, manteniendo así mi barbilla alta. El beso profundizó de tal manera que empezó a costarme respirar. Asher me estaba devorando, llevándose todo de mí pero dejando a su paso algo suyo; una marca que ya no desaparecería nunca.

Sus dedos recorrieron con ternura mi mandíbula y mi mejilla, y el beso se transformó en algo mucho más dulce y sosegado, pero no menos intenso. La canción terminó y Ash se separó de mí. Sus ojos estaban turbios, no de deseo sino de algo mucho más profundo y desgarrador. Sin embargo, al instante siguiente, su expresión se transformó y todas aquellas emociones desaparecieron, como si nunca hubieran estado allí.

La celebración continuó hasta bien entrada la madrugada. Los novios fueron los primeros en retirarse, aunque yo sabía que habían prometido darse su primer baño en el mar como marido y mujer y que, con toda probabilidad,

estarían cumpliendo esa promesa. Asher y yo, por el contrario, permanecemos en la sala casi hasta el final a pesar de que era obvio que ninguno de los dos estaba disfrutando demasiado de la fiesta. Creo que ambos teníamos miedo de lo que pudiera suceder cuando nos quedásemos a solas.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, ya estaba demasiado cansada para seguir fingiendo.

—¿Quieres irte a la cama? —inquirió Ash, al hacerle partícipe de mi cansancio.

Asentí.

No se opuso. Pasó un brazo en torno a mi cintura y, tras despedirnos de David, Lola y unos pocos valientes más que no tenían aspecto de estar pensando siquiera en dar por terminada la celebración, nos dirigimos a nuestra habitación.

36

Apenas si había escuchado cerrarse la puerta de la habitación cuando Ash me agarró la mano y tiró de mí. Lo siguiente que supe fue que me acorralaba contra la pared y sus labios estaban sobre los míos, moviéndose con una desesperación casi dolorosa.

—Esta noche eres mía —farfulló, y no pude decirle que no.

De una manera que no alcanzaba a entender, Asher se había colado en mi corazón y en mi alma. Supongo que, sin saberlo, yo también tenía mis propias barreras, mis propios miedos: miedo a no ser suficiente, a ser traicionada, a entregarme por completo a alguien... Sin embargo, Ash había logrado derribarlas de forma silenciosa, sin que me diera cuenta ni pudiera hacer nada por evitarlo.

No me dio tregua. Sus manos estaban por todas partes, desnudándome, acariciándome sin descanso. Me hacía vibrar como si de las cuerdas de una guitarra se tratase, con armonía y con pasión. Hicimos el amor allí mismo, contra la pared, sin desvestirnos del todo y con una urgencia abrumadora.

Solo que la cosa no terminó ahí. Ash se recuperó lo suficientemente rápido como para hundirse en mí poco rato después, en esa ocasión con algo menos de premura pero con idéntico deseo. Se movió con lentitud sobre mí, y cada una de sus embestidas parecía reclamar un trozo de mi alma.

—Lucía... Mi pequeña Lu —le escuché murmurar, muy bajito, aunque creo que ni siquiera era consciente de ello.

Le hice rodar sobre la espalda hasta quedar encima de él, con una ansia desconocida en mí, y durante varios segundos permanecí inmóvil, sintiéndole en mi interior y contemplando su expresión. Había cerrado los ojos y su rostro se contraía, mezcla de placer y dolor. Sus manos se aferraban a mis muslos, como si temiera que fuera a escapar de allí en cualquier momento. Me dio por pensar que, de algún modo retorcido, aquello le estaba haciendo

daño; yo le estaba haciendo daño, pero no tenía ni idea del por qué.

—Ash... —Colocó un dedo sobre mis labios.

—No digas nada.

Acto seguido, se incorporó para besarme. Sostuvo mi rostro con ambas manos y yo comencé a balancearme de nuevo, arrancándole gemidos que iban a parar al fondo de mi garganta. Y así nos mantuvimos hasta el final... siempre unidos mediante una danza silenciosa pero, a la vez, más perdidos y alejados que nunca.

Al despertarme, Asher se había ido.

Supe que algo iba mal antes incluso de haber abierto los ojos. Lo había sabido desde el día anterior, solo que me había resistido a creer que mi presentimiento tuviera algún tipo de fundamento.

Su lado de la cama estaba vacío y sin rastro de calor. Era posible que hubiera abandonado la habitación en cuanto me quedé dormida. Durante los primeros minutos, a pesar de todo, creí que le vería salir del baño, tal vez con una toalla en torno a las caderas y con una de sus sonrisas torcidas en los labios.

Desde la cama, paseé la mirada por la habitación. Ninguna de sus pertenencias estaba a la vista. Ni la ropa que habíamos dejado tirada por el suelo la noche anterior ni su móvil, su cartera o cualquiera de las cosas que habían ocupado la pequeña mesa a los pies de la cama. No había nada. Algo me decía que si abría el armario lo único que encontraría sería mi ropa.

La realidad de la situación fue calando en mi mente hasta que comprendí que de verdad se había ido. Salí de la cama a toda prisa y, por absurdo que resultase, lo primero que hice fue abrir la puerta y asomarme al pasillo. Estaba prácticamente desnuda, a falta de las braguitas, pero ni siquiera pensé en ello. Casi esperaba encontrármelo fuera, regresando para darme cualquier excusa y decirme que era imposible que pudiera alejarse de mí. No fue así. Me metí en el interior y volví sobre mis pasos. Las lágrimas amenazaban con

comenzar a caer y creo que, si no había empezado a llorar, era porque una parte de mí no se creía que aquello estuviera sucediendo de verdad.

Fui a la mesilla en busca de mi móvil, sin recordar que debía encontrarse en el bolsito que había llevado a la boda y que también había acabado tirado por el suelo. Mis ojos tropezaron con una hoja de papel doblada por la mitad. Tardé un minuto largo en reunir el valor para estirar la mano y cogerlo. Me di cuenta de que temblaba.

«Lo siento, mi pequeña Lu».

Tan solo cuatro palabras, eso fue todo lo que necesitó Ash para romperme el corazón.

Deseé no haberla leído. Me derrumbé sobre el suelo, esforzándome por contener unos sollozos que parecían desgarrarme por dentro a medida que salían, tratando de contener el dolor sordo que se extendía por mi pecho. No lo entendía, no era capaz de comprender qué era lo que había pasado para que huyera de aquella manera.

Quizás solo hubiera tenido una urgencia... O había pasado algo... Quizás...

Me engañaba a mí misma y lo sabía, pero en ese momento me dio igual. Me acurrugué en el suelo, con la espalda apoyada en el borde del colchón y las piernas encogidas contra el pecho, sintiéndome más sola de lo que me había sentido jamás, y fue justo eso lo que consiguió enfurecerme. Pasé del llanto a la ira en cuestión de segundos. A día de hoy, creo que la furia que se abrió paso en mi interior en ese momento fue algo así como un mecanismo de autoprotección para evitar romperme del todo.

Me levanté y me vestí con rapidez. Mientras me enfundaba los vaqueros intenté llamar a Ash aunque, tal y como suponía, había apagado el teléfono. Llamé también a recepción pero no sabían nada de él, así que me dirigí a la habitación de Becca y Jota.

—¿Habéis visto a Asher? —interrogué a mi primo, nada más abrir la puerta.

Tenía aspecto somnoliento. Supuse que tampoco debían llevar mucho despiertos. Me invitó a pasar. Escuché el sonido de la ducha; Becca debía estar en el baño.

—Aún no hemos bajado a desayunar, o a almorzar —terció, echando un vistazo a su reloj—, lo que sea.

Era más de mediodía, si bien, dada la hora a la que nos habíamos acostado era obvio que nadie pensaba madrugar demasiado.

—¿Va todo bien? Pareces a punto de arrancarle la cabeza a alguien —comentó, frunciendo el ceño—. Dime que el inglesito no ha hecho ninguna gilipollez, por favor. Tengo una resaca de las que hacen historia y no me apetece partirle la cara a nadie hoy.

Jota bromeaba, al menos en parte. Sin embargo, en cuanto detecté la preocupación en sus ojos me vine abajo de nuevo y rompí a llorar.

—Ey, ey. —Se acercó para sostenerme y me llevó hasta la cama—. ¿Qué cojones ha pasado?

Agité la cabeza. ¡No tenía ni idea de lo que había pasado! Asher se había ido y era como si yo hubiera sabido que iba a suceder y no hubiera hecho nada para detenerle, pero es que ni siquiera sabía qué lo había llevado a tomar esa decisión.

—Se ha marchado —conseguí articular, a duras penas.

—¿Quién se ha ido? ¿Asher? ¿Asher se ha ido? —insistió, al ver que no contestaba.

Que Jota lo llamara por su nombre empeoró aún más la situación. Eso quería decir que Jota se estaba tomando aquello en serio y lo convertía en algo todavía más real.

Moví la cabeza de un lado a otro. El brazo de Jota rodeaba mi espalda y me sostenía con firmeza. Debí ver la desesperación, o algo peor en mi expresión, porque me estrechó contra su pecho y comenzó a acariciarme el pelo, tratando de consolarme.

No sé de dónde saqué el ánimo pero pasé a relatarle a mi primo las

sospechas que albergaba sobre los padres de Asher y su pasado. Se lo conté todo. Adoraba a mis amigas y sabía que Ari y Becca se desvivían por mí, pero en aquel momento Jota me pareció la persona más adecuada para hablar de Ash. Confiaba plenamente en él.

—¿Crees que ha sufrido algún tipo de malos tratos? —Me encogí de hombros, temblando ante esa posibilidad—. ¿Y crees que por eso se ha ido?

—No lo sé.

Recordé algo que Ash me había dicho: «No sé cómo querer alguien. No puedo darte lo que quieres». Yo había bromeado al respecto y no le había dado mayor importancia, pero ¿y si era eso por lo que se había marchado?

—Tú te fuiste, Jota. Tú también te alejaste de Becca.

No era un reproche ni tampoco una acusación. Nadie había entendido demasiado bien a mi primo cuando había decidido largarse y desaparecer. Si bien, tras un tiempo, esa huida le había sanado de maneras en las que ninguno de nosotros podría haberlo hecho. No estaba huyendo sino encontrándose a sí mismo, perdonándose. Sin embargo, en el caso de Ash, él no había hecho nada malo, al menos que yo supiera.

—Puede que necesite tiempo, Lu —replicó Jota, sosteniéndome aún contra su cuerpo—. A veces la gente se rompe y no es que no quiera... es que no puede.

—Y qué se supone que debo hacer, ¿sentarme a esperar? No puedo, Jota. ¡Ni siquiera sé lo que le pasa!

Mi primo apretó los dientes e inspiró.

—Eso no puedo decírtelo pero...

—¿Qué? —inquirí, cuando titubeó.

—Ayer Asher vino a pedirme que incluyera una canción de Guns 'N Roses en la música que tenía preparada para la fiesta —asentí, él me lo había dicho—. *Don't Cry*, Lu. Esa canción... era una puta declaración de intenciones. Él sabía que iba a largarse, puede que incluso lo tuviera pensado desde el principio.

Me tembló el labio inferior al comprender lo que estaba insinuando. Puede que Asher hubiera planeado disfrutar de las vacaciones para luego darme la patada. Era cruel pero, teniendo en cuenta mi historial, sería algo que podría sucederme a mí.

Dudé tan solo durante unos segundos, no creo que me pudieran culpar por ello.

—Él no es así, Jota. ¿Sabes? Puede que no sepa lo que ha hecho todos estos años o por lo que ha tenido que pasar, pero le conozco. Conozco a Asher Monroe y nunca me haría daño. No de esa clase al menos.

—Becca no tenía ni idea de dónde encontrarme —comentó, y al principio no supe de qué demonios estaba hablando—. Si lo hubiera sabido, ¿crees que se hubiera quedado de brazos cruzados? La conozco, es una luchadora y tú también lo eres —agregó, guiñándome un ojo.

Lo observé en silencio, asimilando sus palabras.

—Ve, Lucía, ve tras él. Tal vez lo que necesite Asher sea saber que lo quieres. Que, aunque esté roto, no te importa amar esos pedazos. Yo lo sabía y, al final, eso fue lo que me trajo de vuelta.

39

Aporré la puerta de la casa de Ash por décima cuarta vez, aunque era consciente de que allí no había nadie o, si lo había, no tenía intención de hacérmelo saber. El Ritmic aún estaba cerrado, por lo que la posibilidad de que la banda estuviera allí quedaba descartada.

Las cuarenta y ocho horas anteriores habían sido un infierno de aeropuertos, lágrimas, carreras, explicaciones a medias, llamadas, dudas, más lágrimas y más carreras. A ratos me sentía estúpida y en otros plenamente convencida de lo que estaba haciendo.

Conseguir un vuelo para Londres fue más difícil de lo que inicialmente hubiera pensado. Todos los aviones iban llenos. Al final viajé a Madrid y de ahí a la capital británica, con una escala en la que casi me habría dado tiempo de irme a mi casa a descansar. No lo hice. Esperé en el aeropuerto porque temía que verme en mi piso avivaría el miedo que sentía a estar cometiendo un error.

Saqué el móvil y toqueteé la pantalla, más por inercia que por otro motivo. Llevaba al menos dos horas plantada frente al edificio en el que vivía Asher y empezaba a desesperarme. Sabía que el resto de los componentes de la banda vivían cerca pero no conocía las direcciones exactas. No había ningún otro lugar dónde buscar a Ash salvo el Ritmic...

—¡Charly! —grité, y una chica que pasaba cerca de mí dio un salto, asustada.

Agarré mi mochila y me lancé en busca de un taxi. La casa de Charly estaba en Portobello Road. No recordaba el número pero no importaba, la encontraría sin problemas.

La moto de Ash estaba en el mismo lugar en el que habíamos aparcado cuando me trajo con él. Los nervios regresaron de inmediato y se sumaron al cansancio que arrastraba. La mezcla de ambos consiguió que, cuando un

muchacho me abrió la puerta por fin, se me escapara una risita desquiciada. Reconocí a Rob antes siquiera de que me saludara.

—Hola, preciosa —me dijo, con aires de galán conquistador—. ¿Vienes a pedirme una cita?

Me observó de arriba abajo y su entusiasmo disminuyó visiblemente. Era consciente de que mi apariencia dejaba bastante que desear, tenía la ropa arrugada y llevaba dos días con ella puesta.

—¿Te ha pasado algo?

Su preocupación me pareció sincera y me pregunté si pensaría que, como los demás chicos que acudían a ver a Charly, yo también tenía problemas en casa. Me conmovió la delicadeza con la que me tomó de la mano y me invitó a pasar.

—No te quedes ahí fuera, hace frío.

—Tranquilo, estoy bien —le aseguré, ya en el salón.

Me decepcionó ver que no había nadie más.

—Asher no está por aquí, ¿verdad? —pregunté, de todas formas. Él negó—. ¿Y Charly?

—Aquí estoy —dijo una voz a mi espalda.

Al girarme y encontrarme con aquella mirada cálida y reconfortante, la ansiedad que había ido acumulando terminó de desbordarse. Me lancé a sus brazos sin pensarlo siquiera. El pobre hombre no debía esperarse tal reacción porque se tambaleó hacia atrás y a punto estuvimos de irnos los dos al suelo.

—Déjanos solos, Robert —le pidió al muchacho, que desapareció sin decir una palabra.

—¿Le has visto? ¿Está por aquí? Su moto está fuera —barboteé, atropelladamente.

Charly me llevó hasta el sofá y confieso que me costó soltarle. No pude evitar sentirme avergonzada.

—La moto es mía. Supuse que te lo habría dicho.

Había comentado que era de un amigo pero no dijo de quién. Tampoco

me importaba en aquel momento.

—¿Qué os ha pasado?

Suspiré. Una cosa era compartir lo sucedido con Jota y otra con Charly, no tenía esa clase de confianza y apenas si nos conocíamos. Debió detectar mis dudas porque alzó una mano para pedirme que no contestara.

—La moto apareció hace dos días frente a mi puerta —me explicó—. Ash tenía hoy reunión con los chicos pero... no ha venido.

Escondí la cara entre las manos, sin saber muy bien qué decirle, aunque saber que Asher había faltado a la cita con aquellos chicos me hizo enfadar. ¿De verdad iba a huir de todo? ¿De mí? ¿De ellos?

—Cobarde —gruñí, cada vez más furiosa.

—No tiene miedo de ti, Lucía. Tiene miedo de él mismo —repuso Charly, ante mi exabrupto—. No le culpo, ha pasado por mucho.

Exploté. No podría explicarlo de otro modo. Supongo que estaba dolida y tenía miedo, que me odiaba por no haber sido más valiente y hacerle a Ash las preguntas necesarias y a la vez le odiaba a él por creer que no podría compartirlo conmigo.

—¡Me da igual! ¡No me importa! —grité, fuera de mí, aunque no quería decir que no me importase lo que le había pasado—. ¿Qué creía? ¿Qué si ocultaba su pasado no iba a enamorarme de él? ¿Qué iba a quererle menos por ello? ¡Le quiero de todas formas!

Un jadeo me hizo volver la cabeza en dirección a la puerta.

Asher estaba en el arco que separaba el salón de la entrada, pálido e inexpresivo. Nos miramos en silencio durante varios segundos, y me di cuenta de que había escuchado lo que acababa de decir. No era así cómo había planeado confesar que lo amaba.

Charly se deslizó fuera de la estancia con una discreción admirable, aunque creo que podría haber pasado el desfile de año nuevo al completo por el salón y ni Asher ni yo hubiéramos prestado atención.

—¿Qué haces aquí? —me interrogó, finalmente, y soltó un largo

suspiro, derrotado.

Tenía delante al chico de los ojos tristes y, sin embargo, sentí tal cantidad de rabia e impotencia que no pude permanecer callada.

—¿Que qué hago aquí? Te marchaste, Ash. Te largaste sin más y me dejaste una nota. ¡Una puta nota! —le grité, alzando los brazos. Las compuertas que habían mantenido mi frustración a buen recaudo debieron reventar en aquel momento—. ¿Y sabes qué? Me da igual de lo que creas estar protegiéndome o lo que sea que hagas, ¡qué no tengo ni idea de lo que es porque no te has molestado en explicármelo!

Se frotó la nuca, no supe si abochornado por mi total pérdida de papeles o porque le remordía la conciencia su proceder. No me detuve a valorarlo y agradecí que no hiciera ademán de acercarse.

—¿Tenías planeado desde el principio todo esto? —le acusé, a pesar de que estaba segura de que no era así—. ¿Es una venganza por haberme marchado la primera vez?

Se apresuró a negar y, no pensaba confesarlo, pero me sentí aliviada al comprender que al menos en eso no me había equivocado.

—Tú no lo entiendes, Lucía. Yo no... No... —Descubrí que los ojos se le humedecían y me sentí mal—. No me quieres, no puedes quererme. No hay nada en mí que querer.

Me reí. No fue una reacción buscada y supongo que tampoco demasiado apropiada dada la situación, pero no pude evitarlo. Su expresión se endureció y juro que vi esas gruesas paredes que ya sabía que existían alzarse frente a mis propios ojos.

—No, Ash. Eres tú quién no puede quererse a sí mismo. Yo adoro a ese hombre dulce que no solo compone canciones sino que me las canta al oído mientras me hace el amor —señalé, avanzando un paso en su dirección—. El que me mira como si su mundo empezase y terminase en mí. El mismo que además de darle clases a unos adolescentes con problemas ejerce de hermano mayor para ellos, que les hace sentir que no están solos porque él

seguramente sí lo estuvo y no quiere que pasen por lo mismo. —Un paso más —. Me he enamorado de un hombre capaz de enfrentarse a sus miedos para acudir a una boda en la que no conocía a nadie solo por pasar unos pocos días más conmigo. Del que escucha con atención cada palabra que sale de mi boca, aunque sean locuras o tonterías que digo sin pensar. Del que va a por café nada más levantarse para que yo pueda tenerlo caliente al despertar. — Otro paso—. Del hombre tierno que se emociona al leer un cuento infantil y no se esconde para ocultarlo. Del que me hace reír a carcajadas. Y, definitivamente, te amo a ti porque me haces sentir más especial de lo que jamás ha logrado hacerme sentir nadie. Me haces sentir perfecta a pesar de todos mis defectos.

»No conozco los detalles de un pasado que no has querido contarme, Ash, pero a ti... a ti sí que te conozco.

40

Di un último paso hasta llegar a él. Yo temblaba y a él le corrían las lágrimas por las mejillas. Sentí deseos de abrazarle pero, tras desnudar mi alma de aquella manera, me aterrorizaba que me rechazara.

—Lu, yo también... también te... —farfulló, en un tono de voz apenas audible. Ni siquiera se molestó en secarse las lágrimas, que seguían brotando de sus ojos.

Alcé la mano para que no continuara hablando.

—Piénsatelo bien, Ash. Antes de que digas... te quiero —repuse, y apreté los labios—. Yo también tengo mis miedos. Me aterroriza la idea de que pronuncies esas palabras y luego... —tragué saliva—, luego vuelvas a desaparecer. No lo soportaría.

Se apoyó en la pared junto a la puerta y se dejó caer hasta el suelo, y fue como si se quebrara ante mis ojos. Antes de que comenzara a hablar de nuevo, su expresión se transformó por el dolor.

—¿Sabes? La casa de mis padres sigue siendo mía, pero no había regresado allí desde la muerte de mi madre —murmuró. Me arrodillé frente a él y, a pesar de que deseaba tocarle, mantuve las distancias—. Mi madre... —gimió, para sí mismo—. Estaba tan rota como lo estoy yo, mi padre se encargó tan bien de ello que, incluso después de muerto, ella nunca llegó a recuperarse.

Contuve el aliento a sabiendas que esto era lo más cerca que había estado de conocer algo sobre su pasado. Él continuó con la cabeza baja, encogido y tembloroso, como un niño asustado.

—Desde que recuerdo él... —inspiró hondo—. Le pegaba.

Se detuvo. Sollozos sacudían su pecho. Aún a riesgo de que se detuviera, deslicé la mano por su cuello y a lo largo de su brazo, para luego entrelazar mis dedos con los suyos en una muestra de apoyo silencioso.

—Ash... —Le llamé, pero ni siquiera pareció oírme.

—Cualquier cosa lo enfurecía, cualquier detalle insignificante —prosiguió, a duras penas—. A mí nunca me tocó pero se encargaba de sobra de que viera lo que le hacía. Todo lo que le hacía —remarcó, y se me encogió el corazón imaginando a qué podía referirse—. Ella nunca tuvo valor para enfrentarse a él ni para denunciarle. Y yo... yo tampoco.

En ese punto se agarró la cabeza con las manos y prácticamente se derrumbó hacia delante. Lo sujeté y lo estreché contra mí, abrazándole con tanta fuerza como pude, como si con ello pudiera evitar que su alma se quebrara aún más de lo que ya lo estaba. Me di cuenta de que yo también tenía las mejillas húmedas, pero aquello no iba de mí sino de él.

—Cuando por fin murió... Dios no sabes hasta qué punto me alegró su muerte. —Se estremeció entre mis brazos y supuse que, después de todo, la idea de que una muerte le hiciera feliz le remordía la conciencia.

—No tienes que sentirte culpable por eso, Ash —le aseguré, tratando de que levantara la barbilla para mirarme, sin éxito.

—Pensé que todo se arreglaría. Que desde ese momento las cosas serían distintas entre mamá y yo. Sin embargo... Ese cabrón la hundió, la destrozó de tal forma que ya no sabía vivir sin él. Para entonces ya no quedaba nada de ella. Apenas salía de casa, bebía y pasaba la mayor parte del tiempo metida en la cama...

Me tragué el gemido que pugnaba por abandonar mis labios. No podía imaginarme lo que podía haber sido para él pasar por aquello. Ver cómo su madre se marchitaba día tras día, demasiado cansada para luchar.

—Y en mitad de la historia apareciste tú —me dijo, alzando por fin el rostro para mirarme—. Eres el único recuerdo hermoso que tengo de esa casa, tu sonrisa al otro lado de la ventana.

Esta vez fui yo la que se estremeció.

—Ash, yo no quería irme así —le expliqué, arrepentida.

Había sido tan egoísta al no decirle que me marchaba hasta que ya no

hubo manera de ocultarlo.

Él negó.

—No te culpo, mi pequeña Lu. —Deslizó los dedos por mi mejilla hasta llegar a mi mentón—. Volvería a repetirlo. Te besaría una vez más en aquel parque aún sabiendo que te irías. Me enseñaste que no todo el amor duele y que hay cosas hermosas en este mundo. Lo había olvidado hasta ahora.

Se inclinó sobre mí y rozó mis labios con los suyos muy brevemente, apenas un tímido roce.

—No tienes por qué contarme todo esto, Ash —señalé, porque su rostro continuaba contraído por el dolor.

No quería que pensara que yo necesitaba saberlo porque no era así. Comprendía el porqué de su precipitada huida. Al fin y al cabo, sus padres le habían inculcado una aberrante idea de lo que era el amor. En vez de protegerlo y quererlo, su padre le había herido de la peor de las maneras y su madre no había tenido la fuerza para detenerle. Él creía que nadie podría quererle de verdad y que no sabría querer a nadie.

Sin embargo, al contemplar aquellos ojos tristes, me di cuenta de que necesitaba contármelo, arráncaselo de dentro de una vez por todas.

—Charly era amigo de mi padre, aunque nunca sospechó nada de lo que sucedía en casa —explicó, su voz un poco menos rota pero aún titubeante—. Cuando lo supo... Se sentía tan culpable por no haberse dado cuenta. Intentó ayudar a mi madre pero fue imposible. Nada ni nadie hubieran podido hacerlo. Pero no desistió conmigo. Se empeñó en darme clases de guitarra, solfeo y canto —soltó una carcajada sin ganas y yo esboqué un sonrisa triste—. Al final lo consiguió. Creó una especie de grupo de apoyo y me presentó a Hannah y Pat, más tarde se nos uniría también Tony. El resto... El resto es historia.

Sollozaba de nuevo. En realidad, las lágrimas no habían abandonado sus ojos en ningún momento. Parecía haberse estado guardando tantas cosas dentro que ahora no era capaz de detenerlas. Puede que eso fuera lo que

necesitara, llorar por todas las ocasiones en las que no lo había hecho.

Lo abracé y él apoyó la cabeza sobre mi hombro, aún temblando.

—Nunca he tenido ni querido nada o a nadie, salvo a mi música — confesó, en voz muy bajita—. Pero a ti... A ti te quiero, mi pequeña Lu. Te amo como pensé que nunca podría amar. Ni siquiera sé qué hacer con lo que siento por ti.

—No tienes que hacer nada, Ash —repliqué, en su oído—. Basta con que me quieras, el resto podemos irlo improvisando.

Arrancarle una sonrisa en aquel momento fue inesperado pero increíble. La naturalidad con la que se curvaron sus labios y el anhelo de sus ojos al mirarme fue cuanto necesité.

—En esto del amor no hay redes de seguridad, Ash. Tampoco hay guías o manuales ni una sola forma correcta de hacer las cosas —añadí, trazando aquella preciosa curva con la yema de los dedos—, pero yo estoy dispuesta a arriesgarme contigo. No vuelvas a marcharte así. No vuelvas a huir nunca de mí, por favor.

No le permití gimotear el «lo siento» que asomaba a sus labios, no lo necesitaba. Me bastó comprobar que, al menos en parte, la tristeza de sus ojos había desaparecido, reemplazada por un brillo esperanzado. Limpié los rastros húmedos que las lágrimas habían dejado en su rostro y él me lo permitió sin decir una palabra y, tras terminar, su expresión mostraba tal cantidad de agradecimiento que pensé que, con toda probabilidad, no solo nadie le había leído cuentos de pequeño sino que tampoco tuvo quien le limpiara las lágrimas.

—No estás roto, Ash —afirmé, recordando la discusión que habíamos tenido semanas atrás—, solo eres alguien increíble al que le han pasado cosas malas. Y, aunque lo estuvieras, seguiría amando cada pedazo de ti.

Asher tomó mi cara entre las manos y me besó con dulzura y de una forma tan sosegada que parecía estar saboreándome, llenándose de mí. Nos acurrucamos sobre el suelo el uno contra el otro durante un rato sin decir

nada. Creo que necesitaba tiempo para asumir lo sucedido no solo ese día, sino todos los anteriores. Yo sabía que las cosas no se arreglarían sin más, que Asher probablemente lucharía durante un tiempo con sus sentimientos. No me importaba. Le daría todo el que necesitara. Amaba a Asher Monroe.

Se me escapó un risita.

—¿Qué pasa? —inquirió, y por un momento temí que pensara que me reía de él, pero se le veía mucho más tranquilo.

—No puedo creer que haya terminado enamorada del primer chico al que besé.

—Pues empieza a creértelo porque tengo la firme intención de que mi primer amor se convierta también en el último —sentenció, y, por su expresión, supe que estaba totalmente convencido de ello—. Te quiero, mi pequeña Lu.

EPÍLOGO

ASHER

Nunca había tenido necesidad de huir de nadie como había huido de Lucía, tal vez porque nunca había querido a nadie ni me había sentido querido de esa manera tan abrumadora. Estaba aterrado, muerto de miedo, y convencido de que de un momento a otro ella se daría cuenta de que había algo malo en mí.

Sin embargo, cuando vino a buscarme a Londres... cuando la vi frente a mí gritándome todas las razones por las que me quería, supe que no tendría el valor suficiente para volver a separarme de ella. La sonrisa de Lucía había sido la única luz capaz de atenuar las sombras de mi pasado, y me encontré deseando saber que brillaría siempre para mí.

Tres meses después de aquello, en una de nuestras múltiples escapadas para visitar al otro, aún me costaba comprender por qué me amaba, qué veía en mí. Con los años había aprendido a hacer gala de una seguridad que no tenía ni de lejos, pero Lucía siempre había sido capaz de ver más allá de eso; ver al auténtico Asher y aun así quererlo. No podía decir que lo entendiera, pero me esforzaba cada día para que siguiera siendo así. Para mí, Lucía continuaba siendo la chiquilla inocente que un día conocí, y estaba completamente enamorado de esa inocencia y de la luz de su sonrisa.

Sentí un tirón en el brazo y levanté la mirada.

A pesar de que estábamos en Semana Santa, Lucía tenía que trabajar, así que en esta ocasión había sido yo el que había viajado a Madrid. Cada vez me costaba más separarme de ella y era consciente de que, en algún momento, uno de los dos terminaría por mudarse. Lu ya había comentado que estaría encantada de irse a vivir a Londres en cuanto terminara el curso escolar, pero yo no quería presionarla en ese aspecto. Si yo no estaba ya viviendo en

España con ella era solo porque no quería abandonar a mi grupo ni a los chicos que, junto con Charly, ayudaba en todo lo que me era posible. Darles clases de guitarra tan solo era la excusa para hacerles sentir que había alguien que se preocupaba por ellos y al que siempre podrían acudir.

—Vamos, ven aquí conmigo —me animó Lucía desde encima de la barra.

Me reí y negué, poco dispuesto a montar el numerito.

Esa noche tenía que trabajar en el Level y le tocaba bailar sobre la barra. Según me habían explicado, la idea había surgido después de que Ari, una de las amigas de Lucía, se declarara de esa forma ante Lucas, el que ahora era su marido. Desde entonces, los camareros se iban turnando cada noche y el bar estaba siempre lleno.

Amagó un puchero y acto seguido esbozó una de sus luminosas sonrisas.

—Eso es jugar sucio, mi pequeña Lu —le grité, sin importar quién pudiera oírme.

Tiró un poco más de mi mano, a sabiendas de que no podría negarle nada. Me encaramé a la barra y la sujeté por la cintura.

—Luego te enseñaré lo que es jugar realmente sucio —murmuró en mí oído, provocándome.

—Cuando me dices esas cosas ya no me pareces tan inocente —repliqué, ajustando los movimientos de mis caderas a los suyos.

Si Tony hubiera estado allí para verme, a estas alturas estaría doblado en dos de la risa.

—Es que ya no soy una niña inocente, Ash.

Me permití sonreírle poco antes de atraerla hacia mí y darle un suave beso en los labios.

—Sí, sí lo eres, Lu —recité, sabiendo que ya habíamos mantenido esa conversación—. Y también la mujer con la sonrisa más hermosa que haya visto jamás.

AGRADECIMIENTOS

Siempre diré que esta es la parte más difícil de escribir una novela, porque hay un montón de personas que directa o indirectamente me animan cada día a seguir escribiendo y estoy segura de que siempre me dejo a alguien.

A Verónica Villar, por ser la que bautizó a Asher y le puso rostro. Encontraste un nombre perfecto para mi chico de ojos tristes. Mil gracias.

A mis chicas H, Nazareth Vargas, Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego, y también a María Martínez. Todo esto no sería lo mismo sin vosotras. Os quiero.

A Cristina Sánchez, que se enamoró de Ash casi antes de conocerlo y me ayudó a ponerle banda sonora a su historia con Lucía. Te sigo esperando para nuestras clases de surf.

A mi editora, Teresa Rodríguez, por su infinita paciencia y por darme un empujón siempre que lo necesito. Sin olvidar a Borja Puig, con esta cubierta te has superado, no podrías haber vestido mejor a esta novela.

A todas las que formáis parte de mi grupo de lectura de Facebook. Sois muchas y no me quiero dejar a nadie, pero no os imagináis lo arropada que me siento por todas vosotras. Espero que haya muchas más lecturas conjuntas en las que pueda disfrutar tanto compartiendo vuestras opiniones.

Y, como no, a ti lector, porque mis sueños impregnan cada una de estas páginas y eres tú quién los convierte en realidad. Gracias por permitirme seguir soñando.

Si queréis poneros en contacto conmigo ya sabéis que mi correo está siempre abierto: vickyvilchez@gmail.com, y que también podéis encontrarme en Facebook, Twitter e Instagram. Me encantaría que me escribieseis y me contarais vuestras impresiones.